

EL HORROR QUE NOS ACECHA

(Strange Eons, 1979)

Robert Bloch

Los hombres llaman Ciencia a lo que
conocen y Magia a lo que todavía no han
aprendido. Pero ambas son reales.

Este libro está dedicado a LOVECRAFT
que se consagró a otros extraños
y les dio una llave de plata.

I

AHORA

Albert Keith no creía en el amor a primera vista hasta que vio el retrato.

No era precisamente una cara bonita. La verdad es que las facciones eran algo caninas; feroces ojos rojizos, un hocico aplastado como nariz, labios verrugosos y espumeantes, y orejas puntiagudas. El cuerpo, cubierto por una capa de polvo, se inclinaba hacia delante, y era sólo vagamente humanoide... Las extremidades superiores terminaban en una garra huesuda cubierta de escamas y los pies formaban una especie de pezuña.

La criatura del cuadro era gigantesca, y la figura del hombre que sostenía entre sus garras, en comparación, parecía pequeña. A pesar del polvo, Keith advirtió inmediatamente que la cabeza del hombre había sido mordida.

Allí de pie, en la semioscuridad de aquel sucio cuarto trasero de la pequeña tienda de la calle South Alvarado, Keith empezó a temblar.

Durante unos instantes trató de analizar la causa de su reacción. No era miedo... Aunque aquel enorme cuadro, apoyado contra la pared, era realmente aterrador. Había sucumbido al síndrome del coleccionista, temblando de ansiedad al comprender que debía adquirir la pintura, a cualquier precio.

El propietario de la tienda se encontraba tras él. Keith se volvió y lo miró.

—¿Cuánto? —murmuró.

El hombre, bajo y rechoncho, se encogió de hombros.

—Se lo dejo por quinientos.

—¿Quinientos dólares?

El rostro del comerciante permanecía inalterable.

—Mire el tamaño que tiene. Si lo limpiara bien y le pusiera un marco lujoso, como mínimo sacaría uno de los grandes.

—¿Por esto?

Keith se mostró en desacuerdo pero el comerciante no vaciló; su cara era la de un profesional del póquer, un hombre que durante años había practicado el mismo juego con los clientes.

—Seguramente el cuadro es bastante extraño, pero debería ver a algunos de los tipos que vienen por aquí. Todo lo que tengo que hacer es colocarlo en el escaparate y se abalanzarán sobre él —¡zas!— tal como le digo. Esos homosexuales que vienen de las galerías de arte de La Ciénaga están siempre merodeando en busca de algún objeto extravagante. Si lo vieran se volverían locos.

Keith no quitaba la vista del cuadro. Realmente era enloquecedor. La obra tenía

fuerza. Era una obra maestra, superior a cualquiera de ese tema.

—¿De quién es? —preguntó.

El hombrecillo movió la cabeza.

—No tengo la menor idea. No está firmado.

Miró a Keith de soslayo.

—Tengo el presentimiento de que podría ser la obra de un gran artista que no quiso firmar un trabajo tan inconformista como éste. A lo mejor vale una fortuna.

—¿De dónde lo sacó?

—Formaba parte de un lote completo. Una subasta de un almacén del este. Vendieron el local y querían deshacerse de toda la mercancía. Algunas cosas debían llevar allí cuarenta o cincuenta años. Compré cajas de libros y cartas que todavía no he podido examinar.

—¿Alguna otra pintura?

—No, ésta era la única.

El comerciante dirigió la mirada hacia el cuadro y asintió con la cabeza.

—¿Sabe? Pensándolo bien, quizá debería hacer lo que dije. Limpiarlo, ponerle un marco y colocarlo en el escaparate...

Keith miraba el cuadro: la enorme figura perruna se inclinaba hacia él y, por un momento, tuvo la absurda idea de que le estaba escuchando, esperando que le hablara. Sus ojos preguntaban, después ordenaban.

—Le daré los quinientos —dijo Keith.

El comerciante volvió la cabeza disimulando su satisfacción, al ver a Keith con el talonario y buscando torpemente un bolígrafo.

—¿A favor de quién lo extiendo?

—Santiago. Felipe Santiago.

Keith asintió, extendió el cheque y, arrancándolo del talonario, se lo entregó.

—Aquí tiene. ¿Necesita el Documento de Identidad?

—No, está conforme.

El hombrecillo levantó el cuadro.

—¿Dónde tiene el coche?

—Allí enfrente.

Fuera, sobre la acera, donde estaba aparcado el viejo Volvo de Keith, hubieron problemas de logística. El cuadro era demasiado grande para entrar en el maletero. Hicieron falta dos hombres para lograr introducirlo a través de la puerta. Finalmente, quedó sobre el suelo, apoyado en el asiento trasero. Allí asomaba mirando de reojo.

De camino hacia casa, al atardecer, Keith veía aquellos ojos rojos mirándole ferozmente a través del espejo retrovisor.

Esa noche, los ojos de la criatura perruna observaban a Keith reflejando el fuego de la chimenea. Había colocado el cuadro sobre una gran mesa en su habitación de trabajo y parecía adaptarse extrañamente a aquel ambiente. La luz del fuego oscilaba sobre la gigantesca figura y las máscaras de la tribu Ibo colgadas en la pared. Bailaba sobre las

figurillas de jade y marfil alineadas en la estantería de una vitrina china. De la repisa de la chimenea colgaba una cabeza que, movida por la corriente de aire que ascendía por el tiro, parecía inclinarse en una reverencia. Keith no estaba seguro de que aquella figura fuera auténtica, pero aquel hombre del Ecuador había jurado que era una cabeza de Jíbaro genuina y que había pagado una pequeña fortuna por ella.

La pintura, sin embargo, sí parecía auténtica y el comerciante no había mentido sobre su edad. La capa de mugre y suciedad que cubría toda la superficie, desde luego habría necesitado décadas para acumularse. Y ahora, antes de pensar en enmarcarla y colgarla, debía dedicarse a la limpieza.

Existían líquidos y productos para ese cometido, pero Keith había aprendido por experiencia propia que el mejor método era agua y un jabón corriente.

Pacientemente empezó a trabajar, usando un trapo de franela y frotando con cuidado.

Poco a poco aparecía una superficie nacarada y brillante, y la criatura inclinada emergía en un destacado relieve sobre un fondo de sombras. El color de la piel se convertía en una mezcla de pálidos ocre y verdes, y los ojos destelleaban con una intensidad nueva. Se descubrían detalles hasta el momento ocultos; unos diminutos ácaros negros adheridos a los velludos antebrazos, fragmentos de *husnea humana* en la superficie de la cabeza de la víctima y pequeños trozos de carne entre los devoradores colmillos.

—¡Dios mío!

Keith se volvió sobresaltado por el sonido de una voz estridente.

—Waverly —dijo—. ¿Cómo has entrado aquí?

Era un hombre alto, con barba. Se dirigió hacia él sonriendo. Al menos sonreía, pensó Keith, aunque la barba y las gafas oscuras casi ocultaban su expresión.

—Como se suele entrar —contestó Simon Waverly moviendo la cabeza—. Deberías aprender a cerrar la puerta. Y arreglar ese timbre. He estado llamando durante más de cinco minutos.

—Perdona. No te oí.

Keith le enseñó la palangana sobre la mesa llena de agua jabonosa.

—Como te dije por teléfono estoy limpiando un necrófago. *Es* un necrófago, ¿verdad?

Su amigo miró curiosamente el cuadro a través de los oscuros cristales de las gafas, después dejó escapar un silbido de sorpresa.

—No es *un* necrófago —dijm. Es *el* necrófago. ¿Sabes qué has comprado? *El modelo de Pickman*¹.

—¿Qué?

Simon Waverly asintió con la cabeza.

—¿No te acuerdas?... Pickman, el artista excéntrico que hizo todas esas pinturas extrañas de demonios desenterrando las tumbas de los cementerios de Boston y saliendo por agujeros para atacar a la gente en los túneles del metro. Finalmente desapareció y un

1 Pickman's Model.

amigo suyo encontró un cuadro en su sótano, un gran retrato de una cosa como ésta. Junto con el cuadro había otro que representaba la misma criatura. Pero no era un dibujo... Era un retrato del natural.

—¿De dónde has sacado esa absurda idea?

—Lovecraft.

—¿Quién?

Las gafas oscuras de Waverly ocultaron su sorpresa.

—¿Quieres decir que no sabes quién es H. P. Lovecraft?

—Nunca he oído hablar de él.

—¡Caramba! ¿Quién lo hubiera creído? —dijo Waverly suspirando—. Olvidaba que eres un lector poco aficionado a la fantasía. Me desconcierta, conociendo tu gusto por lo morboso.

—Soy un coleccionista, no un bibliófilo —dijo Keith.

—Es decir, que tienes el dinero suficiente para comprar las cosas que nosotros, pobres miserables, tenemos que contentarnos con leer.

Waverly rió entre dientes.

—Al menos, por tu afición a lo misterioso y sobrenatural deberías estar al corriente de quién es Howard Phillips Lovecraft. Da la casualidad de que es uno de los más grandes escritores modernos de terror, y *El Modelo de Pickman* es uno de sus mejores relatos. Por lo menos yo siempre pensé que lo era —dijo Waverly con su suave voz—. Pero ahora no estoy tan seguro.

—¿Seguro de qué?

—De que aquella fuera una historia de ficción.

Waverly miró otra vez al cuadro.

—Juraría que esta es la pintura tal como él la describió. Realmente alguien ha trabajado para reproducir lo que Lovecraft había narrado... Un verdadero trabajo de amor², aunque ese no sea el *nombre apropiado*, ¿verdad?

Waverly rió entre dientes.

—Los artistas se inspiran en los sitios más abominables, pero este supera cualquier cosa que me haya podido topar. ¿Quién lo hizo?

—No sé —dijo Keith—. No está firmado.

—Es un trabajo magnífico —dijo Waverly señalando al cuadro—. La forma en que se matizan los colores de la carne...

Keith cogió el trapo y empezó a limpiar la base del cuadro con movimientos circulares.

—Estará todavía mejor cuando termine de quitarle la suciedad. Mira cómo brillan esas pezuñas. Antes no había reparado en ellas. Y el primer plano también destaca. Ya no está todo entre sombras, puedes ver la...

—¿Ver qué?

—¡Waverly, mira esto! Hay una firma, aquí en la esquina, a la izquierda.

2 N. del T.: Juego de palabras con el nombre de Lovecraft, que podría traducirse como *el arte de amar*.

Waverly miraba, negando con la cabeza.

—No lo veo. Malditas gafas... Desde la operación de cataratas no puedo soportar la luz del día. ¿Qué dice?

—Upton. Y una inicial. Creo que es una R.

Keith asintió.

—Sí, eso es. R. Upton.

Waverly silbó de nuevo con sorpresa y Keith se volvió hacia él rápidamente.

—¿Qué ocurre? —dijo.

—*El Modelo de Pickman* —susurró Waverly—. En la historia el nombre completo del artista era Richard Upton Pickman.

Más tarde, mucho más tarde, los dos hombres tomaban café sentados en la cocina de Keith. Soplaban el viento de Santa Ana, el viento de las montañas, batiendo los postigos de las ventanas. Pero ni Keith ni Waverly advertían el ruido. El silencio, cuando se está pensando, puede ser más molesto que cualquier ruido.

—No saquemos una conclusión precipitada —dijo Keith—. Consideremos las distintas posibilidades.

—¿Qué posibilidades?

—Coincidencia, por ejemplo. Upton es un nombre corriente. Y no sabemos si la inicial significa Richard... Podría ser Roy, Roger, Raymond, Robert, Ralph o cualquier otro entre docenas de nombres. Todo lo que tenemos es «R. Upton» y eso sólo no prueba nada.

—Estás olvidando una cosa —murmuró Waverly—. El nombre solo puede que no sea una prueba decisiva, pero ocurre que está escrito en una pintura, justamente la pintura que Lovecraft describió. Y esa coincidencia no puede ser casual.

—Entonces es una broma. Algún artista leyó la historia y quiso divertirse.

Waverly movió la cabeza.

—Entonces, ¿por qué no se ajustó al relato firmando «Richard Upton Pickman»?

—Has dado en el clavo —dijo Keith con el ceño fruncido—. Y piensa en ello, la pintura está hecha con demasiada destreza para haber sido realizada únicamente con la intención de bromear. Si no fuera por el tema que representa, se podría decir que está hecha con sumo cariño y sensibilidad.

—El tema que representa es extraordinario —dijo Waverly—. Es una obra maestra.

—Entonces sólo hay una respuesta. Es el homenaje de un artista, un sincero tributo inspirado en la historia de Lovecraft.

—Supón que fue al revés —observó Waverly hablando despacio y suavemente—. Supón que Lovecraft se inspiró en la pintura para escribir su novela.

Keith hizo una mueca.

—Estás dejando correr demasiado la imaginación. De todas formas no importa, porque nunca sabremos...

—No estés tan seguro —dijo Waverly tirándose de la barba pensativamente—. ¿No

mencionaste algo de que el comerciante tenía otras cosas de ese lote que compró?

—Sí, pero no había más pinturas. Sólo algunas cajas de libros y cartas que aún no había examinado.

—Bueno, entonces quisiera examinarlas yo mismo.

Los ojos de Waverly destelleaban tras las gafas oscuras.

—Supón que esas cosas fueran propiedad del artista. Quizá encontremos una pista, algo que pueda darnos la respuesta. ¿Por qué no llamas a ese tipo y le preguntas si podemos revisar el material?

—¿A esta hora? —dijo Keith poniendo la taza de café sobre la mesa—. Es medianoche pasada.

—Mañana, entonces —dijo Waverly levantándose—. Tengo que ir a Long Beach, pero estaré de vuelta antes de que anochezca. Podemos encontrarnos para cenar e ir a verlo después. Arregla una cita para mañana noche.

—Lo intentaré. Pero no creo que quiera tener abierto hasta tan tarde.

—Le pagaste quinientos dólares por un cuadro, ¿recuerdas?

Waverly esbozó una sonrisa bajo la barba.

—Estará esperándonos con los brazos abiertos.

Al día siguió, por la tarde, el viento de Santa Ana todavía soplaba fuerte, golpeando el parabrisas del Volvo, mientras Keith conducía por la autopista en dirección a Alvarado.

A su lado iba Waverly mirando por la ventana. Cuando el coche giró en dirección al sur, advirtió que el viento había barrido de las calles a la gente que habitualmente paseaba por allí. Había pocas figuras en las aceras y, sorprendentemente, poco tráfico para esa hora de la noche. Las tiendas estaban cerradas, quedando South Alvarado oscuro y desierto.

Cuando el coche de Keith se detuvo frente a la tienda de Santiago, el lugar también se encontraba a oscuras.

—No veo que esté esperándonos con los brazos abiertos —murmuró Keith.

Waverly se encogió de hombros.

—Cuando hablaste con él, te dijo que estaría aquí a las nueve. Probablemente hay alguna avería eléctrica.

Los dos hombres bajaron del coche y fueron hasta la puerta, y la hallaron cerrada. Dentro del escaparate descansaba un gran cartel sobre el vidrio. Su mensaje era claramente visible: CERRADO — VISITENOS EN OTRA OCASION.

Keith frunció el ceño irritado.

—Bueno, se ha retrasado un poco —dijo Waverly—. Esperemos unos minutos.

En la calle había basura esparcida que se arremolinaba con el viento, bailando al ritmo de su gemido.

—No me gusta esto —dijo Keith—. Ha estado soplando durante tres días.

—Es normal en esta época del año.

La suave voz de Keith era tan inexpresiva como su rostro.

—Relájate.

—Me destroza los nervios.

Keith paseaba inquieto de arriba a abajo, ante la puerta de la tienda.

—Apenas me ha dejado dormir en toda la noche. Vivir allí arriba, en las montañas, es enervante. Cada vez que golpea el postigo de una ventana me da un sobresalto. Y no me puedo sacar de la cabeza esa pintura, esa forma en que mira la criatura y se inclina hacia delante, como si estuviera a punto de saltar del cuadro y agarrarme por la garganta.

—¿No fue esa la razón por la que la compraste? Creía que te gustaban ese tipo de cosas.

—Y me gustan. Pero esto es diferente. Hay algo que hace que parezca... real.

—Por Dios, Eliot, *era un retrato del natural*.

—¿Qué?

Waverly rió entre dientes.

—Solamente citaba la última línea de *El Modelo de Pickman*. Deberías leer la historia. De hecho, deberías leer toda la obra de Lovecraft. Y leer sobre él también. Recuérdame que te preste alguno de sus libros.

—No estoy seguro de querer que lo hagas.

—Vamos, hombre... ¿Dónde está tu curiosidad intelectual? ¿La has dejado en el callejón?

—No me gustan los callejones. Y menos con el viento de Santa Ana soplando de esta forma y un monstruo esperándome al final —dijo Keith sonriendo tímidamente—. No me hagas caso, estoy nervioso.

Se detuvo y miró su reloj.

—¿Dónde demonios está Santiago? Son casi las nueve y media.

Cuando Keith se volvió para examinar la desierta calle, Waverly fue de nuevo hasta la puerta de la tienda.

—Espera un momento.

Keith levantó la mirada.

—Quizá esté dentro —dijo Waverly tratando de ver a través de los cristales—. La puerta del fondo del pasillo... Debe conducir al cuarto trasero. Mira, se ve luz por debajo.

—Claro, debe haber entrado por la puerta trasera.

Waverly sacudió el tirador de la puerta, después golpeó el cristal, pero no hubo respuesta.

—No nos oye —dijo—. Vayamos por detrás.

Keith lo miró irónicamente.

—Acabo de decirte que no me gustan los callejones.

Waverly se rió de nuevo, ruidosamente.

—Bueno, no habrá ningún monstruo esperándote. Eso te lo garantizo. Vamos.

Le indicó el estrecho pasadizo junto a la pared del edificio y se adentró en él. Keith, en las sombras, caminaba torpemente detrás. En la intensa oscuridad siguió a Waverly, de

mala gana, hasta llegar al final del callejón.

Efectivamente, allí había una puerta trasera y un haz de luz se filtraba por debajo. En el callejón había aparcada una vieja camioneta, que alguna vez debió haber sido blanca, con la inscripción en la puerta: *F. Santiago — Antigüedades*.

—¿Qué te dije? —señaló Waverly—. Aquí está su coche. Y no hay monstruos a la vista.

Caminaron hasta la maciza puerta de madera y el eco de su llamada retumbó en todo el callejón, apagándose después con el gemido del viento.

Levantó de nuevo la mano para llamar y entonces se detuvo.

—No está cerrada —dijo Waverly girando el picaporte.

Y la puerta se abrió, oscilante.

Keith entró.

—¿Señor Santiago?

Al ver la luz se volvió hacia Waverly frunciendo el entrecejo.

—¡Mira!

El cuarto trasero de la tienda estaba vacío. Sin embargo, la desnuda bombilla del techo estaba encendida, por lo que dedujeron que alguien había estado allí recientemente. La silla volcada; los cajones del escritorio tirados en el suelo, su contenido formando montañas de papel arrugado; el archivo apoyado contra la pared, saqueado; en el rincón una confusión de cajas vacías... Todo estaba silencioso, pero con muestras inequívocas de registro y robo.

—Han entrado a robar —murmuró Waverly.

—¿Pero dónde está Santiago?

Mientras Waverly hablaba, Keith empezó a cruzar la habitación, dirigiéndose a la puerta cerrada que comunicaba con la parte delantera de la tienda. Antes de llegar encontró otra pequeña puerta a su derecha. Estaba ligeramente entornada, y Keith titubeó al colocar la mano en el picaporte.

—Espera.

Waverly, a su lado, le hizo un gesto indicándole que tuviera cuidado. Keith advirtió que había tomado un viejo abrecartas de metal de la basura esparcida por el suelo, y lo empuñaba como si fuera un arma.

—Déjame ir delante —dijo Waverly.

Empujó la puerta y ésta se abrió.

Entonces se quedó sin habla.

Keith, desde atrás, intentaba ver en el interior del minúsculo baño. No había luz, pero la ventana del fondo estaba abierta.

Y, cautelosamente, se inclinó en el umbral de la puerta, reconociendo la silueta de Santiago.

Ignorando a Waverly, entró en la habitación y tocó el hombro de Santiago. El cuerpo cayó de costado sobre el suelo, a la vez que Keith lanzaba un grito.

Porque Felipe Santiago estaba muerto. Su cabeza estaba destrozada, como si hubiera

sido arrancada a mordiscos, y en ella el rostro ya no existía.

—*El Peligro Oculto*³ —murmuró Waverly—. *El Peligro Oculto*.

—¿De qué estás hablando? —dijo Keith entrando silenciosamente en el estudio de Waverly.

—De un relato de Lovecraft. Un hombre y un reportero amigo suyo investigan un pueblo abandonado, donde los habitantes han sido asesinados por alguna cosa, que parece que se esconde en madrigueras, bajo las montañas. Se desencadena una tormenta y se refugian en una cabaña. En la oscuridad, el reportero se asoma por la ventana para mirar la tempestad en la noche. Finalmente su compañero advierte que lleva un buen rato inmóvil. Le toca el hombro y...

Waverly se interrumpió encogiéndose de hombros.

—Ya sabes el resto.

—Yo no sé nada —dijo Keith—. Sigo pensando que deberíamos llamar a la policía, en vez de hablar tanto.

—Otra vez con lo mismo —dijo Waverly suspirando—. Si lo hubiéramos hecho, ni tú ni yo podríamos estar aquí ahora. Estaríamos sentados en el banquillo, detenidos por sospechosos, y esperando las preguntas del fiscal del distrito. Preguntas que ninguno de los dos podría contestar.

—Pero seguramente la policía vería que no tenemos ninguna relación con la muerte de Santiago.

—La policía suele ser bastante miope en estos asuntos. E incluso aunque la acusación no cayera sobre nosotros, estaríamos obligados a declarar como testigos. Tú dices que no te gustan los callejones, bueno pues yo soy alérgico a las celdas de la cárcel.

Waverly movió la cabeza.

—Cuando encuentren el cuerpo de Santiago se va a formar un buen lío. Esas cosas causan gran sensación y ninguno de los dos necesitamos ese tipo de publicidad. Es mejor que no nos compliquemos.

Keith desvió la vista hacia las estanterías de libros alineadas en la pared del estudio.

—Pero ya lo estamos —dijo con un tono cansado—. La cuestión es que no entiendo *cómo* nos hemos metido en ello. Dices que ese hombre, Lovecraft, escribió una historia en la que alguien asomaba la cabeza por la ventana y se la destrozaban a mordiscos. Y ahora ocurre en la vida real...

Waverly le interrumpió con un gesto de impaciencia.

—No tenemos por qué asumir eso. Me imagino que el informe de la investigación mostrará que Santiago fue golpeado repetidas veces en la cabeza con algún instrumento cortante que desfiguró sus facciones.

—Pero ¿por qué? Aparentemente el móvil fue el robo. Quien quiera que lo haya hecho no tenía necesidad de asesinarlo. E incluso, si lo mató accidentalmente, no había

3 The Lurking Fear.

razón para acuchillarle la cara de esa forma, ni para asomarlo por la ventana siguiendo la pauta de la historia.

Waverly se tiró de la barba.

—La naturaleza copia al arte —dijo—. ¿O es el arte el que copia a la naturaleza? Ahora tenemos dos ejemplos... La muerte de Santiago y tu cuadro. Ambas relacionadas directamente con H. P. Lovecraft.

—Pero Lovecraft no está relacionado con Santiago.

—Yo creo que sí lo está.

Waverly buscó en el bolsillo de su chaqueta y sacó un trozo de papel amarillento y arrugado. Lo desdobló y lo puso sobre la mesa.

—¿Qué es eso? —preguntó Keith.

—Algo que encontré en el suelo del cuarto trasero cuando cogí el abrecartas —le dijo Waverly—. No tuve oportunidad de mirarlo detenidamente hasta que veníamos de camino hacia aquí. Estabas demasiado concentrado conduciendo y demasiado afectado para que te lo mostrara... y cuando vi lo que era, pensé que era mejor no decirte nada. Pero ahora creo que debes verlo.

Le alargó el papel a Keith. Este miró el trozo de hoja arrugado y escrito con una letra diminuta y peculiar. Era una intrincada escritura difícil de leer. Keith levantó el papel hacia la luz y descifró el mensaje lentamente.

C/ Bernes, 10

Providence, R. I.

13 de Octubre de 1929

Querido Upton:

Te escribo bastante perturbado. Considerando lo que me revelaste en Boston — verbalmente, y sobre todo visualmente— me parece de vital importancia que nos veamos, tan pronto como sea posible. Realmente quisiera ver la otra obra a que te referiste. Nunca hubiera podido soñar, ni en las más insólitas pesadillas, la existencia de tal...

La caligrafía terminaba abruptamente en el borde dentado del fragmento roto y Keith levantó la vista encontrándose con la impasible mirada de Waverly.

—*Querido Upton* —dijo Waverly lentamente—. ¿Te convences ahora? El artista existió y Lovecraft lo conocía.

—Pero no hay firma. ¿Cómo sabes que Lovecraft escribió la carta?

—Está su dirección. Y quien haya visto su letra alguna vez, la reconocerá en el acto.

Levantándose, Waverly se dirigió a la estantería y tomó un pequeño volumen de tapas amarillas, que estaba cubierto de polvo. Keith distinguió el título: *Acotaciones*⁴. Y la ilustración de la portada. Representaba una vieja casa rodeada por una cerca. Sobre un fondo de maleza, surgía una criatura barbuda que se inclinaba hacia adelante, mirando

4 Marginalia.

recelosamente la casa.

Waverly abrió bruscamente el libro, mostrando una página en la que aparecía la reproducción de una hoja de papel con anotaciones hechas a mano.

—Mira esto —dijo—. Un plano de la planta baja del estudio de Lovecraft. Con fecha del 2 de mayo de 1924, dibujado por él mismo.

Waverly pasó las páginas buscando otras fotografías-esquemas, hechos a tinta, de una casa, con una anotación debajo; una tarjeta postal; un mapa dibujado a mano; un ejemplar de la página de un relato corregido.

Keith miraba escépticamente a su compañero.

—Admito que la letra es parecida, pero no debes olvidar la posibilidad de falsificación.

—Mira este papel.

Waverly sostenía el papel arrugado bajo la luz.

—Amarillento y roto. ¿Ves como la tinta ha perdido el color? Esta carta fue escrita hace más de cincuenta años, cuando Lovecraft todavía no era importante ni conocido. ¿Por qué alguien iba a querer falsificar su letra entonces?

—Quizá lo han hecho recientemente —dijo Keith—. Alguien cogió un papel viejo... Algún bromista.

—No se trata de ninguna broma. No hay nada gracioso en un asesinato salvaje y pervertido.

Waverly, impresionado, parpadeando bajo las gafas oscuras, se apartó de la intensa luz de la lámpara.

—El asesino, o asesinos, tenían el firme propósito de matar.

—¿Para robar el almacén?

—No estaban interesados en las antigüedades; querían esas cartas que Santiago trajo del viejo almacén de Boston. Y querían deshacerse de él antes que revelara lo que sabía o de dónde provenía aquello. ¿Recuerdas que su fichero y su escritorio habían sido registrados? Supongo que buscaban recibos, cheques, facturas de pedidos... Cualquier cosa que indicara el origen de aquella compra. Y esas cajas que vimos, debían contener el material que estaban buscando.

—¿Qué clase de material?

—Creo que buscaban los efectos personales de Upton, sus libros y una colección de cartas que había recibido. Cartas como esta de H. P. Lovecraft.

Waverly levantó de nuevo el trozo de papel.

—Debieron romper parte de la carta y, al caer entre las cosas tiradas por el suelo, no pudieron verla.

Keith arrugó la frente.

—No me lo puedo creer. ¿Por qué iban a robar unos libros viejos y la correspondencia de un artista del que nunca nadie oyó hablar?

—Puede que para evitar que se hable de él —dijo Waverly—. Encontraremos la respuesta.

Keith se levantó bruscamente, pasando la mano por su rostro cansado.

—Me voy a casa.

—¿No prefieres quedarte aquí? Arriba tengo una habitación disponible.

—No, me iré.

—¿Seguro que estás en condiciones de conducir?

Keith echó una mirada a través de la ventana.

—Tan temprano no encontraré tráfico. Iré perfectamente.

Waverly le condujo por el recibidor hasta la puerta de la calle.

—Lláname esta noche. Decidiremos cuál será nuestro próximo paso.

Keith negó con la cabeza.

—No quiero dar ningún paso más.

—Ahora no podemos dejarlo.

—Claro que podemos —dijo Keith con voz firme—. Yo abandono aquí. No quiero oír nada más. No quiero saber nada más.

Abrió la puerta y atravesó el umbral. Fuera ya se había hecho de día.

—Todo lo que quiero es olvidar este absurdo asunto. Y eso es precisamente lo que voy a hacer.

Keith caminó hasta su coche dando grandes zancadas, mientras Waverly lo observaba alejarse.

Ya en dirección a su casa, conducía con decisión, con la firme determinación de superar el cansancio. Circulaba por las calles vacías a través de la ciudad, por las intrincadas callejas, hasta llegar a la cima de la colina, sobre el desfiladero.

Sólo después que hubo aparcado el coche en el garaje y abierto la puerta principal, se permitió el placer de relajarse.

Era agradable estar de nuevo en la tranquilidad del hogar, pensó Keith mientras atravesaba el pasillo hacia el dormitorio. Los acontecimientos de las últimas doce horas parecían un mal sueño, una pesadilla de la que al fin había logrado despertar, sano y salvo.

Al pasar frente al cuarto de trabajo miró a través de la puerta, y no le quedó ni rastro de la agradable sensación.

El estudio estaba oscuro. Nada había sido alterado, todo permanecía en su sitio, pero la mesa donde reposaba el cuadro estaba vacía. La pintura había desaparecido.

A lo lejos, el crepúsculo cubría de sombras las montañas, mientras Keith señalaba la ventana del estudio.

—Debieron entrar por aquí —dijo—. ¿Ves? Aquí en la cerradura hay muestras de que ha sido forzada.

Waverly asintió. Sus ojos tenían una seria expresión detrás de las gafas.

—¿Estás seguro de que no se han llevado nada más?

—Absolutamente.

Keith señaló las figuras de jade y marfil de la vitrina.

—Esas cosas representan una pequeña fortuna, pero no falta una sola pieza —dijo moviendo la cabeza—. ¿Quién habrá sido y cómo supieron que la pintura estaba aquí?

Waverly se apartó de la ventana.

—La respuesta es obvia. Son los mismos que fueron a la tienda de Santiago y cogieron el archivador de facturas. Debieron ver que las compras del día incluían la pintura. Encontrarían tu cheque con la dirección.

Keith frunció el ceño.

—No perdieron el tiempo, ¿eh?

—Menos mal que cuando vinieron aún estabas en mi casa —dijo Waverly—. Después de lo que le sucedió a Santiago...

De repente se calló.

—¿Has leído los periódicos?

—No, pero vi las noticias en la televisión. La policía encontró el cuerpo esta mañana, después que un repartidor entró por la puerta trasera de la tienda. El informe no menciona nada que no supiéramos ya, sólo que están investigando.

—No has tenido nunca problemas con el FBI, ¿verdad? —preguntó Waverly.

—Claro que no.

—Yo tampoco. Así que nuestras huellas no están registradas. Estamos a salvo.

—¿A salvo?

Keith miró hacia la mesa donde había estado el cuadro.

—No creo que pueda volver a sentirme a salvo.

—Lo estarás cuando descubramos que hay detrás de todo esto.

Keith negó con la cabeza.

—Te dije que quería poner punto final. Dejemos que lo arregle la policía. Y aún creo que deberíamos decirles lo que sabemos.

—¿Decirles qué? ¿Que descubriste un asesinato la noche pasada y no lo denunciaste, pero que ahora alguien te ha robado un retrato de un necrófago y quieres recuperarlo?

—Entonces pongamos fin al asunto. Tal como sugerí.

—Ya es demasiado tarde para eso. El que lo hizo sabe quién eres.

Waverly respiró profundamente.

—No quiero parecer un alarmista, pero si yo fuera tú, me largaría de aquí unos cuantos días. Toma una habitación en un motel y mantente alejado un tiempo. No creo que vuelvan, ya que tienen la pintura, pero nunca se sabe.

—Exactamente. No sabemos nada de esas personas, o persona si es que es una sola, y ni siquiera tenemos una pista.

—Creo que podemos encontrarla.

Waverly fue hasta una silla y levantó un pequeño paquete que había sobre el asiento. Lo llevó a la mesa y lo desenvolvió. Aparecieron media docena de libros.

—Traje esto. Puedes leerlos en el motel. Pero por favor, ten cuidado. No se te ocurra estropearlos. Algunos de estos ejemplares son muy valiosos.

Keith fue hacia la mesa y examinó los libros leyendo los títulos.

—*El Extraño y los Otros, Más Allá de la Pared del Sueño*⁵...

—La colección de relatos de Lovecraft —dijo Waverly—. *Acotaciones* es ese de las tapas amarillas que viste anoche. El resto son memorias y biografías: la de Camp, *Lovecraft*; la de Long, *El Soñador de la Noche*; y la de Conover, *Lovecraft al fin*. Te aconsejo que primero leas la ficción y después las biografías.

—¿Pero de qué me servirá?

—Los buscadores de horror frecuentan lugares muy extraños —dijo Waverly—. Eso es lo que Lovecraft escribió en uno de sus relatos, y creo que te convencerás de que tiene razón. En alguna parte de su obra, o de su experiencia personal, puede estar la respuesta que estamos buscando.

—Prefiero no encontrar la respuesta.

—No es una cuestión de preferencias —dijo seriamente Waverly—. Nuestra supervivencia depende de que descubramos qué hay detrás de todo esto. Lee esos libros, amigo mío. Lee como si tu vida dependiera de ello. Porque depende.

El motel tenía todo lo que Keith despreciaba: un estilo sombrío y funcional, simulando una comodidad de plástico, y una modernidad impersonal. Pero durante los tres días siguientes apenas se apercebía de ello. Con la ayuda de los libros que Waverly le había prestado, estaba explorando un nuevo mundo.

En Nueva Inglaterra, hacia el año 1890, había nacido Howard Philips Lovecraft, hijo único de una familia adinerada, cuya fortuna iba disminuyendo. Su padre murió cuando él tenía ocho años. Creció al lado de su madre, cuyas excentricidades fueron transformándose en una grave enfermedad mental. Su débil salud le llevó a refugiarse en la lectura, convirtiéndose en un autodidacta. Durante su juventud se sentía alejado de la sociedad contemporánea e identificado con el pasado, siendo muy influenciado por la forma de pensar y la estética del siglo dieciocho. También estaba profundamente interesado en la ciencia moderna; creó una revista de astronomía y formó parte de una asociación de prensa amateur. Pronto empezó a mantener correspondencia con otros escritores.

Y cuando Lovecraft inició su carrera de escritor, eligió el campo de la fantasía. Su primera poesía estaba construida en un estilo clásico, su primera prosa tenía elementos comparables a la obra de Dunsany.

Pero hacia 1920, tras la muerte de su madre, se fue a vivir con dos ancianas tías. Debido a que la herencia se iba agotando, se vio obligado a entrar en un nuevo mundo. Se convirtió en un escritor fantasma, corrigiendo los trabajos de otros, que entonces empezaban a publicar sus historias.

Paulatinamente fue atreviéndose a entrar en sociedad. El solitario noctámbulo de las calles de Providence, viajó entonces a la costa del Atlántico, en busca de antiguas leyendas, y estableció su residencia en Nueva York. Pero después de pocos años, en los que se casó y separó de una importante mujer de negocios, se retiró nuevamente a Providence. Allí

5 The Outsider and Others, Beyond the Wall of Sleep.

continuó corrigiendo trabajos, reanudó la correspondencia y redactó sus propios libros, hasta que el cáncer interrumpió su carrera en 1937.

En vida de Lovecraft, sus cuentos fueron poco conocidos, apareciendo sólo en algunas revistas sensacionalistas. Ningún editor importante se aventuró a publicar una novela o una colección de sus cuentos, ni entonces ni póstumamente. Dos jóvenes escritores, August Derleth y Donald Wandrei, finalmente fundaron una editorial para publicar *El Extraño y los Otros y Más Allá de la Pared de los Sueños*, que en ediciones reducidas se vendieron por correo. La fama eludió a Lovecraft incluso después de muerto; las escasas revistas se vendían lentamente.

Pero, poco a poco, se fueron reimprimiendo los relatos en antologías. Derleth se hizo cargo del negocio y dio a conocer los libros de otros escritores que habían formado parte del «Círculo de Lovecraft», que mantenían correspondencia con él. De este modo, por fin, empezó a conocerse. La obra de un hombre, a quien sus amigos llamaban H P L, se extendió, convirtiéndose en una especie de clásico del «underground». Las viejas revistas y los primeros libros de sus historias alcanzaron precios fabulosos como material de coleccionistas. Finalmente, en los años 60, Lovecraft se convirtió en un escritor consagrado, y en los 70 acaparó la atención de la crítica.

Todo esto, lo aprendía Keith de las biografías, que a pesar del consejo de Waverly, leyó antes de abordar los libros de ficción. Y mientras se adentraba en el mundo privado de Lovecraft, iba encontrando elementos con los que se identificaba.

Keith había sido también hijo único y apenas conoció a su padre; en su caso por divorcio. También había elegido una vida introvertida, pasando por un corto matrimonio y una amistosa separación. Afortunadamente su salud era buena y su herencia le permitía vivir tal como deseaba, viajando mucho y permitiéndose coleccionar los objetos curiosos y grotescos de los que se encaprichaba. Bajo condiciones similares, quizá, la vida de Lovecraft presentaba un paralelismo con la suya. Leyendo, Keith empezó a experimentar un sentimiento de empatía con Lovecraft.

Pero había otros aspectos que no podía entender. Las tres biografías eran demasiado distintas entre sí. Willis Conover escribió las memorias de un hombre con el que mantenía correspondencia cuando era un admirador joven. Era la figura de un abuelo erudito y amable. Lovecraft al fin, era el Lovecraft de los años 30.

La de Long, *El Soñador de la Noche*, se concentraba en los años 20 y en los años de Nueva York, cuando los dos pasaban el tiempo juntos. Su H P L alto, delgado y enjuto, era la figura de un padre, pintado con los cálidos colores de un afecto reminiscente.

La amplia biografía de Camp presentaba aún a otro H P L. Nunca se conocieron, pero *Lovecraft: una Biografía* era un estudio profundo de toda la trayectoria de su vida y su forma de vivir. Su descripción de Lovecraft estaba hecha con todo detalle. Era un análisis de sus excentricidades y sus manías que consideraba el factor psicológico responsable de sus fantasías.

Tomando los tres libros juntos eran pradójicos y contradictorios. Y los tres admiraban la brillante literatura negra de Lovecraft.

Keith leyó la producción poética de sus principios, pero en seguida se sintió atrapado por los temas más tenebrosos. Los horrores de la decadencia en las viejas ciudades de Nueva Inglaterra. Y la decadencia aún más aterradora de sus habitantes.

Lovecraft narraba anécdotas imaginarias en sus cuentos. La más inquietante era la de la bruja que se aparecía en la ciudad de Arkham, sede de la Universidad de Miskatonic. En su biblioteca se encontraba un raro ejemplar del *Necronomicon*, un libro de magia negra que contenía revelaciones sobre los poderes del mal que se extendía controlando el universo.

En las profundidades de los bosques, más allá de la ciudad, vivía un extraño ermitaño que había nacido en el siglo dieciocho, consiguiendo prolongar su vida por medio del canibalismo. En las solitarias montañas cercanas al pueblo de Dunwich, un excéntrico campesino, que practicaba la brujería, entregó una joven retrasada a un extraño ser, produciéndose unos espantosos descendientes, mitad humanos y mitad monstruos.

Otros extraños híbridos se escondían en el puerto abandonado de Innsmouth. Estos provenían de las uniones entre los marineros de aquel lugar y unas criaturas que habitaban en las profundidades de los océanos en Polinesia, las cuales eran adoradas por los nativos. Paulatinamente, los descendientes endogámicos de aquellas uniones anormales iban perdiendo sus características humanas, convirtiéndose en ictioides y batracios. Al final desarrollaban las branquias y se adaptaban al mar. Pero mientras tanto, se escondían entre los escombros de las casas de la ciudad olvidada, sirviendo a extraño dioses de los Mares del Sur y matando a los intrusos que accidentalmente descubrían su existencia.

En el reino de Lovecraft, visitantes alados provenientes de otros planetas frecuentaban las desérticas colinas de Vermont y las cimas de sus montañas. Ayudados por aliados humanos, conspiraban contra la humanidad. Otros hombres crearon una secta, extendida por todo el mundo, para servir al Cthulhu, uno de los Grandes Diablos que había gobernado la tierra en la antigüedad y ahora dormía bajo el mar, en la ciudad hundida de R'lyeh. Cuando la actividad volcánica sacó a Cthulhu de las profundidades, se deslizó fuera de su tumba de piedra, dispuesto a reinar e imponer su fuerza. Entonces, casualmente, fue aparentemente destruido y quedó sumergido bajo el mar, en la ciudad de piedra. Pero todavía vivía esperando el día en que sus seguidores encontraran el conjuro que había de sacarlo de las profundidades.

Toda la última parte de la obra de Lovecraft versaba sobre este tipo de leyendas sobre una raza de monstruos que una vez gobernaron la Tierra y fueron expulsados. Y en el más allá esperaban la ayuda de los aliados humanos que los adoraban con ritos de magia negra. Los mitos de Cthulhu se revelaban a un mundo cuya civilización era absurda y efímera. El hombre moderno, enfrascado en un progreso inútil, no podía escapar del poder de los Grandes Diablos que una vez gobernaron y pronto volverían a gobernar.

Durante tres días Keith vivió en aquel mundo, en el tenebroso mundo de sueños de la vida de Lovecraft y en el mundo de las pesadillas de sus historias.

Entonces una llamada de Waverly le devolvió a su propio hogar y a la realidad.

—Bueno ¿qué piensas ahora de Lovecraft?

Waverly se acomodó en su silla, con una copa de coñac en la mano, mientras contemplaba el atardecer a través de la ventana del estudio de Keith.

—Tiene una terrible imaginación —dijo Keith encogiéndose de hombros—. De eso no me cabe la menor duda.

—¿Ninguna?

—¿Qué quieres decir?

—Suponte que no todo lo que escribió fuera invención.

Waverly se inclinó hacia adelante.

—Suponte que estaba tratando de prevenirnos.

—¿Contra qué? No me digas que crees en necrófagos.

—Hay alguien que sí cree —dijo señalando a la mesa vacía—. Alguien robó tu cuadro. Alguien mató al comerciante que te lo vendió.

—¿Es eso lo que dice la policía?

—La policía no dice nada.

Waverly se tiró de la barba.

—No se ha vuelto a comentar nada de la historia del asesinato, ni una línea en tres días, y no creo que se hable más de ello. El asesino no dejó huellas. Si no hubiéramos encontrado ese trozo de papel...

—Eso no prueba nada. Ni sobre el asesinato ni sobre el cuadro —Keith tomó un trago de coñac.

—Muchos artistas pintan monstruos, pero eso no quiere decir que existan en la realidad. Mucha gente se presta a extrañas formas de adoración; debe haber incluso algunas misteriosas sectas clandestinas, como la de los relatos de Lovecraft. Pero lo que ellos adoran es una superstición pura y simple.

—No creo que sea pura ni que sea simple —dijo Waverly alcanzando la botella de coñac y rellenando su copa—. Ni que Lovecraft lo sea. Todos sus biógrafos están de acuerdo en que era un materialista estricto. Estoy convencido de que escribió fantasías para encubrir los hechos.

—¿Qué hechos?

—El entrecruzamiento de razas.

Waverly afirmó con la cabeza.

—Lovecraft tenía una actitud puritana respecto al sexo, y eso se nota en sus historias. Incluso en los primeros cuentos, su morbosa aversión por lo «extraño» aparece como algo diabólico en la mezcla de castas, algo que desvaloriza las actitudes civilizadas y rebaja la humanidad al nivel infrahumano.

—¿Recuerdas la raza degenerada que describe en *El Peligro Oculto* y en *Las Ratas en las Paredes*?⁶ —siguió diciendo Waverly—. En *Arthur Jermyn* habla de la descendencia de

6 The Rats in the Walls.

un simio y un hombre, pero creo que en realidad se refiere a algo peor. Después, en *El Modelo de Pickman*, habla abiertamente de los necrófagos, esas criaturas que se deleitan con la muerte y presumiblemente son nacidas de uniones necrofílicas.

»Pero todo eso es solamente el preludio de un terror real, no la unión entre un ser superior y uno inferior, de un hombre con un animal, de un vivo y un muerto, sino algo mucho más espantoso, la unión entre un hombre y un monstruo.

»Piensa en Wilbur Watheley y su hermano gemelo, en *El Horror de Dunwich*⁷, hijos de Yog-Sothoth y de una mujer. Piensa en los aldeanos de *La Sombra sobre Innsmouth*⁸, adorando a los dioses Kanaka de Polinesia con ritos sexuales, sembrando una raza de seres que habitaban sobre la Tierra hasta adquirir «el rostro de Innsmouth», ojos de pez y cara de rana. Entonces podían llegar hasta el mar para encontrarse con el Gran Cthulhu de las profundidades. —Waverly dio un trago de su copa—. Eso es lo que Lovecraft trataba de decirnos en sus historias, que existen monstruos entre nosotros.»

Keith depositó su coñac en la mesa.

—Si Lovecraft creía realmente esas supersticiones absurdas, ¿por qué escribió novelas?

Waverly apretó los labios bajo la barba.

—Por eso que dices. Desde el principio de los tiempos ha habido acontecimientos similares. La mitología griega y la babilónica nos hablan de Hidra, Medusa, el Minotauro, hombres dragones con alas. En las leyendas africanas encontramos hombres-leopardo y hombres-leones; los esquimales hablan de criaturas peludas; los japoneses tienen su mujer-zorra; los tibetanos hablan del Yeti, el llamado Abominable Hombre de las Nieves; en Europa se conoce el hombre-lobo, el *licántropo*; nuestros indios temían al Gran Pie y a la serpiente humana que susurraba en los bosques. Siempre algunos tenían miedo y otros se convertían en adoradores, pero la mayoría continuaban hablando como tú lo haces. La voz de la razón que califica todo esto de superstición y a todos los que creen en ello, de ignorantes y dementes. Lovecraft sabía lo que le esperaba y no tenía ningún deseo de afrontarlo. Pero no pudo guardar silencio del todo y eligió esconderse tras una máscara de fantasía.

Keith parecía no creer lo que oía.

—Acabas de decir que Lovecraft sabía —murmuró—. Eso implica que tenía acceso a algún conocimiento prohibido y que pasó años investigando el tema.

—Exactamente —dijo Waverly.

—Pero eso es absurdo. La vida de Lovecraft está perfectamente documentada.

—No toda.

—¿Qué dices de las biografías que leí y de las memorias de Derleth y los demás?

—De Camp no conocía a Lovecraft personalmente. Long estuvo con él en Nueva York y en otras ocasiones, pero sólo percibió de Lovecraft lo que éste quiso revelar de sí mismo. Conover lo vio dos veces únicamente y Derleth no lo conoció nunca. Ni los que se

7 Dunwich Horror.

8 The Shadow over Innsmouth.

escribían con él, ni sus discípulos, sabían de él más que lo que oían o leían en las cartas que escribió. Los testimonios son inexactos. Y la cartas, ¿qué mejor forma para un hombre de esconder su verdadera personalidad, que a través de un muro de palabras? —decía Waverly hablando suavemente—. Te digo que andaba en algo y dentro de algo.

Keith arrugó la frente.

—¿Pero cómo empezó todo?

—Sabemos que HPL estaba fascinado por Nueva York y por sus leyendas históricas. Pasaba el tiempo con los anticuarios y los cronistas locales de las ciudades. Quizá ellos le dieron la pista. Empezó a visitar regiones remotas, pequeñas aldeas casi olvidadas, con sus casas de madera abandonadas, que con frecuencia describió en sus historias. Pero supongo que no tendría como única intencion el hacer turismo. Quizá estaba buscando algo. Algo que encontró en un viejo desván o en un sótano derruido. Un viejo diario, un manuscrito o incluso un libro.

—¿Crees que el *Necronomicon* existió en realidad?

—Yo no diría tanto —contestó Waverly negando con la cabeza—. Pero en Nueva Inglaterra existen auténticas sectas dedicadas a la brujería que usaban libros de magia negra. Si Lovecraft descubrió uno de esos, puede que empezase a pensar seriamente en las viejas leyendas y averiguara la verdad que había tras ellas.

Keith se sirvió otro coñac.

—¿Cuando crees que ocurrió todo eso?

—Debí empezar en 1926, después que su matrimonio se deshiciera, cuando dejó Nueva York para vivir nuevamente en Providence con sus dos ancianas tías. Había muchas cosas que ellas no sabían y que no podían ni imaginar. —Waverly aclaró su garganta, su voz enronquecida—. Todo ese asunto sobre HPL, un noctámbulo que vagaba por las calles. ¿Crees de verdad que deambulaba por ahí sin un proposito definido, o que tenía algún objetivo? Yo creo que sí lo tenía. Y fue entonces, por supuesto, cuando conoció a Upton, el Richard Upton Pickman de su historia.

Keith hizo un gesto para interrumpirlo.

—Todavía no sabemos si existió tal persona. Sólo porque encontraste un trozo de papel...

Waverly rió entre dientes, pero sus facciones permanecían inmóviles.

—Por culpa de ese papel he estado ocupadísimo durante tres días, llamando a gente del este. Te voy a decir lo que he averiguado. Antes que nada, existió un artista llamado Richard Upton. Nació en Boston en 1884. Murió en 1926.

—Supongo que vas a decirme que desapareció, en plena noche, en el sótano de una vieja mansión misteriosa.

—Nada de eso. Según las noticias de los periódicos del 20 de diciembre, volvió de un viaje, a Providence, y al llegar descubrió que su estudio había sido allanado y su colección de pinturas robada. Esa noche, después de denunciar el robo a la policía, se pegó un tiro.

—¿Motivo?

—No dejó ninguna nota. Las pinturas nunca fueron recuperadas, y si la policía alguna

vez se enteró de algo, nunca lo divulgó. —Waverly se inclinó hacia adelante—. Pero yo he descubierto algo que ellos no sabían. Una semana antes de que viajara a Providence, pintó un cuadro, empaquetó sus libros y correspondencia, y los envió a la Compañía de Almacenamientos y Depósitos. El material permaneció allí sin ser reclamado, probablemente olvidado, todos estos años. Hasta que Santiago lo compró.

—¿Cómo averiguaste todo eso?

—Te dije que tengo contactos. Beckman me sugirió que buscara en la guía de teléfonos de Boston y llamara a las casas de almacenamiento para indagar sobre una venta reciente a Santiago, y así es como obtuve la información.

—¿Beckman?

—Un librero que conozco en la ciudad. Especializado en ediciones originales y temas extraños. Naturalmente estaba interesado en algo relacionado con HPL. Él cree que es bastante posible que Santiago no hubiera comprado todo el material de Upton. Podría quedar algo en el almacén, incluyendo la correspondencia de Lovecraft. Actualmente esas cartas se venden a precios muy altos. De todas formas, estaba dispuesto a hacer un trato conmigo.

—¿Qué tipo de trato?

Waverly se levantó.

—Beckman me paga un viaje a Boston. Cualquier cosa que encuentre para comprar, Beckman la venderá e iremos a medias en las ganancias.

—¿Cuándo te vas?

—Hay un vuelo por la mañana.

Waverly fue hacia la puerta del estudio.

—Si vas a estar en casa, te llamaré mañana por la noche, alrededor de las ocho, y te diré lo que he averiguado.

—Estaré esperando —dijo Keith.

Salían de la oscuridad y las profundidades, brincando y arrastrándose, atraídos por el débil y misterioso pitido de una flauta invisible.

Los que brincaban eran humanos o humanoides. Bailaban a la luz oscilante de las hogueras en la solitaria cima de la montaña. Keith oía su canto rítmico y penetrante.

—¡Iaa! ¡Shub! ¡Niggurath! ¡La Cabra Negra de los Bosques con un joven de Mil Años!

Y después la respuesta, el zumbido que no era una voz humana o un sonido humano, ni siquiera la imitación del habla humana. Pero reconocía algunas de las palabras, *Yog-Sothoth*, *Cthulhu*, *Azathoth*, y su pronunciación surgía de unas figuras sombreadas que reptaban y se arrastraban en la solitaria noche, más allá del círculo de luz que producía el fuego.

No se veía con claridad a nadie y Keith se sentía agradecido por ello, pero las llamas destellaron por unos instantes, vislumbrándose las monstruosas montañas. Montañas que temblaban y se levantaban, tomando vida, con el movimiento de innumerables

tentáculos viscosos; montañas cubiertas de abultados ojos, abriéndose y cerrándose espasmódicamente, y cientos de bocas abiertas de las que brotaban palabras terroríficas, como gruñidos y siseos en abrumadoras lenguas.

Keith sentía como si todas las montañas temblaran ante el terrible eco de esa respuesta gutural, y entonces la escena se desvaneció y nuevamente se encontró en su habitación. Se dio cuenta de que había estado soñando y que todavía soñaba que su cama se movía como si un terremoto la estuviera agitando.

Entonces, mientras continuaba su sueño, el movimiento cesó, pero el recuerdo de las criaturas persistía y con ellos el recuerdo de lo que había mencionado Waverly.

Llegó el terror y la decisión.

En su sueño, Keith imaginó que tomaba la guía telefónica de la mesilla de noche y buscaba torpemente entre las páginas hasta dar con el nombre de *Beckman, Frederick, T., libros raros*. Imaginó que marcaba el número, escuchando el sonido lejano del timbre del teléfono, como levantaban el auricular en el otro lado y su propia voz murmurando.

—¿Señor Beckman?

Entonces oyó la respuesta, procedente de una voz profunda, retumbante y aterradora, pero claramente inteligible.

—*Estúpido, Beckman está muerto.*

Fue en ese momento cuando Keith abrió los ojos y se encontró sentado al borde de la cama, con el teléfono en la mano, escuchando el clic que indicaba que la conexión se había cortado. El clic que le hizo comprender que no había estado soñando.

A las 7.30 de la mañana Keith cogió el periódico en la puerta del jardín. Le llamó la atención el titular de una noticia en la primera página:

UN TERREMOTO DE INTENSIDAD 3,5
HA SACUDIDO LOS ANGELES
POCOS DAÑOS REGISTRADOS

Eso, al menos, había sido real. Keith leyó la noticia, una noticia familiar para los habitantes de Los Angeles, observando las usuales referencias a la falla de San Andrés y la situación del epicentro en la zona de Lancaster. Los sismólogos repetían la advertencia de que el terremoto podía ser la señal anticipada de un cataclismo, pero que también era un elemento corriente en otra clase de acontecimientos.

Keith leyó la noticia casi con alivio; hasta que volvió la página y encontró algo que realmente le hizo temblar. Era un corto titular, que parecía haber sido insertado en último momento:

LIBRERO DE GLENDALE ASESINADO

La Policía está investigando el asesinato de Frederick T. Beckman, de 59 años de edad, que fue apuñalado la pasada noche en su casa de Glendale, calle Whitsun, 1482. Un vecino informó al comisario de la policía, Charles Mc Loy, de que salían extraños ruidos de la casa de al lado. Presumiblemente, el asesino de Beckman entró por una ventana abierta del dormitorio y le atacó mientras dormía. Beckman, un vendedor de libros raros y manuscritos, guardaba su mercancía en una caja fuerte empotrada, que aparentemente está intacta.

Keith dejó caer el periódico con las manos temblorosas. Y continuó temblando al marcar el número de Waverly y escuchar el eco de los rings repetidos.

Obviamente Waverly ya había salido para tomar su avión a Boston, pero tal vez había tiempo de encontrarlo en el aeropuerto. Llamó a vuelos internacionales de Los Angeles para que llamaran a Waverly por los altavoces. Una voz amable le informó que el avión a Boston había salido, como estaba programado, hacía media hora.

Así que no podía hacer otra cosa que esperar.

No obstante, como primera medida, revisó las ventanas y cerró las puertas. Se sentía avergonzado de hacer eso en una mañana de sol radiante de un resplandeciente día de otoño. El clic de los cerrojos y pestillos al correrse le resultaba tranquilizador.

Tranquilizador, e inquietante. Porque el sonido le devolvía el recuerdo de otros clics. El clic del teléfono en el sueño, que no era un sueño. ¿O lo era?

Pasaron muchas horas hasta que Keith tuvo el valor de coger uno de los libros que Waverly le había prestado; una estropeada copia de *El Extraño y los Otros*.

Pasó las páginas hasta encontrar un cuento que no recordaba del todo bien: *La Declaración de Randolph Carter*⁹. Era un breve relato de la excursión del narrador y su amigo Harley Warren a un viejo cementerio, en plena noche. El propósito de Warren era abrir una antigua tumba, que creía contenía extraños secretos, algo relacionado con cuerpos que nunca se deterioraban. Era uno de sus típicos cuentos de los comienzos, escrito con el estilo florido que Lovecraft empleaba entonces y con ciertas críticas reprobadoras que lo hacían muy ampuloso. Y sin embargo, los grandes excesos de imaginación evocaban una atmósfera de pesadilla; la sensación de estar ante la presencia de cosas que están por encima de la vida, o por encima de la muerte. Era un sentimiento que Keith había experimentado la noche anterior y ahora, recordándolo a la luz del día, sentía miedo nuevamente.

Se obligó a sí mismo a seguir leyendo, hasta el punto en que la gran losa de un sepulcro se movía, revelando una escalera de piedra, que conducía a un oscuro agujero. Fue entonces cuando el compañero del narrador, Warren, descendió solo llevando consigo un teléfono portátil para comunicarse. Warren desapareció en la oscuridad, arrastrando el cable del transmisor. Arriba esperaba el narrador, hasta que el clic de la señal le avisó que cogiera su receptor-transmisor y escuchase.

9 The Statement of Randolph Carter.

Keith se sentía casi incapaz de seguir leyendo. La voz de Warren conmovida hablando de los espantosos hallazgos en la fosa, su creciente alarma mientras seguía y después la frenética advertencia pidiendo al narrador que cerrara de nuevo la tumba y huyera para salvar su vida.

De repente, la voz de Warren se cortó. Cuando el narrador lo llamó, oyó un clic en la línea, y el sonido de otra voz profunda, retumbante y aterradora que decía:

— *Estúpido, Warren está muerto.*

Beckman está muerto.

Eso era lo que la voz había dicho a Keith, y no había sido una pesadilla. La pesadilla se producía ahora, al darse cuenta de que no había sido un sueño.

Keith, temblando, dejó el libro sobre la mesa. *Estúpido...*

Quizá fuera estúpido después de todo. Esa voz existía y probablemente pertenecía al asesino de Beckman. Pero Beckman había muerto, apuñalado en su propia cama, no en una fosa imaginaria, bajo una tumba imaginaria, víctima de un monstruo imaginario.

Su asesino era humano y la elección de esas palabras no había sido accidental. Obviamente el asesino conocía la obra de Lovecraft.

¿Pero qué clase de hombre podía matar a sangre fría a un viejo librero inofensivo, y después contestar tranquilamente al teléfono, parafraseando burlonamente un cuento? ¿Qué impulso demente le inspiraría tan truculento humor?

Truculento. El Modelo de Pickman. Una secta mundial, que guardaba los secretos de los antiguos dioses-monstruos y estaba consagrada a su retorno.

Waverly estaba convencido y no era ningún tonto. ¿Sabría algo más que aún no le había contado? ¿Tendría Beckman conocimiento de ello, conocimiento que sólo podía borrarse con la muerte?

Si fue así, si alguien sospechó que Beckman sabía algo y lo eliminó, quizá Waverly estaría en peligro también. ¿Qué podría encontrar en Boston o qué lo encontraría a él?

No había respuestas para esas preguntas. Sólo silencio. Silencio en una casa vacía, silencio que Keith rompía, de vez en cuando, con la estúpida charla de un melodrama de televisión o con el frenesí artificial de los programas concurso. En las noticias de la noche no ofrecieron ninguna información esclarecedora sobre el terremoto, ni mencionaron nada respecto a la muerte de Beckman.

Keith se sintió por ello singularmente agradecido, así como se sintió agradecido por el simple sonido de las voces de los locutores, informando sobre la situación de los políticos y de las figuras deportivas. La trivialidad de las noticias era, en cierto modo, tranquilizadora; una forma de recordar la vida, el mundo real que estaba siguiendo su curso acostumbrado... A tres minutos de noticias de actualidad seguían tres minutos de publicidad.

El tiempo pasaba y la oscuridad se hacía más intensa. Keith apagó el televisor y encendió las luces. De repente, se dio cuenta de que no había comido nada en todo el día. Entró en la cocina y se preparó un desayuno, a la hora de la cena.

Estaba terminando cuando el teléfono sonó.

—Keith, ¿va todo bien?

Se sintió aliviado al escuchar la voz de Simon Waverly.

—Por supuesto, ¿y tú cómo estás?

—Un poco cansado... He estado corriendo todo el día, pero ya he regresado al hotel. He llegado en un buen momento porque Oliphant me ha dicho que mañana van a empezar una verdadera demolición.

—¿Oliphant?

—El propietario del almacén. El tipo lo heredó de su tío y no parece saber mucho del negocio. Se mostraba desconfiado hasta que me identifiqué. Entonces cooperó. Me pasé toda la tarde allí.

—¿Encontraste algo?

—Según el inventario, Santiago compró el lote completo del material de Upton. Tuve un presentimiento y le pedí que me dejara ver el lugar donde había estado almacenado. No te puedes imaginar qué porquería; el viejo tío lo tuvo descuidado durante años. Y por supuesto, estaba lleno de ratas. Parecía como si hubieran estado acumulando papeles para usarlos como nidos. Allí es donde lo encontré, en un rincón, y si no hubiera estado cubierto por un plástico, probablemente habría sido destrozado.

—¿De qué estás hablando?

—Ya lo verás. Te lo he mandado por correo certificado urgente. Lo recibirás por la mañana.

—¿No me vas a decir lo que es? ¿Por qué todo ese misterio?

La suave voz de Waverly sonaba como un murmullo.

—Tengo mis razones. Oliphant dijo que había recibido llamadas de sujetos desconocidos, preguntando por el material de Upton, queriendo saber quién lo había comprado. Naturalmente no les dio la información, pero así como nosotros lo sabemos, alguien puede también averiguarlo.

—¿Le dijiste lo que sospechabas?

—No del todo. Sólo lo suficiente para que se convenciera de que mis razones eran válidas. Dijo que creía que el que había llamado, intentaría entrar en el almacén, pero que llamaría a una patrulla de la policía para asustarlos. Se ve que en varias ocasiones advirtió extraños andamios en el aparcamiento, como si estuvieran vigilando el lugar. Por supuesto, todo eso podría haberlo imaginado, pero nunca se sabe. De modo que, por si alguien me está espiando, he pensado que sería mejor mandarte la cosa inmediatamente, en vez de correr el riesgo de tenerla conmigo.

Keith dudó un momento, respirando después profundamente.

—Quizá es una buena idea, después de lo que le sucedió a tu amigo Beckman.

—¿Beckman?

—Fue asesinado la noche pasada.

Keith le contó el asesinato y su propia experiencia.

Cuando terminó, hubo un largo rato de silencio en el otro extremo de la línea. Finalmente habló Waverly.

—No debemos seguir hablando de esto, al menos hasta que yo llegue. Reservaré mi pasaje de vuelta para mañana a mediodía, de modo que estaré allí por la tarde. Te llamaré entonces.

—Muy bien.

—Mientras tanto, quiero que me prometas dos cosas. La primera que no te moverás hasta que yo te llame.

—De acuerdo. ¿Qué más?

—Respecto a mi envío. Firma el comprobante cuando llegue, pero no lo abras hasta que estemos juntos.

—¿Alguna razón especial?

—Te lo explicaré cuando nos veamos. Entonces lo entenderás. Y Keith...

—¿Sí?

—Ten cuidado.

Keith tuvo mucho cuidado; cuidado de revisar bien las puertas y las ventanas; cuidado de escuchar cualquier ruido extraño por la noche. Pero todo parecía seguro y silencioso. Y cuando por fin, agotado, se retiró a descansar, sorprendentemente logró dormir toda la noche sin ninguna pesadilla que lo perturbara.

Por la mañana, mantuvo la vigilancia, abriendo la puerta de la calle sólo una vez a mediodía, para atender la llamada del cartero.

Se sintió aliviado al firmar el comprobante y recibir el sobre de manila que Waverly le había mandado desde Boston. Inmediatamente lo puso en el bolsillo de su chaqueta, a pesar de las tentaciones de romper el cierre y examinar su contenido. Waverly debía tener buenas razones para querer que esperase y dentro de pocas horas estarían juntos.

Había muchas preguntas que deseaba hacerle y las ideas que se le ocurrían eran confusas. Sentía como si él mismo hubiera estado viviendo todos sus años dentro de un sobre; moviéndose por la vida con un estilo particular, tratándose únicamente con los pocos afortunados, cuyos recursos los separaban de relaciones y situaciones desagradables. Pero, desde hacía una semana, aquello que le protegía se había agrietado de alguna forma y de repente se encontraba expuesto a... ¿Qué?

Ciertamente a la realidad no. Los últimos acontecimientos no coincidían en ningún concepto con la realidad, tal como él la interpretaba. Pero quizá, mucha gente, rica o pobre, se sentía también encerrada en sobres, dentro de reducidos límites bidimensionales que estrechaban su visión, impidiendo cualquier atisbo del mundo exterior o de lo que realmente les estaba ocurriendo. Pasando apresuradamente por la vida, de una forma mecánica que no podían imaginar ni comprender. Dirigidos y manejados por seres cuya existencia no era un sueño, que viajaban a través del espacio y del tiempo a destinos inimaginables.

Pero ahora, fuera de la protección del sobre, la vista reducida se ampliaba, revelando perspectivas ilimitadas. Y aquel trozo de papel en el que estaba grabada la sensatez se encontraba expuesto a fuertes vientos que soplaban desde los abismos, más allá de las estrellas.

Keith movió la cabeza. Esos pensamientos no conducían a nada; ya era hora de que se fiara de su sentido común. Debía haber una explicación lógica para lo que estaba ocurriendo y esperaba que Waverly pudiera dársela. En caso contrario, iría a la policía.

Una vez tomó esa decisión se sintió aliviado. Pasó la tarde dedicado a las tareas cotidianas. Llamó a su corredor, comprobó el estado de su cuenta bancaria, hizo los arreglos necesarios para mandar el Volvo a revisar, telefoneó a una agencia de servicio doméstico para que fueran a limpiar la casa el jueves... Después hizo balance de lo que había en el frigorífico y congelador y apuntó lo que necesitaba comprar.

La naturaleza prosaica de tales actividades tenía una influencia apaciguante y, por la noche, volvió a ser el mismo de siempre. Preparó y tomó la cena, limpió la mesa, puso los platos y utensilios en el lavavajillas. Luego se invitó a sí mismo a una copa y se sentó en el estudio a esperar la llamada de Waverly.

Allí, a la débil luz de la lámpara, las figurillas de jade y marfil le miraban silenciosamente de soslayo. Las máscaras de la tribu le observaban ferozmente; sus labios parecían cosidos formando una mueca que se burlaba de su pretensión de tener gustos e intereses corrientes.

Pero no era simple pretensión. A fin de cuentas ¿no reaccionaba todo el mundo ante los aspectos sobrenaturales y fantásticos de la existencia? Los artistas que ideaban esas grotescas figuras, los primitivos artesanos que tallaron esas máscaras, incluso los envilecidos salvajes que reducían cabezas humanas; todos ellos estaban motivados por impulsos de la imaginación que buscaba una forma de expresarse. El coleccionaba objetos extraños que satisfacían su afición por lo fantástico.

Tales impulsos no estaban restringidos a los artistas, artesanos o coleccionistas. Toda la humanidad participaba de esa necesidad de dejar volar la imaginación, aunque sus vías de escape fueran simplemente contemplar una pintura, la televisión o un libro de comics. Incluso los ignorantes sentían atracción por lo desconocido. Nadie que participara de la condición humana, aunque fuera humildemente, era insensible al eterno enigma de la vida y la muerte. Hay algo en todos nosotros que se siente atraído por lo extraño, lo sobrenatural, lo inexplicable. Y eso propicia su poder sobre nuestras mentes. Son los realistas obstinados, los escépticos que se burlan de lo misterioso, quienes son más vulnerables a la locura.

Keith observó su colección con una nueva consciencia. Aquellos objetos que había ido acumulando, no eran precisamente la expresión de una afición excéntrica; representaban la necesidad de rodearse de símbolos terroríficos hasta que el miedo se convirtiese en algo familiar. Una vez aceptaba que formaban parte de aquel lugar, dejaban de inquietarle. En cierto modo era algo mágico, un medio de superar temores internos. De la misma forma, Waverly exorcizaba sus demonios personales leyendo fantasía, y Lovecraft, ahora se daba cuenta claramente, lo había hecho escribiendo.

Keith estaba poniendo hielo a su copa, cuando el teléfono sonó escandalosamente. Cogió el supletorio y sonrió tranquilizado al oír la voz de Waverly.

—Buenas noches. ¿Llegó el paquete?

— ¿El sobre? Sí, está aquí.

— Estupendo. ¿No lo habrás abierto?

— No.

— Buen chico. Perdona que me retrasara en llamar; he tenido problemas.

— Se te oye como si estuvieras resfriado.

— Estaba lloviendo en Boston y, estúpido de mí, no llevé la gabardina. Pero eso no es importante. Lo malo es este maldito pie...

— ¿Qué ha ocurrido?

— Tropecé cuando bajaba la escalerilla del avión. Me he roto el dichoso tobillo.

— ¡Dios Santo!

— Me lo merezco por ir tan de prisa. Las azafatas llamaron una ambulancia y me llevaron a la consulta del doctor Holton. Me hizo una radiografía y lo enyesó, trayéndome a casa él mismo. No me puedo mover sin muletas, pero Holton va a mandarme una enfermera que me cuidará durante unos días.

— Así que no podemos vernos esta noche.

— No te preocupes. Estoy bien. Ven y trae el sobre.

— Podemos vernos mañana. Necesitarás descanso.

— Mira, creo que he encontrado la respuesta a todo esto y quiero que la oigas antes que me quede sin voz. ¿Cuánto tardarás?

— Dame una hora.

— Te esperaré.

El aire caliente de la noche era agobiante y apenas corría viento. Keith se desabrochó la chaqueta mientras conducía por Melrose. Giró hacia el sur por una calle transversal. Entre las sombras de la maleza surgían unos viejos bungalows de madera que parecían cajas.

La casa de Waverly era más grande y estaba mejor cuidada que las de sus vecinos, bien situada tras el camino y rodeada por un seto. Pero en la oscura noche sin luna, no parecía más atractiva que las construcciones que la rodeaban. Keith aparcó detrás de una furgoneta blanca, desconcertado por su presencia, hasta que recordó que Waverly había mencionado una enfermera.

Por eso, estaba prevenido cuando, al llamar a la puerta, le contestó una voz extraña pidiéndole que entrara.

En el vestíbulo se encontró con un joven negro, sonriente, vestido con una bata blanca.

— Señor Keith —dijo el enfermero—. Soy Frank Peters.

— Encantado de conocerlo.

Keith bajó la voz.

— ¿Cómo está el paciente?

— Un poco molesto. Ha estado tomando unas pastillas para el dolor que le dejó el

doctor, pero está pasando un mal rato con la garganta. He telefoneado para que le trajeran un medicamento para la tos. Ahora que está usted aquí bajaré a recogerlo a la farmacia.

—Buena idea.

—Le está esperando en el estudio. Trate de que no hable demasiado.

Keith empezó a atravesar el pasillo mientras el joven salía por la puerta.

—Hasta luego —dijo.

El estudio estaba bastante oscuro y Keith tardó un poco en adaptar su vista; la luz de la lámpara estaba baja y Waverly se encontraba en un gran sillón colocado en un extremo. Su pie descansaba sobre un cojín y estaba encerrado en un yeso. A pesar del sofocante calor llevaba una bata de lana de manga larga y un pañuelo en el cuello, pero la parte de su pálido rostro que no estaba cubierto por la barba, no presentaba ninguna muestra de transpiración.

Saludó a Keith con la cabeza.

—Gracias por venir —dijo—. Tienes muy buen aspecto.

—Perdona pero no puedo devolverte el cumplido —dijo Keith examinando a su anfitrión—. Parece como si te hubieran maltratado. Estás en un estado horrible.

—No importa, ahora que has venido me sentiré bien. Sírrete una copa si quieres.

—No, gracias.

Keith se sentó en una silla junto al escritorio.

—No estaré mucho rato. Se supone que tienes que descansar.

—Entonces seré breve.

Waverly miró a su visitante tras las gafas oscuras.

—¿Trajiste el paquete?

Keith extrajo de su chaqueta el sobre marrón.

—Bien —dijo Waverly mostrando su aprobación—. Ahora puedes abrirlo. Aquí estás a salvo.

Tomando un abrecartas de encima del escritorio, Keith cortó el sobre y sacó una amarillenta tela impermeable, cerrada por un extremo. Waverly miraba inalterable el abrecartas y el plástico, de donde salió un trozo de papel de cuaderno doblado.

Colocando el trozo de papel sobre la mesa, Keith lo desdobló y examinó.

—¿Y bien? —pregunté Keith suavemente.

—Es una especie de mapa.

Keith frunció el ceño.

—No puedo descifrar los detalles. La tinta está desteñida. ¿Te importa si subo la lámpara?

—Los detalles no son importantes —dijo Waverly negando con la cabeza—. Lo que quisiera saber es... ¿Reconoces la letra?

Keith echó una mirada. Después levanté la vista con sorpresa.

—¡Es de Lovecraft!

—¿Estás seguro?

—Por supuesto. Nadie podría imitar su caligrafía. Vi algunas muestras en ese libro

que me prestaste, *Acotaciones*. ¿No había también allí un mapa?

—Sí. Un plano de calles de Arkham.

Waverly aclaró su garganta y rió ásperamente.

—¿Te imaginas dibujar una cosa así, inventar todos esos nombres de calles y rotularlos como si realmente existieran? El hombre tiene un extraño sentido del humor.

—¿Crees que lo hizo solamente por gastar una broma a los lectores?

—Claro —dijo Waverly mirando fijamente a Keith a través de los oscuros lentes—. ¿Recuerdas la carta que escribió autorizando a otro autor para que lo usara como un personaje en una historia? También incluía la firma de testigos imaginarios, en alemán, árabe y chino. Después HPL completó la falsificación escribiendo un corolario al autor de la otra obra en el que lo asesinaba. Incluso usó su casa de Providence como escenario del relato, precisamente para que pareciese más auténtico. Lovecraft era un bromista empedernido y esmerado. Una vez te das cuenta de eso, puedes explicártelo todo.

—No te sigo —dijo Keith, cogiendo el trozo de papel para inspeccionarlo más detenidamente. Las palabras de Waverly le confundían.

—El cuadro que compraste... fue pintado por Upton, pero no inspiró el relato de Lovecraft. Creo que fue al contrario. Primero fue la historia, y después HPL hizo que Upton ilustrara lo que había escrito. ¡Cómo debió reírse imaginando que nos iba a engañar! Por algún tiempo casi nos ha hecho creer en esos necrófagos y en los morbosos disparates que inventó de la mitología de Cthulhu.

Waverly rió de nuevo.

—¿No te das cuenta? Es una broma.

Bajo el techo de madera, el aire estaba cargado. De algún lugar del pasillo llegaba el débil sonido de unos pasos; probablemente Peters había vuelto de la farmacia con la medicina.

Keith no hizo caso del ruido, mirando fijamente a la figura sentada entre las sombras.

—Estás olvidando una cosa —dijo—. Santiago y Beckman fueron asesinados. Eso no puede ser una broma.

—Sí, puede ser.

La voz de Waverly se volvió de repente aguda y penetrante.

—Peters... ¡Trae el mapa!

El hombre negro avanzó hacia él desde la puerta. Ya no sonreía y sostenía un revólver en la mano.

—Démelo —dijo.

Keith dio un paso hacia atrás, pero Peters cayó sobre él, apuntando con el arma y listo para disparar.

—Démelo —murmuró el negro.

Entonces, la mano que sostenía el revólver empezó a temblar.

Se produjo un estruendo y toda la habitación tembló; las paredes, el techo, el suelo. Keith sintió que la casa se estremecía con un rugido que se confundía con el grito que salió de la garganta del negro, al empezar a caer las maderas del techo.

Keith se volvió, agarró el mapa y cruzó la puerta, corriendo.

Entonces el ruido se intensificó, el techo empezó a derrumbarse y Keith perdió el conocimiento.

Cuando nuevamente abrió los ojos, todo estaba silencioso. Silencioso y oscuro, y muy tranquilo.

Un terremoto. Predijeron que ocurriría y había ocurrido.

Keith se movió cautelosamente sintiendo un gran alivio al descubrir que podía mover las piernas sin dolor. Tenía una sensación entumecedora en el oído izquierdo, debía haberse golpeado con uno de los tablones del techo. Sobre su pecho, habían caído grandes pedazos de yeso; los apartó y se sentó. En la mano derecha todavía estrechaba el arrugado mapa.

Pero el negro ya no sostenía el revólver. Estaba tendido junto a Keith, atrapado por una gran viga, con la cabeza aplastada.

Keith se levantó, apartándose de aquella vista nauseabunda. Trató de abrirse paso entre los escombros del suelo, buscando a Simon Waverly entre las sombras del rincón de la habitación.

Milagrosamente, el sillón no había sido dañado. Pero estaba vacío o casi vacío.

A través de las tinieblas, Keith consiguió ver las cosas que descansaban sobre el asiento; tres objetos aprisionados por una chapa de metal.

Tres objetos inconfundibles: la cara y las manos de Simon Waverly.

La pesadilla no terminaba.

Continuaba en la calle, donde las figuras aturdidas salían tambaleándose de los bungalows parcialmente derruidos. O luchaban frenéticamente por recobrar lo que acababan de perder.

Conmocionado por el golpe, Keith advirtió que la camioneta blanca ya no estaba aparcada frente a la casa de Waverly. Pero el Volvo estaba allí, aparentemente ileso. Colocó la llave en el contacto y el coche inmediatamente se puso en marcha.

Keith conducía en la noche que no era ni oscura ni tranquila. Las casas destrozadas, envueltas en llamas, iluminaban el camino en medio de la ciudad, que gritaba de dolor.

No estaba solo. El tráfico se incrementaba constantemente debido a que otros conductores escapaban de los incendios o de las explosiones producidas por los escapes de gas. Las tuberías de agua se habían reventado e inundado Melrose, y Keith rodeó la zona hasta encontrar un paso seguro. En la Avenida Fontain giró hacia el oeste. Tuvo que desviarse varias veces para evitar golpear a los que corrían, o caminaban fatigosamente, o simplemente estaban de pie en la calle aturdidos y sin saber qué hacer.

La Avenida Highland estaba colapsada por los vehículos que se dirigían hacia el norte para coger la autopista. En La Brea las sirenas zumbaban, provenientes de los coches de policía, ambulancias y bomberos, compitiendo en sus urgentes carreras.

Pero mientras avanzaba hacia el oeste, iba encontrando menos evidencias de la

violenta destrucción. Aparentemente el terremoto había pegado más fuerte en el centro de la ciudad y Keith, silenciosamente, rezaba para que su zona hubiera escapado de los temblores más intensos.

No supo cuánto tiempo tardó en atravesar el desfiladero. El Volvo empezó a ascender por las montañas, y él estaba empapado de sudor. Pero allí, habían pocos signos visibles de los efectos del terremoto. Las casas permanecían firmes en su sitio, en la falda de la montaña, y sólo algunos árboles habían caído bloqueando parcialmente la carretera. Keith conducía evitándolos, sintiéndose agradecido de que no hubieran señales de incendios, y de que los alaridos de las sirenas se hubieran reducido a un eco distante.

Cuando por fin llegó, suspiró aliviado. La casa parecía intacta. Aparcó el Volvo y entró, olfateando posibles escapes de gas. Al no detectar ninguno encendió la luz del vestíbulo y descubrió que funcionaba. La curiosa sensación de aturdimiento persistía, pero hizo el esfuerzo de dar una vuelta para inspeccionar los posibles daños.

Algunos vasos de los armarios de la cocina se habían roto, pero el contenido del frigorífico estaba como lo dejó. La cocina eléctrica no presentaba ningún problema y el grifo del fregadero funcionaba normalmente. Sólo unas grietas en la parte alta de la pared evidenciaban el impacto del terremoto.

En el estudio, las figurillas de la vitrina se habían volcado, pero Keith no se molestó en revisarlas. Algunas de las máscaras colgaban torcidas de la pared y la cabeza reducida se hallaba en el suelo.

Desde allí sonreía con una mueca burlona en sus ojos vacíos. Y de repente, se superpuso otra imagen a su visión: una horrible y pálida máscara de carne y hueso, la cara de Simon Waverly.

Después el aturdimiento desembocó en pánico. Keith fue hasta el armario de los licores y hurgó en él hasta que encontró la botella de coñac.

Se la llevó al dormitorio, donde encendió la luz para asegurarse de que no se había producido ningún desperfecto. Dejando caer los zapatos, se sentó en la cama, desenroscó el tapón de la botella y, por primera vez en su vida, bebió para olvidar.

Debía ser casi medianoche cuando se despertó con la cabeza a punto de estallar y muerto de sed. Una aspirina y un vaso de agua calmaron su malestar físico, pero la sensación de pánico permanecía.

Salió del baño, fue hasta la mesilla de noche y cogió el teléfono. Había empezado a marcar el número de la policía, cuando advirtió que la línea estaba cortada. Aparentemente el terremoto había dejado fuera de servicio aquella zona.

Se dirigió a la sala y encendió el televisor. Comprobó que funcionaba, y pronto la agradable imagen de un locutor llenó la pantalla. Se felicitó a sí mismo por encontrar tan rápidamente una emisión de noticias. Después pensó que todos los canales locales debían estar ofreciendo continuamente reportajes sobre los desastres ocurridos la noche pasada.

Durante la hora siguiente averiguó lo necesario para poder reconstruir con coherencia los pormenores de la tragedia. Un terremoto, de 7,1 de la escala Richter, había sacudido la ciudad.

Los efectos más graves se habían sentido en el centro comercial, donde los grandes fragmentos de vidrios de las ventanas se habían desmoronado desde los altos edificios, destrozando los escaparates de las tiendas. Afortunadamente, el núcleo de la ciudad estaba prácticamente desierto a esa hora, y pocos murieron o fueron heridos en las calles. Pero el pánico predominó en los teatros, cuando caían los accesorios y las lámparas de araña; la multitud quedó aplastada en las salidas de emergencia. Algunos hospitales fueron escenarios de tragedias y la destrucción de casas particulares fue bastante importante. El distrito de Los Angeles había sido declarado oficialmente zona catastrófica y la Guardia Nacional estaba prestando ayuda, buscando las víctimas de los escapes de gas o de las caídas de tendidos eléctricos.

Keith bajó el volumen y entró en la cocina para hacerse un café. La cabeza le dolía de nuevo, probablemente debido a los golpes de los escombros al caer.

El pensar en ello, trajo consigo lo que hasta el momento había conseguido rehuir: el recuerdo de todos los acontecimientos ocurridos en la casa de Waverly.

Y con el recuerdo vino el entendimiento.

Aquellos momentos finales en el estudio de Waverly eran paralelos al cuento de Lovecraft *El Frecuentador de la Oscuridad*¹⁰.

Incluso la situación tenía sus similitudes. El narrador del cuento de Lovecraft se veía implicado en una situación parecida con su amigo Henry Akeley. Este era un sabio que creía que unas criaturas procedentes de otros planetas se escondían en las montañas de Vermont, cerca de su casa. Le contaba por carta sus temores al narrador y lo invitaba a que lo visitase, trayendo consigo una fotografía y una grabación, que le había mandado como prueba. Cuando el narrador llegaba, se encontraba con un extraño que afirmaba ser amigo de Akeley. Al entrar en la casa, el supuesto sabio enfermo le aguardaba en la oscuridad para susurrarle. Finalmente, se daba cuenta de que aquel no era su amigo, sino un aliado humano de las criaturas aladas, que le habían llevado hasta allí para apoderarse de las pruebas. El narrador conseguía escapar, pero antes de salir, descubría con espanto un rostro humano y unas manos, reposando sobre el asiento que había ocupado el supuesto amigo.

Desde luego, habían diferencias. En el cuento, eran las criaturas aladas las que suplantaban al sabio muerto, con un terrible disfraz, hecho con manos y rostros humanos.

Keith movió la cabeza. Estaba seguro de no haber sido engañado por ningún monstruo del espacio, susurrándole con una voz que imitaba a la humana. Pero usando el relato de Lovecraft como modelo, parecía inquietamente simple pensar lo que realmente había ocurrido.

Quien fuera el que vigilase el almacén de Boston, se había enterado de la presencia de Waverly y del descubrimiento que había hecho allí. Su teléfono del hotel debió ser intervenido, y así pudieron saber del envío del hallazgo a Keith.

Quizá habían seguido a Waverly en el avión a Los Angeles; más probablemente, pasaron la información a alguien de allí que aguardaría su llegada. Keith recordó al hombre

10 The Haunter of the Dark.

negro y la camioneta. ¡Qué fácil debió ser! Escondidos en la oscuridad del gran aparcamiento, sacar el arma junto a Waverly y, sin que éste se diera cuenta, derribarlo de un golpe. Después meterían el cuerpo en la camioneta que había visto esperando.

Luego vino la llamada a Keith. La voz ronca imitando la de Waverly, inventando la historia de un accidente y pidiéndole que fuera a la casa con el sobre.

El resto encajaba perfectamente: el negro haciéndose pasar por enfermero, y su cómplice, fingiendo ser Waverly, para obtener el sobre.

Pero ¿por qué no lo habían matado inmediatamente? ¿Por qué esa interpretación elaborada y las falsas explicaciones dadas por el susurrador?

Una posible razón le vino a la cabeza. Keith recordaba que la voz del teléfono había hablado de un «paquete» en lugar de un sobre. De modo que no estaban seguros de lo que Waverly había encontrado en el almacén; seguramente no conocían con exactitud qué sabía Keith del descubrimiento. Por eso el negro se fue, o fingió que se iba, dando a Keith la oportunidad de abrir el sobre y así descubrir su reacción. Antes de matarlo debían asegurarse de que no había dado la noticia del descubrimiento a alguien más.

Una vez seguros de eso, el negro estaría preparado para actuar. Pero el terremoto, que le había derribado dándole muerte, y el aturdimiento de Keith, ofrecieron la oportunidad de escapar al impostor de Waverly. Probablemente pensaría que Keith también estaba muerto; en todo caso, había huido en la camioneta. Naturalmente, el miedo que provocó su marcha repentina, hizo que olvidara el contenido del sobre. Pero ¿qué persona podía concebir y llevar a cabo el múltiple asesinato de Santiago, Beckman y Waverly? ¿Se trataría realmente de algún tipo de secta como las descritas en los cuentos de Lovecraft, adoradores de seres malvados que secretamente sobrevivían en la Tierra?

Keith llevó su taza de café a la sala, mientras pensaba en una respuesta más racional.

¿Sería una broma, no perpetrada por Lovecraft, como torpemente había sugerido el susurrador, sino por algún fanático y desequilibrado admirador de su obra?

Keith recordó historias recientes de asesinatos rituales, llevados a cabo por satanistas que, supuestamente enviados por el diablo, cometían la mayores atrocidades. Podía ser típico de fanáticos trastornados apropiarse de elementos novelescos y tramar asesinatos para copiar los de los cuentos. ¿No había mencionado Waverly, alguna vez, una sociedad llamada «La Orden Esotérica de Dagon», nombre usado por unos ocultistas, de cara de pez, en *La Sombra sobre Innsmouth*?. Humanos que se unían con monstruos submarinos y su descendencia adquiriría «el rostro de Innsmouth». Los mitos de Cthulhu de Lovecraft atraían a un cierto sector de la juventud inquieta; había un grupo de rock llamado *H. P. Lovecraft*. Las drogas alucinógenas podían potenciar la intensidad de las fantasías imaginadas e inspirar a adictos desequilibrados a traducirlas en espantosas realidades.

Ninguna respuesta, sin embargo, explicaría la pintura de *El Modelo de Pickman* o la existencia del artista Upton, el prototipo auténtico del personaje de la historia. El cuadro había sido pintado en 1926. Antes que Lovecraft hubiera escrito sobre la secta de Cthulhu, y antes de que hubiera nacido ningún miembro de la actual contra-cultura.

Había otra posibilidad. En las cartas y conversaciones, Lovecraft hacía alusión

frecuentemente a la fuente de los argumentos de sus historias: sus propios sueños. Toda su vida había estado sometido a intensas pesadillas, más allá de la pared del sueño.

¿Qué yacía realmente detrás de la pared? ¿Había vagado por otras dimensiones, por un universo paralelo? ¿Podía haber viajado a través del tiempo y del espacio en sus sueños, viajado para ser testigo de un pasado cercano? ¿Sabía lo que ocurriría y lo había trasladado a sus novelas, cambiando ambientes y personajes?

Era una hipótesis fantástica y, aunque no podía aceptarla, se enfrentó a una alternativa final y todavía más aterradora.

Se comparó a sí mismo con él. ¿Pero era posible tal comparación? ¿Se parecía Keith a los personajes típicos de las historias de Lovecraft?

Recordó a los narradores de tales historias: introvertidos, imaginativos, bastante neuróticos. Frecuentemente dudaban de la validez de sus propias experiencias, admitiendo que podían haber estado alucinados o locos.

¿Era esa la verdadera respuesta? ¿Era todo esto el producto de una interpretación errónea y paranoica de los sucesos normales? ¿Qué había ocurrido realmente en todo lo que Keith recordaba?

Se había producido un terremoto, de eso no había duda, y él había recibido un golpe en la cabeza, en casa de Waverly. Pero quizá, el golpe la había dañado, por lo cual estaría aún desorientado e imaginando los acontecimientos ocurridos.

No era una teoría agradable, pero al menos era posible bajo el punto de vista médico y, si era verdad, habría algún remedio para su situación. Mucho mejor que dirigirse a dioses-monstruos o a oscuras hermandades dedicadas a devolverlos a la vida. De forma curiosa, esa solución ofrecía cierta comodidad, una sensación de seguridad potencial.

Entonces, Keith metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y cuando la sacó y encontró la respuesta, toda la comodidad y seguridad se desvanecieron.

Allí estaba la prueba de que la noche anterior no había sido una fantasía: era el mapa de Lovecraft de...

—*El sur del Pacífico...*

Apenas pudo percibir la frase que pronunciaba el comentarista de la televisión. Rápidamente subió el volumen y escuchó.

—...donde, según las últimas noticias recibidas, se produjo un terremoto de actividad igual o superior al que sufrimos aquí la noche anterior. Aunque la sacudida se sintió en Australia y Nueva Zelanda, se han registrado pocos daños. Los sismólogos indican que las erupciones volcánicas submarinas están centradas en una zona del océano, al sur de la isla de Pitcairn y al sudeste de Tahití, cerca de la conjunción de 45º de latitud sur y 125º de longitud oeste.

Keith miró otra vez el mapa, examinando los márgenes, donde se indicaban los grados longitudinales y latitudinales. Entonces, sus ojos buscaron el punto donde las líneas marcadas se intersectaban.

Incluso antes de encontrarlo, sabía lo que iba a ver. Bajo la gruesa cruz que marcaba la mancha, había garabateada una palabra: *R'lyeh*.

La salud ofrece ciertas ventajas, especialmente en las épocas de «stress». A pesar de la interrupción de la rutina de sus ocupaciones normales por las consecuencias desastrosas del terremoto, treinta y seis horas más tarde, había puesto sus asuntos en orden y tomado un jet de la Air France.

Había salido inmediatamente, llevando en la maleta lo que creyó necesario y hospedándose en el hotel Bel-Air. Allí se sintió a salvo de las intrusiones, mientras hizo los arreglos precisos con la agencia de viajes y visó el pasaporte. Su banco le había enviado el saldo solicitado y, siguiendo sus recomendaciones, había encargado a una agencia inmobiliaria cerrar la casa y de los gastos de mantenimiento durante su ausencia. Al marchar, se quedó suficientemente satisfecho de su seguridad.

Las últimas catástrofes habían provocado la cancelación de muchos planes de vacaciones y, una vez a bordo, se encontró ocupando la sección de primera clase, con un solo compañero de vuelo.

El otro viajero era un inglés de mediana edad, cuyo retraimiento era tan característico como su tez rojiza, la corbata rayada de colegial y el catálogo de la subasta de Sotheby, que miraba atentamente.

Pero la amabilidad persistente de la azafata dio sus resultados. Cuando tomaban la tercera bebida, ya habían entrado en una animada conversación e intercambiaban presentaciones.

El hombre de Briton se llamaba Abbott Mayor Ronald Abbott, del Quinto Regimiento Real de Fusileros de Northumberland, entonces retirado y residente en Tahití.

—Pero sólo durante seis meses al año —dijo— No puedo estar más tiempo sin sacar el certificado de ciudadanía. Los franceses no permiten a nadie entrar en sus reservas privadas.

—¿Ha oído hablar del terremoto? —preguntó Keith—. ¿Cree que han habido muchos daños allí?

Abbott negó con la cabeza.

—Nada serio. Azotó las aguas miles de millas hacia el sur y el este. Siempre cabe la posibilidad de una oleada, pero no han habido noticias al respecto. Estoy convencido de que encontrará Pepeete completamente seguro para los turistas. Va de vacaciones ¿no es cierto?

—No exactamente.

Keith miró a la azafata que les ofrecía una bebida, agradeciéndole la interrupción. Pero eso, más los efectos de la latitud y la fatiga, le incitó a que soltara la lengua. Antes de que se diera cuenta, estaba debatiendo sobre su misión y, aunque trataba de no dar detalles sobre su naturaleza o sus motivos, hablaba abiertamente de sus apresurados preparativos para la marcha.

—Suenan como si estuviera a punto de desbordarse el vaso —comentó Abbott—. Esa prisa en salir.

Miró a Keith con perspicacia.

— ¿No estaría metido en algún lío con la Justicia?

— No he cometido ningún desfalco, si es lo que está pensando. Pero tuve que irme inmediatamente, cuando descubrí... — Se interrumpió, estudiando aquel rostro impasible, poniendo cuidado en no apresurarse a confiar. Una cosa era cierta; necesitaría ayuda si intentaba llevar a cabo su propósito. Un hombre como Abbott podía ser un experto en las leyes y ordenanzas de la región. ¿Pero qué más podía saber?

Keith respiró profundamente y se lanzó.

— ¿Por casualidad conoce la obra de un escritor llamado Lovecraft?

Abbott agitó el vaso.

— No. Me suena el nombre. ¿Es amigo suyo?

— No, pero hay algo que escribió, una historia que explica lo que tengo intención de hacer. Si pudiera contárselo...

— Déjeme echarle un vistazo — dijo Abbott.

— La olvidé — dijo Keith frunciendo el ceño—. Me temo que está con el equipaje.

— No importa. Ya me la dejará cuando tomemos tierra. Le echaré un vistazo rápido.

En el aeropuerto, después de la inspección de la aduana, Keith encontró *El Extraño y los Otros* y le indicó la historia en cuestión.

— *La llamada de...* ¿qué? — Abbott se detuvo confundido.

— Creo que se pronuncia «Cut-ul-ju» — dijo Keith—. De todas formas no importa. Léalo y ya me dirá su impresión.

Abbott asintió.

— ¿Dónde se alojará?

— En el Royal Tahitian.

— De acuerdo. Le llamaré esta noche al hotel.

El Royal Tahitian era una antigua reliquia, de antes de que los jets provocaran la invasión de turistas. La estructura principal, vieja, irregular y totalmente fascinante, estaba rodeada por jardines espaciosos, llenos de casitas individuales. Allí se bailaba el tradicional *tamaré*.

Keith se dedicó a explorar el jardín, descubriendo un gigantesco falo de piedra, que bien podía haber servido como objeto de culto en tiempos antiguos. Al verlo, sonrió, poniéndose nuevamente serio al pensar qué otra cosa adorarían los polinesios en aquellos tiempos o qué adorarían aún algunos de ellos. No allí, desde luego, en un hotel de Papeete ni en ningún lugar cercano a la ruidosa carretera, con el tráfico de motocicletas y el sonido de los transistores.

Si persistían las viejas costumbres y creencias, se encontrarían en el interior, en las laderas de las montañas, donde hociqueaban los cerdos salvajes, y en los picos rocosos donde los grandes cangrejos corrían aprisa. Seguramente, algunos restos del pasado primitivo, quedarían en las islas exteriores, Moorea o Bora-Bora, o en la soledad de las

Marquesas en el norte. Era difícil creer que esa gente sonriente y amistosa una vez había formado parte de una sociedad guerrera que practicaba el infanticidio, rituales caníbales y ceremonias mágicas de sexo. Pero eso pertenecía a la historia que todo el mundo conocía. Paralelamente debía existir también una historia oculta. Keith recordó a Kanakas, quien se había unido con las criaturas-pep en *La Sombra sobre Innsmouth*. Quizá debería haberle enseñado también aquel relato a Abbott, pero su confianza tenía un límite. Por eso, había corrido un riesgo calculado al mostrarle el otro cuento y, después de cenar en el comedor al aire libre, se encontró esperando impacientemente su llamada.

Pero Abbott se presentó personalmente, alrededor de las 9. Keith descubrió un hombre distinto. Había desaparecido el traje, la camisa y la corbata de colegio: llevaba unos pantalones cortos de un color fuerte y una camisa de rayas. Sus velludos y musculosos brazos estaban bronceados y su tez rojiza parecía deberse más a la permanencia al aire libre que a los efectos del alcohol.

Pero el cambio mayor se produjo en su forma de actuar. Asiendo el libro fuertemente con la mano derecha, condujo a Keith fuera del vestíbulo, hacia los jardines.

—¿Dónde está su bungalow? —murmuró—. Tengo que hablarle.

Keith le acompañó hasta allí y, una vez dentro, le ofreció una copa.

—No hay tiempo para eso.

Abbott dejó bruscamente el libro y dio un golpe sobre la tapa.

—Dios Santo... Amigo, usted ha venido aquí por algo.

—¿Quiere decir que lo ha entendido?

—Perfectamente. No es ficción, ¿verdad?

—Yo no dije eso.

—No hace falta. La cosa habla por sí sola.

Abbott abrió bruscamente el libro, pasando las páginas hasta encontrar la línea que buscaba.

—Incluso la situación es exacta: 47° 9' de latitud sur, 126° 43' de longitud oeste, y la fecha, 25 de marzo. Todo coincide.

—¿Coincide con qué?

—Todos estos años he estado husmeando por estos parajes. He aprendido un poco del dialecto y he puesto interés en mostrarme amistoso. Takita fue de gran ayuda.

—¿Takita?

—Mi esposa. No hubo ceremonia en la Iglesia Anglicana, pero puede llamarla así. Pobre muchacha... Murió hace años.

Durante unos instantes Abbott guardó silencio, después continuó.

—De todas formas, conocí a su gente. Su familia todavía vive en las islas Rapa. El abuelo, Dios sabe la edad que tenía, pero aparentaba más de noventa, contaba algunos cuentos curiosos. No sólo las típicas supersticiones de los nativos, sino cosas que juraba que habían ocurrido. Ese terremoto que Lovecraft mencionaba, sucedió realmente. Y se habló mucho de una especie de criatura, o criaturas, que vivían en el fondo del mar.

—¿Podemos visitarlo?

—Difícilmente. Lo mató un burro hace años.

Abbott dejó el libro.

—No importa... Después de leer esto, tengo una idea bastante clara de lo que anda buscando. ¿Le gustaría salir y echar un vistazo por los alrededores?

—Eso es más o menos lo que tenía pensado —dijo Keith, asintiendo con la cabeza—. ¿Cree que podría conseguir cooperación de las autoridades locales?

—Es difícil. El territorio está fuera de la jurisdicción de Francia y ya sabe como son los burócratas. Si no le entendí mal, por culpa de ellos no habló con sus propios amigos.

—Exactamente —dijo Keith frunciendo el ceño—. Pero hay que hacer algo rápidamente, y necesitare ayuda.

—No tiene más que pedirla.

—Estaba pensando que si pudiera sobrevolar esta zona...

Abbott negó con la cabeza.

—No hay ningún avión que pueda hacer el recorrido.

—¿Y alquilar un barco?

—Le costaría una fortuna, con la tripulación y todo lo demás.

—Eso no es problema.

—Puede ser un poco difícil obtener la autorización —dijo Abbott frunciendo los labios—. Lo mejor sería elegir Pitcairn como base, decirles a los franchutes que está trabajando en un libro sobre los descendientes del Arquero Cristiano y los amotinados del *Bounty*. Así podrá justificarse.

Keith se inclinó hacia adelante.

—¿Hay alguien a quien recomendaría para este viaje?

—Preguntaré por los alrededores. Quizás haya alguien disponible en el puerto. Necesitaremos un patrón que sepa mantener la boca cerrada. Y esos tipos no se encuentran fácilmente —explicó Abbott, mirando seriamente a Keith—. Pero antes de que vayamos más lejos, será mejor que me cuente el resto. Usted no vino aquí únicamente por curiosidad. Suponga que encuentra lo que está buscando. ¿Entonces qué?

Keith dudó.

—No estoy seguro. Pero si fuera posible hacerse con algunos explosivos, cargas de profundidad, quizá...

—Qué ingenuo —sonrió Abbott—. Desde luego, no espere encontrar ese tipo de cosas en el mercado. Hay toda clase de armamento y municiones en el arsenal local, pero meter la mano en esas propiedades, puede ser difícil. Tendrá que soltar algunos billetes.

Keith movió la cabeza negativamente.

—No me gustaría que corriese ningún riesgo.

—Todo el asunto es arriesgado. Falsificar los papeles del barco, sobornar al personal militar, manejar las cargas de profundidad encendidas —dijo Abbott sonriendo irónicamente—. Una forma de tonificar un hígado lento. Si no le importa, me gustaría participar en el asunto.

—¿Vendrá conmigo?

—Estoy cansado de mi vida solitaria y usted va a necesitar alguien que sepa hacer estallar esas cargas. Hace años, yo era un experto en eso, en 'Nam. Hice el servicio en Harbor como artificiero. —Entonces se puso serio—. Además, si hay alguna posibilidad de que lo que sospechamos sea cierto, debemos ponernos a trabajar.

—Puede ser peligroso.

Abbott se encogió de hombros.

—Francamente, creo que es usted un inconsciente. Creo que lo somos los dos. Pero con su permiso, lo primero que voy a hacer mañana es ponerme manos a la obra.

Pasaron tres días hasta completar los preparativos. Abbott no era amigo de dar detalles de sus progresos por teléfono. Varias veces invitó a Keith a su casa, en la playa, al otro extremo de la isla. Pero Keith pensaba que era mejor evitar idas y venidas para no atraer la atención, de modo que al fin acudió en persona al hotel para darle los datos. Había hecho los arreglos necesarios para el viaje con el dinero que Keith había sacado del banco y los cheques de viaje.

El cuarto día, se pusieron en camino. El mar estaba en calma, y eso era una suerte. Porque el *Okishuri Maru* era un viejo buque pesado, y el capitán Sato, tal como Abbott había predicho, no parecía estar muy pendiente de manejar el barco. Sin embargo, nadie podía negar su experiencia en la navegación, y Abbott parecía satisfecho de haber dejado el asunto en sus manos.

Keith veía poco a los ocho hombres de la tripulación y no hacía ningún esfuerzo por comunicarse con ellos cuando éstos hacían su trabajo en cubierta.

—No hablan inglés —dijo Abbott—. Son bastante perezosos, pero es lo mejor que podía encontrarse con tan poco tiempo. No quería gente del lugar, por razones obvias. Estos chicos son de fuera, de Tuamota. Sato eligió al camarero y al cocinero; asegura que son de toda confianza y que todo lo que tenemos que hacer es confiar en ellos. Por lo menos, lo que cocinan es comestible.

—¿Qué sabe el capitán Sato? —preguntó Keith, mientras tomaba el café y una copa de coñac, en la primera noche.

—Algo más de lo que me gustaría —Abbott bajó la voz—. No tiene nada de tonto. Al principio, debió creer que pensábamos hacer algún tipo de contrabando y no mostró ninguna alarma. Pero cuando metimos a bordo las cargas de profundidad, sospechó algo extraño. Tuve que contarle una historia increíble de que tú eras un oceanógrafo y hacías explotar las cargas para sacar raros especímenes de las profundidades del mar.

—¿Se lo tragó?

—Es difícil decirlo. Pero sabe que estamos metidos en algo ilegal, y ha puesto el precio de acuerdo con ello. Cuando descubra lo que realmente estamos buscando tendrás que soltar más dinero del acordado.

—Si es que encontramos algo.

Keith echó una mirada al exterior por la portilla de la cabina, viendo los rayos de sol de la tarde estriando la superficie plana del agua con reflejos multicolores.

—¿Sabe? Nunca imaginé que esto sería tan tranquilo. Es difícil creer que pueda haber

algo dañino y menos aún lo que describió Lovecraft.

Fue en la mañana del quinto día cuando la tranquilidad de Keith se desvaneció.

Cuando Abbott golpeó la puerta del camarote y le animó a salir a cubierta, la vista que se presentó ante sus ojos, lo dejó sin habla.

Temblando miró lo que aparecía en la proa, por estribor. Era terriblemente familiar y, por un momento, creyó estar experimentando un *déjà vu*. Entonces se dio cuenta de que observaba lo que Lovecraft había descrito en su historia tan exacta y claramente: la punta de una cima surgiendo entre la niebla de las profundidades del océano, sobre la que se elevaba una masa montañosa de mampostería, que emergía como un monolito formado por gigantescos bloques de piedra cubiertos de limo verde.

R'lyeh era real.

Los morenos tripulantes farfullaban y señalaban desde la cubierta. El capitán Sato apareció en el puente frunciendo el entrecejo a causa del sol. Miraba de soslayo aquella increíble estructura inmensa, elevándose sobre la superficie del océano, inclinada en un ángulo que desafiaba la gravedad y la cordura.

Contemplando aquel horror de las profundidades, reconoció su poder, el poder de dar a conocer su existencia a través de los sueños de los hombres de todo el mundo. Había sido durante el sueño cuando Lovecraft lo vio tiempo atrás y ahora aparecía para hacer presente su advertencia.

Y la secta también era real; la secta cuyas plegarias e invocaciones habían originado el temblor, la erupción tanto tiempo esperada, que había alzado una vez más el oscuro R'lyeh de las profundidades, donde el Gran Cthulhu dormía inmortal y eterno transmitiendo sus mandatos.

Mandatos. Keith era vagamente consciente de que Abbott estaba tras él, gritando órdenes al capitán Sato. La lancha fue arriada por fin.

—Asegúrate de llevar las cargas —dijo Keith—. Si podemos encontrar la entrada para tirarlas...

Abbott asintió precipitadamente. Después transmitió las instrucciones a Sato.

Keith continuaba mirando la ciudadela ciclópea, que gradualmente tomaba una forma inteligible, en la inmensa escalinata de piedra que presentaba ángulos sin significado ni uso para el andar humano, y que conducía hasta una enorme puerta. Incluso a esa distancia podía ver las esculturas de extrañas formas, esparcidas por la superficie; tentaculadas, retorcidas y absolutamente aterrorizantes. Y al otro lado de la puerta se hallaba la realidad que representaban.

—¿Estás bien?

Abbott le zarandéo por el hombro.

Keith bajó la vista y comprobó que la lancha flotaba bajo el barco, ya preparada. Entonces asintió con la cabeza.

—Vamos entonces.

Abbott descendió por la escala de cuerda y Keith le siguió torpemente hasta llegar al bote. Desamarraron y Sato se situó en el timón.

Una vez más, los ojos de Keith volvieron a la musgosa montaña, festoneada por algas marinas y coronada por la terrible masa de piedra.

—Mira —dijo—. No tiene base. Fíjate en todas esas piedras sesgadas, como de otra dimensión, y aún así encajan.

Abbott asintió, impaciente.

—No hay tiempo para lecciones de geometría. Vamos a popa.

La lancha se movía lentamente detrás de la parte inferior del pico que sobresalía. El capitán gritaba órdenes y Keith advirtió que los hombres que componían la tripulación no mostraban ningún miedo. Pero ellos no sabían lo que tenían delante, esperando escondido en la oscuridad, tras la gran puerta, sobre aquellas extrañas escaleras oblicuas.

Una vez fuera del bote, Keith resbaló por la pendiente mientras seguía a Abbott. Sabía que la tripulación venía detrás, transportando las cargas de profundidad, pero no se volvió para comprobarlo. Su corazón latía con fuerza, no sólo por el ejercicio, sino también por lo que esperaba encontrar.

Por fin, él y Abbott llegaron hasta la gran puerta, adornada por molduras de piedra que no tenían ningún punto de apoyo.

Entonces hizo memoria.

—¿Recuerdas la historia? —murmuró Keith—. Es como un panel que se balancea en la cúspide.

Abbott trepó por uno de los costados tallados y presionó la superficie fangosa del dintel de piedra, en un punto alto. La puerta se movió hacia adentro, mostrando, por la abertura abismal, la oscura profundidad del interior.

Al abrir, salió un olor de corrupción que aturdí los sentidos, un hedor tan irresistible por su intensidad, que Keith a punto estuvo de desmayarse.

Tomó aliento e intentó recuperar el control. Entonces vio que el capitán Sato y la tripulación habían subido y se encontraban tras él con las manos vacías.

Miró con el ceño fruncido a Abbott.

—Las cargas de profundidad... ¿Dónde están?

—En el maldito arsenal, en Papeete —dijo Abbott—. ¿No creerías de verdad que me iba a apropiarme de ellas? Ya hemos tenido bastantes problemas, sin necesidad de hacerlo. Si hubieras venido a mi casa, como yo quería, nos habiéramos ahorrado el viaje. —Se encogió de hombros—. De todas formas, habría tenido que venir para abrir la puerta.

Keith, paralizado, se volvió hacia Sato. Al hacerlo, oyó un ruido, como de chapoteo, proveniente de la oscuridad abismal, al otro lado de la gigantesca puerta.

Sato también lo oyó, pero su expresión no se alteró. Únicamente inclinó la cabeza. El piloto, un corpulento nativo de piel oscura, se acercó para escudriñar a Keith, con unos ojos que no pestañeaban.

El capitán Sato señaló al hombre con un gesto.

—Él pertenece a Cthulhu.

La tripulación pululaba alrededor de Keith, cogiéndole con manos pegajosas, para levantarlo y conducirlo hacia la boca abierta a que conducía la puerta adornada con

figuras demoníacas, donde algo estaba ascendiendo.

A Keith le fue imposible mirar lo que acechaba abajo. Sus ojos se cerraron y sintió que se adentraba en la oscuridad.

La última imagen que captó, fueron los ojos de pez de los hombres de la tripulación. Había reconocido demasiado tarde la apariencia de Innsmouth.

II

MÁS TARDE

—Me temo que no hay duda —dijo Danton Heisinger—. Ha muerto.

Kay Keith no contestó. Se sentó allí, en la oficina del director del banco, para analizar su reacción. Su atención estaba en el frío aire acondicionado, en el humo del cigarrillo de Heisinger, en la mirada bizca de sus ojos astigmáticos aprisionados tras la delgada barrera de sus lentes bifocales, en el murmullo de papeles que formaba él al buscar sobre el escritorio.

Sus sensaciones auditivas, táctiles, olfativas y visuales, parecían funcionar correctamente. Pero la noticia de la muerte de Albert Keith, no le produjo ninguna reacción consciente.

—Aquí están los informes del consulado —dijo Heisinger—. Las declaraciones de los testigos oculares, el capitán Sato y algunos miembros de la tripulación. La policía los interrogó por separado y también lo hicieron las autoridades del gobierno francés. Las versiones coinciden en todos los detalles.

Heisinger le tendió las copias en papel cebolla.

—Si desea examinarlas...

Kay negó con la cabeza.

—Me fío de su palabra. Pero, emborracharse y caerse del barco al mar, en pleno océano Pacífico... No me parece propio de Albert. ¿Están seguros de que lo identificaron sin lugar a dudas?

—Completamente.

Heisinger apagó el cigarrillo en el cenicero, pensando que quizá le molestase a Keith.

—Siguieron todos sus movimientos hasta que compró el billete de avión.

Kay movió la cabeza. Después se peinó los rubios rizos con la mano, en un gesto forzado.

—Eso, justamente, no me parece propio de Albert. Salir corriendo hacia un lugar tan lejano. No puedo imaginarlo actuando de esa forma.

Heisinger se encogió de hombros.

—Francamente, tampoco yo puedo. Su marido me parecía un hombre muy metódico.

—Por eso, debe haber una razón...

—Estoy seguro de ello —asintió Heisinger—. La verdad es que nunca sabremos con exactitud cuál fue la razón. Antes de su partida no me consultó. Todo lo que puedo decirle es que, inmediatamente después del terremoto, vino a retirar veinte mil dólares en cheques de viaje. Pidió ayuda al banco para que le solucionaran los retrasos habituales y los trámites para renovar el pasaporte. También le ayudamos a encontrar una agencia

inmobiliaria, que cuidara de su casa durante su ausencia. Les pagó por adelantado el primer mes y no dijo nada respecto al pago de otros meses. De modo, que dedujimos que volvería en ese intervalo. Y eso es todo lo que he podido averiguar.

Kay frunció el ceño.

—¿Pero por qué Tahití, entre tantos sitios? ¿Qué estaba haciendo en un barco japonés, a cientos de millas de tierra? El no era aficionado a la pesca. Tampoco era un borracho. La última vez que lo vi, cenamos juntos y discutimos el tema del divorcio. No tomó ni una copa.

—Eso fue hace tres años, si no recuerdo mal —dijo Heisinger—. La gente cambia.

El pequeño oficial del banco sonrió tímidamente.

—No del todo, por supuesto... Puede consolarse pensando que su ex marido no redactó un nuevo testamento. Usted sigue siendo su heredera. Como su albacea, estoy realizando un inventario que le entregaré en el plazo más breve posible. Eso me recuerda que...

Heisinger abrió el cajón superior del escritorio, de donde sacó un sobre de manila que contenía un llavero.

—Aquí tiene. Un duplicado de las llaves de la casa, de la puerta principal, de la puerta de atrás, y de la del garaje. Pensé que le gustaría echar una mirada.

—Gracias.

Kay puso las llaves en su bolso.

—Debo advertirle que no debe tocar nada sin consultarme.

—Desde luego —dijo ella.

Retiró la silla hacia atrás y se levantó.

—¿Hay algo más que desee saber?

—De momento, no. He guardado la llave de su caja de seguridad. Por lo visto no tenía ningún contrato de seguro.

—Debió dejar que caducasen las pólizas después del divorcio —dijo Kay suspirando—. No tenía mucho sentido conservarlas, ¿verdad?

Por primera vez, mientras hablaba, se sintió estremecida, aunque no pudo identificar con exactitud la naturaleza de su estremecimiento. ¿Dolor por la muerte de Albert? Honestamente, no. Era incapaz de experimentar algo tan intenso como la aflicción. Quizá lástima. Una sombra que ocultaba la verdad. Lástima por un hombre que había muerto tan lejos de su hogar y tan absolutamente solo. Pero Albert Keith siempre había estado lejos y solo, incluso cuando estuvieron casados. Si entonces hubiera sentido lástima de él, si hubiera sido capaz de entenderlo, quizá todavía estaría vivo. ¡Maldita sea! Ahora reconocía su reacción emocional, era *culpabilidad*. Si la culpabilidad es una emoción. Pero ella no tenía ninguna razón para sentirse culpable; ex marido o no, nunca había conocido realmente a Albert. No podía dolerse por lo que él fuera o podría haber sido.

Con un sobresalto, Kay se dio cuenta de que Heisinger hacía rato que le estaba hablando.

—...una vez el inventario esté completo, haré que el abogado redacte los papeles

necesarios para legalizar el testamento. Estaremos en contacto.

—Gracias otra vez por lo que ha hecho.

—Lo he hecho con mucho gusto.

Los labios delgado de Heisinger se relajaron formando una porción de sonrisa; Kay se sorprendió traduciéndola en términos numéricos mientras asentía y salía por el pasillo.

Un cinco por ciento de sonrisa para un cinco por ciento de los bienes. Suficiente, supuso. A ella todavía le quedaba el noventa y cinco por ciento, incluyendo la responsabilidad de averiguar lo que había ocurrido.

Pero, *no era* responsable, recordó. El divorcio había puesto fin a aquello, y tenía los papeles y documentos legales que lo confirmaban. Si los documentos legales podían confirmar realmente algo. Maldita sea, ¿por qué se sentía tan culpable?

Lo más inteligente sería apartarse del asunto. Dejar que el administrador, el abogado y los de hacienda hicieran el inventario y los arreglos necesarios. Después recogería el noventa y cinco por ciento y lo disfrutaría. Ella no amaba a Albert, él tampoco la había amado a ella. E incluso, aunque hubieran tenido el mayor idilio después de Romeo y Julieta, Marco Antonio y Cleopatra o Sonny y Cher, ya nada importaba. Albert estaba muerto, no podía hacerlo volver, y si había algo confuso en la forma en que había muerto...

*Algo confuso*¹¹.

¡Oh Dios, *qué* sería!

Saliendo de prisa del edificio, a la luz reconfortante del sol, el frío la atravesó.

Kay tembló y recordó.

Recordó la niña de cinco años de edad, sentada a la orilla del río Colorado, en las comidas campestres. Los soldados arrastraban la *cosa* entre las sombras, a través de la arena. Los arponazos habían dejado sus marcas, pero eso no fue lo que quedó marcado en la memoria de Kay, abriéndose y cicatrizando durante todos esos años. Era la *falta* de huellas lo que perturbaba sus pesadillas; la abultada tersura de la *cosa*, cubierta de agua y aleteando sobre la orilla. Las prolongadas inmersiones habían erosionado todo su parecido con la naturaleza humana; la carne hinchada era gris oscura, los brazos y piernas eran abultadas aletas, sin dedos ni uñas, que se agitaban, y la cara había sido devorada por los peces.

Eso era horrible; pensar en peces devoradores. La niña de cinco años había gritado al verlo, y ese grito aún sonaba en los largos pasillos de su memoria.

Sí, lo más inteligente sería apartarse del asunto.

Pero las piernas de Kay temblaron hasta que estuvo sentada en el coche, a salvo, saliendo del aparcamiento. Y no podía apartarse, no podía escapar, porque ya no tenía cinco años, no podía alejar a Albert de su pensamiento. Que estaba muerto y cómo había muerto ahogado en las profundidades donde los peces se agitaban y los afilados peces desgarraban la carne...

No podía apartarse.

11 N. del T.: Juego de palabras. El autor utiliza la palabra «fishy», que significa confuso y relativo a pez.

Doblando la esquina hacia el Oeste, el coche se dirigía hacia las montañas, envueltas en nieblas.

Entrando en el desfiladero, Kay sintió que gradualmente iba relajándose, como si la decisión hubiera puesto fin a la culpabilidad y a los recuerdos. En su lugar, sin embargo, se producía algo mucho más parecido a la indiferencia.

Anteriormente, había hecho aquel camino muchas veces, pero no durante los últimos años y la memoria estaba empañada. Se perdió dos veces en la intrincada confusión de carreteras sin salida y otras que giraban hasta encontrarse a sí mismas. Las sombras de la tarde se alargaban, mezclándose en la oscuridad, cuando finalmente se detuvo ante el lugar que una vez había sido su casa.

¿O no lo había sido? Aunque reconocía la casa, no la asociaba fielmente con la realidad del pasado. Quizá había soñado vivir allí; quizá había compartido los recuerdos de alguien y los había confundido con los suyos.

Heisinger tenía razón. La gente cambiaba.

Albert había cambiado, no cabía duda. Recordaba su jactancia antes del matrimonio, una especie de dominio exigente que insinuaba la fuerza de sus deseos; la necesidad de un niño, constantemente mimado, de poseer cualquier cosa que le pareciera atractiva en el momento. Pero ella había *querido* que él fuera posesivo, había necesitado sentir que pertenecía a alguien. Desgraciadamente, su impulso o instinto, o manía coleccionista, que era lo más probable, venía a ser un fenómeno temporal. Los niños se cansan de los juguetes, aunque sean atractivos, especialmente cuando sus posesiones implican responsabilidades. Albert había caído pronto en su forma habitual de introversión, y eso había sido la causa principal de la separación y el divorcio.

Pero ella también había cambiado. Mientras la alienación de Albert se incrementaba, las inclinaciones sociales de ella aumentaban. Durante su matrimonio había sido tímida, una solitaria reprimida, insegura de su capacidad de salir adelante en las relaciones cotidianas, en el mundo de los negocios e, incluso, estaba insegura de su poder de atracción. Desde que tenía veinte años, los hombres la habían encontrado atractiva, pero la imagen que tenía de ella misma, era la del patito feo. Y además, nunca había deseado conscientemente convertirse en un cisne.

Y Albert Keith, de forma bastante irónica, se lo había hecho notar. Las relaciones sexuales, de las que Albert tan rápidamente se había cansado, le habían reportado el conocimiento de sí misma y la necesidad de satisfacción.

Pero Albert no respondió. Su atención hacia ella disminuyó. Así que podía haber seguido siendo un patito feo, porque su forma de vida no le imponía la necesidad de aspirar a ser un cisne. Ni la necesidad de convertirse en una mujer muy bien vestida, siempre a la última moda, en un producto totalmente artificial del Movimiento de Liberación Femenino.

Perversamente, sin embargo, esa fue la imagen exacta que empezó a construirse Kay.

Acudió a cursillos, para salir del aburrimiento. Después siguió las clases para convertirse en una modelo. Más tarde llegó el trabajo profesional.

El resto fue inevitable. Con aquello llegó la confusión. Un año de inquietud. El divorcio, cuando se produjo, fue amistoso. Esa fue la palabra que usó Albert; siempre se le había dado bien encontrar las palabras correctas para las situaciones erróneas. Después cada uno tomó su camino.

El camino de Kay no había sido fácil, pero durante los últimos años, había llegado, paso a paso, a una madurez emocional. Ella lo sabía y se alegraba de ello.

Y, aún así, se encontró preguntándose a sí misma. ¿Qué camino había tomado Albert?

Abrió la puerta de la casa, entró en la sala, y allí halló la respuesta.

Más exactamente, más exóticamente, fue la respuesta quien la halló a ella, allí en la penumbra. Por la ventana entraban los últimos rayos rojos del atardecer, cubriendo de manchas los ojos saltones y las bocas refunfuñantes de las máscaras.

Durante unos instantes se quedó paralizada, pero no sentía miedo de lo que veía; la cabeza reducida, suspendida entre sombras, y las figurillas de la vitrina, no eran en absoluto aterradoras.

Aquello eran juguetes, no horrores. El tipo de cosas que los niños piden por correo, de los anuncios de las últimas páginas de las revistas de comics. Aunque eran máscaras auténticas, en vez de réplicas de plástico, su amenaza era artificial; aquella cabeza reducida, cualquiera que fuese su origen, no podía hacerle ningún daño.

¿Pero podían haber hecho daño a Albert? ¿Habrían hecho que tomara un interés excesivo por tales cosas, provocando un retorno a un falso mundo infantil?

Yo crecí, se dijo Kay, pero Albert disminuyó. ¿Por qué? ¿Cuál fue la causa de su alejamiento de la realidad?

Yo fui la causa. Nuestro matrimonio fue la causa. No pudo salir adelante, por eso escapó. No pudo enfrentarse conmigo, por eso se rodeó de lo que podía afrontar. Máscaras que no ven, no hablan; ojos y bocas que no critican ni desprecian. Una cabeza reducida, con un cerebro reseco, sin ningún pensamiento que amenazase la imagen de sí mismo.

Kay movió la cabeza afirmando: *¿Desde cuándo empezaste a visitar a un psicoanalista? Pero, tal vez es cierto que el mundo, actualmente, está lleno de gente que no puede superar sus problemas. Las drogas y el alcohol les ayudan a confundir la realidad con la fantasía, pero no es suficiente. No es suficiente para olvidar los miedos, para exorcizar definitivamente los demonios cotidianos. Por eso golpean pelotas en lugar de rostros, derriban bolos en vez de cabezas, y se hunden en una violencia indirecta, mirando fijamente la pantalla del televisor.*

Albert Keith no había seguido ese camino, porque no tenía que hacerlo. Contaba con el dinero suficiente para un retiro perpetuo. Allí, en su refugio, podía rodearse de símbolos de seguridad. Si tienes miedo a vivir con la gente, vive con las cosas. Cosas muertas, cosas que te recuerdan a la muerte, pero no amenazan tu existencia, porque se pueden controlar. Tú eres su dueño, y no pueden hacerte daño.

Estás haciendo que parezca un candidato para la habitación de corcho, se dijo Kay. No estaba

loco.

Eso fue lo que le ocurrió, que estaba loco. De esa forma, había caído, desaparecido y muerto.

E incluso, podía haber también una explicación racional; una explicación relacionada directamente con sus deseos de escapar. Tal vez había ido a Tahití en busca de un lugar apartado del mundo cotidiano, por la misma razón que Gauguin se sintió atraído por las islas. Quizás el terremoto provocó su repentina decisión de partir.

Si fuese así, incluso el misterio que rodeaba su muerte, podía evaporarse fácilmente. Albert descubriría en el Tahití de hoy una trampa para turistas; alquiló un barco y decidió encontrar un ambiente más solitario. Y respecto a la bebida, debió ser únicamente un antídoto para el calor. No era aficionado a beber, recordó ella, y la mezcla del sol y el alcohol, habrían sido suficientes para causar un descuido.

Un descuido.

La descuidada era *ella*, permaneciendo en aquella casa vacía y poblada de quimeras.

De sueños nocturnos, mejor dicho, porque el sol ya se había ido y las sombras estaban por todas partes, saliendo furtivamente de los rincones, deslizándose por las paredes, reptando sobre el suelo, rodeándola por completo. En las sombras, las máscaras podían mover sus bocas, las figurillas de la estantería miraban fijamente a través del cristal, el rostro de la cabeza reducida se contraía en una horrible mueca. Las flores, lozanas a la luz del día, se marchitaban al llegar la noche. Los capullos se oscurecían, abriéndose retorcidamente, desprendiendo un perfume de terror.

Señor, *¿de dónde salía aquello?* Kay sonrió insegura, después se dirigió hacia el interruptor de la pared. Todas esas cosas sobre la madurez, sonaban bien, pero allí estaba, como un gatito atemorizado, asustada de su propia sombra.

Sólo que no era su sombra.

Aquella sombra se movía.

Surgió de la puerta del pasillo, y la miraba.

—Buenas noches, señora Keith —dijo la sombra—. Encienda la luz.

Kay apretó el interruptor y la sombra desapareció. En su lugar vio a un hombre robusto, de unos treinta y cinco años. El pelo corto, los pómulos salidos, ocultando unos ojos grises rasgados. Un amplio tórax, que casi reventaba el conservador traje marrón. Eso fue todo lo que advirtió a primera vista, pero no fue suficiente para compensar el susto que le causó su presencia. Trató de hablar con voz serena.

—¿Quién es usted?... ¿Qué está haciendo aquí?

—Ben Powers —contestó, saludando ligeramente con la cabeza—. ¿No se lo dijo Heisinger?

—¿Decirme qué?

—Trabajo en el banco. En el Departamento de Testamentaría y fideicomiso.

Metió la mano en el bolsillo interior de su chaqueta y sacó una cartera. La abrió y le

mostró un carnet, protegido por un plástico. Kay lo apartó impacientemente.

—¿Cómo entró aquí?

Powers metió la mano en otro bolsillo de la chaqueta y extrajo una llave.

—Todos nosotros tenemos duplicados.

—¿Nosotros?

—Es una operación de equipo, señora Keith. Estamos haciendo el inventario. Vine a completar una lista para presentarla cuando arreglemos la legalización del testamento.

—¿A esta hora?

—Llevo aquí toda la tarde. Atrás, en las habitaciones. Supongo que no la oí entrar —explicó Powers con una sonrisa forzada—. Cuando la oí, me asusté un poco; pensé que alguien se había colado. Por eso vine tan silenciosamente.

—¿Cómo supo quién era yo?

—Por los retratos. Encontré un viejo álbum de fotos en uno de los cajones.

—¿Qué más encontró?

—No mucho más. Su ex marido no parece que fuera de los tipos que guardan cuidadosamente todos los recuerdos.

Kay frunció el ceño.

—No lo entiendo. ¿Por qué se tiene que hacer un inventario?

Ben Powers señaló los objetos de la vitrina.

—¿Podría darnos una idea de lo que costaron todos esos objetos? ¿Dónde los consiguió? ¿Por casualidad sabe...?

—Lo siento —interrumpió Kay, negando con la cabeza—. La mayor parte de esas cosas las compró cuando yo ya no estaba aquí.

Miró su reloj.

—Por cierto, tengo que irme.

—Yo también —dijo Powers—. No me había dado cuenta de lo tarde que es.

El tasador fue hacia la puerta principal.

—La acompañaré hasta el coche.

Apagó las luces y juntos salieron a la oscuridad. Kay se dirigió hacia el pequeño Honda rojo, mirando a su acompañante.

—¿Dónde aparcó el suyo?

—Más abajo —dijo él sonriendo—. En este trabajo vale la pena ser prudente. Los vecinos pueden extrañarse de ver llegar cada día un coche que no conocen.

—¿Cuánto tardará en terminar?

Powers se encogió de hombros.

—Una sesión más bastaría. Con su ayuda.

—¿La mía?

Kay sacó del bolso la llave del coche.

—No pienso volver aquí otra vez.

—No pensaba en eso. Sólo unas cuantas preguntas...

—Pero ya se lo he dicho. No sé nada sobre lo que compró Albert en los últimos tres

años.

—Hay otras cosas que puede decirme. El precio de la casa está registrado, pero no el de los muebles, ni el de los arreglos que hicieron en ella.

Ben Powers sonrió de nuevo.

—Mire. Tengo una idea. ¿Por qué no cena conmigo esta noche y así acabamos con todo eso?

—La verdad, señor Powers...

—Es en su beneficio. Cuanto antes pueda presentar el informe, antes se legalizará la herencia. Supongo que le gustaría terminar con el asunto tan pronto como sea posible.

Kay dudó. Powers movió la cabeza asintiendo.

—No la entretendré mucho, se lo prometo. Además, usted tiene que cenar de todas formas. ¿Por qué no me sigue?

—¿A dónde?

—Hay un sitio en la carretera de Burton... Maxwell's.

—Lo conozco.

—Bueno. Nos encontraremos allí.

Ben Powers se volvió y desapareció entre las sombras.

El aparcamiento del Maxwell's estaba bien iluminado, pero la penumbra reinaba en el interior del restaurante. Una vez sentados, Powers advirtió el ceño fruncido de Kay.

—¿Ocurre algo?

—Nada.

Ella miraba la carta.

—Había olvidado que la especialidad de este restaurante es el pescado.

—¿No le gusta?

—No especialmente.

—También tienen buena carne. Y buenas bebidas. Le recomiendo que tome una.

Primero trajeron las bebidas. Powers le sonreía en aquella semi-oscuridad.

—Su difunto marido... —dijo—. ¿También odiaba el pescado?

—¿Por qué pregunta eso?

—Sólo por curiosidad. Por los informes que he visto, estaba pescando cuando sufrió el accidente.

La sonrisa de Powers se desdibujaba entre las sombras.

—¿*Realmente*, le desagradaba a su marido el pescado, señora Keith?

—No lo sé. Nunca comíamos pescado cuando estábamos casados, pero era por mi.

—¿Alergia?

—No. Es algo relacionado con mi infancia...

Kay se detuvo, frunciendo el ceño.

—¿Qué tiene que ver todo esto con el inventario de la herencia?

—Lo siento. Supongo que me interesa lo que dice el informe. O mejor aún, lo que no

dice. ¿No le parece curioso que se disponga de datos tan poco precisos? En mi trabajo se tiende a ser muy riguroso en cuanto a los detalles. Le pido disculpas.

Powers sacó un bloc de notas y un bolígrafo.

—Empecemos antes que llegue la cena —dijo.

Sus preguntas eran rutinarias y las respuestas de ella mecánicas. Poco a poco la irritación inicial fue desapareciendo; ahora que tenía la sensación de haber colocado las cosas en su sitio, no había por qué preocuparse.

Cuando llegó la ensalada, Powers guardó el bloc en el bolsillo. La comida era buena y, con sorpresa, Kay reconoció que se estaba divirtiendo. Ben Powers resultó ser un acompañante agradable, una vez que había dejado de jugar al inquisidor. Cuando terminaron de comer y les sirvieron el café y los licores, Kay se sintió totalmente relajada. Se preguntaba si Ben Powers estaría casado.

—¿Se siente mejor? —preguntó él, sonriendo a través de las sombras.

—Mucho mejor, gracias.

—Le agradezco que haya venido. Probablemente me ha salvado de un destino peor que la muerte.

—¿Tanto como eso?

Powers se encogió de hombros.

—¿No se ha fijado que la sociedad castiga a los tipos solteros?

No está casado, se dijo Kay... Entonces, rápidamente, retornó su atención a la voz de Powers.

—Mire los anuncios de los hoteles de Las Vegas. En la parte de arriba, grandes letreros con precios de ganga... Pero cuando llegas a la última línea, siempre se especifica que es para dos. Y cuando vas solo a un restaurante, no importa lo bueno que sea, te sientan en una horrible mesita, justo al lado de la cocina.

—Por eso trato de evitar los lugares donde sirven pescado —dijo Kay—. Cada vez que los camareros pasan por esas puertas, me llega un terrible olor a pescado frito...

—Lovecraft también lo odiaba —dijo Powers.

—¿Quién?

—H. P. Lovecraft. El escritor.

—Nunca he oído hablar de él.

—¿Está segura?

Ben Powers se inclinó hacia adelante.

—Desde luego. ¿Por qué no iba a estarlo?

—Pensé que su difunto esposo le habría hablado. Parece que él y su amigo Waverly estaban realmente metidos en lo de los mitos.

—¿Qué mitos?

—Olvidelo.

Powers se apoyó en el respaldo del asiento y tomó la copa de licor.

—No hasta que no me explique que es todo eso —protestó Kay, dejando su copa y fijando la mirada en el rostro de él—. ¿Cómo supo que Albert y Waverly eran amigos? ¿Y

qué tiene eso que ver con la herencia de mi marido?

—Nada. Supongo que estaba equivocado.

—Yo soy la que estaba equivocada.

Kay cogió el bolso y se levantó.

—Espere un momento...

—No se moleste en acompañarme hasta la puerta —dijo ella—. Y en el futuro no se moleste en acompañarme a ningún sitio. Eso es todo.

—Señora Keith... Por favor...

Pero Kay salía, atravesando la penumbra, y no volvió la vista atrás.

Las sombras acechaban en las calles por donde conducía. Las sombras amenazaban en la oscuridad del garaje de su apartamento, fijas e inmóviles.

Al entrar en su apartamento, le aguardaban aún más sombras, pero al encender la luz desaparecieron. Sin embargo, no fue suficiente la luz para dispersar las que llevaba consigo, sombras de sospecha e incertidumbre.

Kay entró en el dormitorio y vació el contenido del bolso sobre la cama, buscando el trozo de papel donde había anotado la dirección y teléfono de Danton Heisinger. Recordaba que había dos números, y el segundo debía ser de su casa.

Cuando encontró lo que buscaba, hizo la llamada.

—¿Señor Heisinger?

—Sí.

—Soy Kay Keith. Siento molestarle a estas horas...

—No se preocupe. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Me gustaría que me informase sobre un caballero que está realizando el inventario de la herencia de Albert.

—¿Quién?

—Ben Powers. Estaba en la casa cuando entré esta tarde y...

—¿En la casa?

Se produjo una pausa momentánea y, de alguna forma, pensó Kay, Heisinger debía estar mostrando su perplejidad. Entonces habló de nuevo.

—Eso es imposible.

—¿Qué quiere decir?

—Estoy seguro de que no estaba en la casa, porque yo estuve con él justo después que usted abandonara la oficina esta tarde.

—¿Dónde se reunieron?

—En el depósito de cadáveres de Pierce Brothers. Murió de un ataque al corazón, hace dos días.

Las luces del apartamento de Kay estuvieron encendidas toda la noche, pero las sombras permanecieron. Sombras de duda, que crecían cuando cerraba los ojos y trataba de dormir.

Cuando acudió a su cita en la oficina de Heisinger, a la mañana siguiente, las sombras todavía estaban allí, en sus ojos, y lo que era peor para una modelo profesional, bajo sus ojos.

—Por favor, no me mire —dijo Kay, moviendo tímidamente la silla—. Sé que estoy hecha un desastre, pero casi no he podido dormir.

—Ni yo.

Heisinger dejó el bloc de notas sobre la mesa.

—Acabo de llegar de Pierce Brothers. Todo parece estar en orden. Aparte de mí y unas cuantas personas del banco, nadie había firmado en el libro de visitas. Que ellos sepan, Ben no tenía ningún pariente. Sus efectos personales están allí, en la caja fuerte. Eso incluye la cartera y los documentos. Es prácticamente imposible que alguien pueda acceder a ellos. ¿Está segura de lo que le mostraron?

Kay movió la cabeza.

—La verdad es que sólo miré la cartera un instante. ¿Cómo iba a saber que era un impostor?

—El impostor, por supuesto, sabía que usted no conocía a Ben. O de otra forma, no se hubiese arriesgado a engañarla. Por la descripción que me dio, no existe ningún parecido físico entre ese hombre y el verdadero Ben Powers. Debía estar muy seguro de sí mismo, para exponerse de esa forma.

—¿Pero por qué? —Kay arrugó la frente—. Yo no sabía que estaba allí. Si quería robar la casa, sólo tenía que esconderse hasta que me marchase.

Heisinger asintió.

—Exactamente. Creo que debemos descartar el robo como causa de que estuviera allí. Y eso nos lleva a algunas preguntas interesantes. ¿Cómo supo su nombre? ¿Qué le movió a invitarla a cenar? Y por último, ¿quién es H. P. Lovecraft?

—No tengo ninguna respuesta —dijo Kay.

—Bueno, yo tengo una.

Heisinger miró sus notas.

—Según el empleado de la biblioteca principal, Lovecraft era un escritor de relatos de fantasía y terror. Nació en Providence, estado de Rhode Island, el año 1890. Murió en 1937. Sus cuentos fueron recogidos póstumamente en...

Kay hizo un gesto brusco.

—Pero yo nunca había oído hablar de él. Eso es lo que le dije al hombre que se hizo pasar por Ben Powers.

Heisinger levantó la mirada, asintiendo.

—Quizá era eso lo que quería averiguar.

—No comprendo.

—Suponga que lo organizó todo, entrar en la casa, presentarse a usted como un tasador e invitarla a cenar, sólo para descubrir qué sabía usted sobre Lovecraft.

—¿Por qué tenía yo que saber algo? No veo que eso pueda tener importancia.

—Quizá Albert Keith sea la conexión. —Heisinger se reclinó en su asiento—. ¿Estaba

interesado en leer o coleccionar libros de fantasía?

—Yo no vi nunca esa clase de libros en casa, y nunca hablamos de literatura.

—Pero coleccionaba máscaras y figurillas.

—No cuando vivíamos juntos.

—Ya veo.

Heisinger miró su bloc otra vez.

—Bueno, vamos a enfocarlo de otra manera. ¿Vivió él alguna vez en Providence?

—No.

—¿Viajó allí?

—Si lo hubiera hecho, estoy segura de que lo habría mencionado.

—¿Tenía amigos en Rhode Island? ¿Alguien que pudiera escribirle?

Kay frunció el ceño.

—Ya veo lo que trata de hacer. Pero no existe ninguna conexión entre Albert y ese hombre que vivió y murió a tres mil millas de aquí, hace casi cincuenta años.

Heisinger suspiró.

—Supongo que tiene razón. Parece que Lovecraft no es la clave del problema. Por cierto...

Kay miró al hombre, mientras éste cogía la libreta de teléfonos del cajón del escritorio.

—¿Qué va hacer? —dijo ella.

—Buscar un cerrajero. Un cambio de cerradura impedirá que entre otra vez ese intruso en la casn, sea quien sea y busque lo que busque. Y también le sugiero que ponga una cerradura nueva en la puerta de su casa.

—¿No le parece que está exagerando? No creo estar corriendo ningún peligro.

—No podemos estar seguros de eso.

—Entonces, ¿por qué no vamos a la policía?

Heisinger sonrió.

—Ya he hecho gestiones respecto a eso. Esta mañana temprano hablé con el sargento Schneider. Se encarga del departamento de robos en la ciudad.

Sus ojos, tras las delgadas gafas bifocales, consultaron la libreta.

—Aquí está. Ralph Schneider. El número es 485-2524. Si quiere se lo apunto. Me sugirió que le gustaría que usted pasase por allí a echar una mirada a lo que él llama su galería de delincuentes, para ver si puede identificar algún sospechoso.

—¿Eso es todo?

—Francamente, no pareció tomarse demasiado en serio lo que le dije. Como, de hecho, no robaron nada, la cuestión no tiene mucho que ver con su departamento. No existe ninguna prueba de que hayan forzado algo para entrar, así que eso nos deja sólo con la intrusión e identificación falsa.

—Entonces, ¿no van a hacer nada?

—Le van a pasar la información a la división de Hollywood. Los coches patrulla vigilarán la casa. Y sugirieron el cambio de cerraduras. Una vez estén instaladas, le

proporcionaré una llave.

—Gracias —dijo Kay levantándose.

—¿Va hacia el centro?

—Aún no lo sé —dijo, sonriendo al empleado del banco—. No se moleste en acompañarme hasta la puerta. Pero si se entera de algo...

—No se preocupe, señora Keith. Estaré en contacto con usted.

La sonrisa de Heisinger desapareció cuando ella cerró la puerta. Durante un rato, escuchó el ruido que hacían sus pisadas al atravesar el pasillo.

Después cogió el teléfono.

Kay entró en su apartamento y se dirigió al contestador automático para ver si había alguna llamada. Habían dejado un mensaje: telefonar a la agencia Colbin.

Lo hizo y le contestó Max Colbin, tan encantador como siempre.

—¿Dónde demonios has estado? —dijo al saludarla—. No me des explicaciones. Es casi mediodía y debes ir a las dos.

—¿Ir dónde?

—A South Normandie, 1726. Al Templo de la Sabiduría Sideral.

—¿Qué dices?

—El Templo de la Sabiduría Sideral. Una de esas curiosas organizaciones. Hacen publicidad en los folletos comerciales. Quieren una persona esbelta. Nada de alta confección ni joyería, sólo ropa de sport. Bedard ha hablado ya con ellos y, si vas, se encargará del reportaje. Pero les gustaría tener una entrevista contigo antes.

—¿No bastaría con que les mostraras el álbum? Sabes que odio esas entrevistas.

—Mira nena, te pagarán tres veces lo normal por una hora de sesión, más el aumento por horas extraordinarias. Vale la pena sufrir un poco por eso. De modo que ve allí. Pregunta por el Reverendo Nye.

Eran exactamente las dos en punto, cuando el coche de Kay se paró y aparcó frente al 1726 de South Normandie. Antes de echar la moneda de diez centavos al marcador de aparcamiento, dudó unos instantes.

Sobre la amplia entrada de la casa de dos pisos se leía, en un gran letrero de madera, *Templo de la Sabiduría Sideral*. Daba la impresión que tanto el letrero como las gruesas cortinas rojas que cubrían las grandes ventanas, situadas a ambos lados de la puerta, habían sido colocadas recientemente. Kay supuso que aquella estructura de piedra, habría sido antiguamente un templo de Mammón o, más probablemente, una caja de ahorros y préstamos, que debió abandonar el vecindario, por no considerarlo capaz de ahorrar ni digno de recibir préstamos.

Pero allí dentro, estaban dispuestos a pagar trescientos dólares por una hora de trabajo. Es una visita inevitable, pensó, y tiró la moneda.

Visita inevitable. ¿No se sentirían así las prostitutas en su oficio? Conducir hasta una dirección extraña, para acudir a una cita con un hombre extraño, que iba a alquilar su cuerpo por tres billetes la hora.

Mientras atravesaba la puerta, Kay recordó que existía una diferencia entre fotografía

y pornografía, al menos en un punto. Por supuesto, tenía una parte de insinuaciones y proposiciones; después de todo era un riesgo ligado a la profesión. Pero ella no posaba en ropa interior, ni desnuda, y realmente tampoco había tenido nunca ningún problema serio. En la actualidad, solían respetar bastante a las modelos.

Kay sonrió tímidamente. ¡Qué de prisa se había acostumbrado a su forma de vida! *Si Albert supiese lo que estoy pensando, se levantaría de su tumba y vendría.*

Su sonrisa se desvaneció tan rápidamente como había aparecido. Albert ya no sabría nada más y ni siquiera estaba en una tumba. Se encontraba a miles de millas de allí, a miles de pies bajo el mar, y el pez...

Rápidamente, Kay movió el tirador de la puerta, pero ésta permaneció inmóvil. Estaba cerrada. Quizás aquello era un presagio y debía irse ahora que tenía la mente clara. Entonces, cuando iba a dar la vuelta para salir, vio un timbre junto al marco de la puerta. *Visitas inevitables.*

Llamó y esperó.

Sonó una campana en algún lugar del interior del edificio. Se oyó el golpe seco del cerrojo al correrse.

Kay asió el tirador; ahora sí cedió y la puerta se abrió. Avanzó por una oscura entrada hasta una habitación rodeada de cortinas. Al lado, a su izquierda, había una escalera que conducía al piso de arriba. Desde allí oyó una voz que la llamaba.

— ¿Señora Keith?

— Sí.

— Suba, por favor.

Una luz iluminaba la escalera. Kay subió, mirando hacia arriba, intentando encontrar al hombre que la había llamado. Pero al llegar al piso superior, el corredor estaba vacío. A la derecha de las escaleras, otra luz alumbraba desde una puerta abierta.

— Aquí estoy — dijo el hombre.

Y estaba.

Kay entró en la pequeña oficina, asombrándose del terrible desorden. Las cuatro paredes estaban flanqueadas de estanterías para libros, y estos desparramados por el suelo desnudo. Cajas de cartón llenas de libros de bolsillo, tomos encuadernados en rústica, revistas y periódicos, ocupando los rincones y, dispuesto de cualquier forma, a cada lado del escritorio, en el centro de la habitación. El ratón de biblioteca, sentado tras la mesa, le dio la bienvenida.

— Paz y sabiduría para usted — dijo suavemente.

Su voz tenía un acento melodioso que no pudo situar.

— ¿Reverendo Nye?

Él se levantó, extendiéndole la mano, calzada con un guante blanco.

Kay la estrechó, preguntándose si habría advertido su sorpresa; aparentemente no, porque sonrió.

— El caballero de la agencia debió habérselo indicado — dijo—. Seguramente, no esperaba que yo fuera negro.

Aquello era el disparate del año, pensó Kay. Y, aunque Max Colbin la hubiera prevenido, no habría estado preparada para lo que estaba viendo.

Porque el Reverendo Nye era un negro de negativo, como de carbón, o como el as de espadas¹². Por su acento, podría ser de las Antillas, probaolemente jamaicano. Pero con su color de azabache, traje oscuro y los discordantes guantes blancos, parecía un antiguo actor cómico representando el papel dc negro.

Kay intento devolverle la sonrisa.

—El caballero de la agencia debía habérselo dicho a *usted* —dijo ella—. Da la casualidad de que él tambien es negro.

—*Touché*. —El Reverendo Nye rió entre dientes—. Bueno, cada día se aprende algo nuevo.

Rodeó el escritorio y empujó a un lado una de las cajas llenas de libros, dejando al descubierto un pequeñ taburete con un cojín. Le indico a Kay que se sentara.

—Disculpe las molestias —dijo—. Me he propuesto arreglar este lugar, pero nunca hay tiempo suflciente. Vivo demasiado ocupado estudiando. —El Reverendo Nye se acomodó en su asiento—. Es una pena que tengamos que hacer la distinción. Vivir y estudiar debería ser la misma cosa. ¿No está de acuerdo?

—Nunca he pensado en eso.

—Pocos lo hacen. —Asintio con seriedad—. Alguien debe iluminarlos y ese es el propósito de mi agencia. ¿ Conoce las enseñanzas de la Sabiduría Sideral?

La pregunta cogio a Kay por sorpresa.

—La verdad es que no. Hay tantos movimientos nuevos actualmente: Haré Krishna, Cienciología...

Nuevamente se oyó su débil risa.

—Le aseguro que no existe ningún parecido. Y la Sabiduría Siaeral no es nueva. Sus viejas enseñanzas son anteriores a cualquiera de los credos actuales. Pero el caso es que muchas creencias están muertas en la actualidad porque no fueron debidamente estudiadas. Han desaparecido victimas de la tecnología de hoy. ¿Qué sabía Buda acerca de la electricidad? ¿Nos preparó Mahoma para la era espacial? ¿Conocía Cristo la forma de usar una computadora?

»La Biblia, el Corán, el Talmud, todos están anticuados. Sus enseñanzas y preceptos estaban adaptados al estilo de vida de los nómadas del desierto, que llevaban una existencia apegada a la Tierra, sin pensar en las realidades cosmicas del más allá. Hoy nosotros pasamos sus páginas sin encontrar nada adecuado a los problemas presentes.

»Por eso están surgiendo estos movimientos nuevos, como usted los llama. Pero muchos de ellos ofrecen las mismas respuestas en términos diferentes. Respuestas sin sentido. La complejidad de la existencia de hoy requiere meditacion y ellos enseñan a meditar y sus trampas metafísicas y sus pastiches psicológicos provienen del mismo tópico: *conocete a ti mismo*. Pero, aunque eso fuera posible, que no lo es, no en su exacto significado, ¿cuál es la importancia del autoconocimiento? Nuestra única esperanza de

12 N. del T.: Forma despectiva de llamar a los negros.

salvación está en el conocimiento del mundo exterior, el mundo del espacio y de las estrellas. ¿No está de acuerdo?

Kay asintió, preguntándose dónde quería ir a parar. El Reverendo Nye, indunHernente, era un predicador, pero ¿por qué le predicaba a ella?

»Una vez, hace mucho tiempo, la humanidad supo la verdad sobre sí misma, sobre su lugar en el universo. ¿Conoce la teoría de Wegener que afirma que en un tiempo todas las masas terrestres formaban un solo continente, antes de fragmentarse y separarse? Se considera que es una hipótesis reciente, pero la Sabiduría Sideral conocía la verdad hace mucho tiempo. Lo mismo ocurrió con los OVNIS y las señales de radio recibidas desde el espacio...

Le falta un tornillo, se dijo Kay. Este hombre no es un predicador, es un fanático.

Una vez más se oyó su risita.

—Perdone señora Keith. Tengo tendencia a excitarme.

Por los hombres de las batas blancas. Los pensamientos de Kay completaron la frase, pero eso no era lo que el Reverendo Nye tenía en mente.

—Pero es que pienso que le ayudará en su trabajo si la familiarizo con nuestros postulados —dijo él.

—Me dijeron solamente que necesitaba algunas fotos —comentó Kay—. Para anuncios en la prensa, supongo.

—Exactamente.

El hombre, tras el escritorio, hizo un gesto con la mano cubierta por el guante blanco.

—Pero necesitar es una cosa, y querer es otra. Y yo quiero algo más que meras fotografías de un atractivo rostro sonriente. Quiero una cara que refleje sinceridad, cultura y una inteligencia auténtica.

Kay asintió penosamente consciente de que su cara no reflejaba en ese momento ninguna de esas cosas. El terrible olor de libros viejos, aumentaba a su alrededor, y aquel peculiar personaje, estaba confundiéndola realmente. Pero... *Hay visitas inevitables.*

—Al Bedard es bueno con la cámara —dijo ella—. Estoy segura de que podrá conseguirlo.

—Sólo si mantiene los ojos bien abiertos y bien despiertos —dijo el Reverendo Nye, inclinándose hacia adelante de forma escrutadora—. Por eso tengo que pedirle algo. Esta noche, a las ocho, habrá en el Templo una conferencia sobre la Sabiduría Sideral. Tendrá una oportunidad para escuchar y aprender, una oportunidad para entender. ¿Querrá venir?

De ninguna *forma*, se dijo Kay, levantándose rápidamente. Pero cuando habló, sus palabras fueron distintas.

—Por supuesto que vendré.

Salió de la oficina, bajó las escaleras, atravesó la puerta y entró en el coche. Incluso mientras conducía, a la luz del atardecer, todo parecía borroso.

Todo, excepto la visión que provocó su decisión de volver: lo que distinguió al levantarse y mirar hacia la caja de libros.

Encima de todos ellos, había uno cuyo título no le dijo nada, *El Extraño y los Otros*. Pero el nombre del autor era H. P. Lovecraft.

—Debes estar bromeando.

Al Bedard miraba de reojo, malhumorado, a través del sucio parabrisas. Conducía por el tortuoso camino hacia South Normandie y Kay iba a su lado, hundida en el asiento.

—Arrastrarme a un lugar como ese después del anochecer. No es seguro...

Como para confirmar sus palabras, apareció ante ellos un montón de escombros, rodeado por vallas amarillas que indicaban que se estaban reparando los desperfectos causados por el terremoto del mes anterior.

Bedard se desvió, dejando el obstáculo a la izquierda y moviendo la cabeza con disgusto.

Kay le sonrió.

—No querías que fuera sola, ¿verdad?

—No veo por qué tienes que ir —le dijo Bedard—. ¿Qué vas a sacar, doscientos o trescientos, quizá? Eso no compensa las molestias.

—Confía en mí —dijo Kay. Señaló hacia el bordillo de la derecha—. Puedes parar aquí.

—No me fío de la gente de este barrio —murmuró Bedard entre dientes—. Desarmarán el coche cinco minutos después de que lo aparcemos.

Pero lo dejó junto a la acera, en un espacio libre, y subió los cristales cuando Kay se bajó. Cerró las puertas y se reunió con ella, que estaba mirando el edificio desde la calle.

Las cortinas todavía cubrían las ventanas, pero la puerta principal estaba abierta. La luz del interior iluminaba el letrero de madera de la entrada.

Bedard alzó la vista mientras cruzaban la calle.

—Templo de la Sabiduría Sideral —dijo—. ¿Qué es eso? ¿Alguna reunión de evangelistas?

—Veremos. —Kay miró su reloj—. Vamos. Son las ocho. Ya habrán empezado.

Al aproximarse a la puerta, Kay percibió el sonido que venía del interior —un silbido penetrante que le pareció vagamente familiar. Era algo de Holst, *La Suite de los Planetas*, el compás llamado *Urano, el Mágico*. La música, difícilmente concordaba con una reunión de evangelistas.

Pero entonces, al atravesar la puerta, se hizo evidente que aquello no era una reunión corriente de Cristianos Renacidos.

Kay no tenía ninguna idea preconcebida pero, aunque la hubiera tenido, hubiese sido imposible que coincidiera con lo que les aguardaba dentro.

La sala de reunión era mayor de lo imaginable, teniendo en cuenta la fachada de la casa. Se extendía a lo largo de todo el edificio, cubierta con cortinas negras de terciopelo, desde el techo hasta el suelo. Quizás habían pertenecido a una iglesia, junto con los viejos y pesados bancos de roble oscuro que servían de asiento a la concurrencia. Seguramente,>

una casa de artículos religiosos había suministrado el incienso que se quemaba en altos braseros de hierro forjado, colocados junto a las paredes, bañando el aire con una esencia empalagosa que provocaba una angustiosa asociación.

Al Bedard también lo advirtió.

—Huele a funeraria —dijo arrugando la nariz.

Kay asintió, mirando a los ocupantes de los bancos. No le sorprendió la presencia de negros, pero se extrañó del gran número de latinoamericanos y orientales. Grupos étnicos que rara vez se mezclaban, y mucho menos en las prácticas religiosas.

De forma inconsciente, descubrió algún denominador común y trató de identificarlo. Seguramente, no era la posición económica, ya que algunos de los asistentes iban bien vestidos y otros llevaban ropa corriente. Entonces se dio cuenta de que el único atributo que compartían todos era la juventud. Gran parte del grupo debía tener alrededor de veinte años y no había nadie que aparentara más de treinta.

La verdad es que el público se comportaba correctamente, sin ninguna muestra de la ruidosa agitación que generalmente caracterizaba las reuniones de jóvenes. Todos, sin excepción, estaban sentados, escuchando atentamente la música. Dirigían sus miradas hacia un débil resplandor que provenía de una hilera de focos, colocados a ambos lados de una plataforma, que se alzaba al fondo de la sala.

La plataforma estaba rodeada de una cortina que dejaba una entrada en el centro, por donde se descubría la presencia de un atril. La zona detrás del atril estaba bañada en sombras.

Bedard hizo un gesto a Kay.

—Vamos a sentarnos allí —murmuró, señalando una fila de bancos libres.

Kay asintió y tomaron asiento cerca del pasillo central.

Al hacerlo, la música cambió. Una vez más se sorprendió al reconocerla. Holst había dejado paso a Vaughan Williams: el movimiento final de su *Sexta Sinfonía*.

Quizás el Reverendo Nye tenía razón cuando le dijo que debía ir para escuchar y aprender. De esa forma, había descubierto ya que tenía algún conocimiento sobre música y sus efectos. El misterio característico de los sordos instrumentos evocaba imágenes de otros mundos, planetas sin vida, soles muertos y distantes, moviéndose como motas de polvo en el vacío del espacio infinito que agonizaba. Así sería el fin del mundo, sin explosiones, sin un gemido, sólo un susurro. Un susurro perdido en la oscuridad.

Entonces, en silencio, las luces se encendieron.

Se produjo un murmullo entre los espectadores. También habían sentido el contacto con el vacío eterno y ahora, por un instante, formaban parte de él.

El fuerte sonido de un gong acabó con la eternidad. Una luz tenue resplandecía sobre la plataforma, mientras que una figura con túnica roja, surgía entre las sombras.

—¡Paz y sabiduría para vosotros!

Retumbó la voz del Reverendo Nye, que levantaba las manos bajo el manto escarlata, provocando el eco de la audiencia.

—¡Paz y sabiduría!

—¡Sabiduría Sideral!

—¡Sabiduría Sideral! —respondió el eco.

Invocaciones y respuestas. *Esto es un espectáculo*, se dijo Kay.

Pero funcionaba.

Funcionaba como algo mágico, porque *era* mágico. La música y el incienso, la oscuridad y la luz, las túnicas y la ceremonia funcionaban ahora y habían funcionado siempre. Los brujos y hechiceros proferían sus conjuros en el Sabat, los druidas recitaban sus runas ante los dólmenes, los curanderos farfullaban en las junglas, y la magia *ocurría*.

El Reverendo Nye, con su túnica roja, no era un curandero. Pero cuando levantaba sus manos enguantadas de blanco, con su ademán de anciano, ante un moderno micrófono, era un acontecimiento. Los individuos se confundían paulatinamente con la totalidad de la audiencia; la audiencia se convertía en seguidores; los seguidores se convertían en creyentes.

Él hablaba y Kay observaba cómo ocurría, escuchaba cómo ocurría. Nuevamente, igual que había sucedido en la entrevista de la tarde, la vista y el sonido parecían extrañamente confusos.

Pero aunque frecuentemente se le escapaba a Kay el significado exacto de sus palabras, el sentido era transparente, evocado por imágenes, que se reflejaban caprichosamente a través de la bruma, invocadas por la profunda voz monótona.

Azazoth, Yog-Sothoth, Shub-Niggurath. Las palabras eran sílabas sin significado, pero las sílabas sin significado eran nombres; nombres pronunciados por labios humanos en un esfuerzo inútil para identificar las realidades que ellos representaban.

Las realidades de los Grandes Diablos esparcidas por el espacio exterior, que venían a reinar sobre la Tierra, antes que la humanidad surgiera del primitivo cieno, acatando el mandato, para servir y cooperar en sus deseos. El hombre estaba creado para adorar y obedecer a los Grandes Diablos, quienes concedían el don de la vida. Existían pruebas de ese vínculo, pruebas en las leyendas de todos los pueblos, recientemente resucitadas por las teorías de Velikovsky sobre los «astronautas» de otros planetas y las «carrozas de los dioses» de Van Daniken —símbolos de los viajes de los Grandes Diablos a través del espacio y del tiempo.

Incluso quedaban algunas pruebas materiales, y todavía podían encontrarse. Estaban en la sabiduría y en el mandato de los maestros inmortales, a quienes erigieron templos los hombres en la Atlántida, Lemuria y Mu. En las torres desaparecidas en la prehistoria y en la bíblica torre de Babel, destruida por el diluvio.

Fue el diluvio, producto del cataclismo, que había fraccionado y sumergido continentes, a causa de temblores producidos por el paso de enormes cometas, quien derribó los templos de los Grandes Diablos. Quedaron enterrados bajo el peso aplastante de los océanos o las masas montañosas del hielo polar.

De alguna forma, una pequeñísima parte de la humanidad sobrevivió. Sobrevivió miserablemente durante épocas interminables de movimientos glaciales y evolucionando sólo gradualmente hasta una apariencia de civilización. Pero entre las culturas nuevas, se

conservaron algunas de las antiguas como mitos, falseadas para formar las bases de las religiones nacientes. Algunos de los conocimientos también se conservaron por su vinculación con las construcciones de Stonehenge y Zimbabwe, los templos mayas, Angkor Wat y la Gran Pirámide.

Pero todo esto fue manipulado por los nuevos dirigentes religiosos en favor de sus propios fines. Negaron la existencia de los Grandes Diablos, enmascarando su recuerdo bajo el disfraz de demonios —Ahriman, Set, Baal, Satán.

Mas no pudieron enmascarar el recuerdo racial, que todavía surgía en los sueños de los hombres y en sus expresiones artísticas. Siempre el inconsciente colectivo ha conservado un indicio de la verdad y existe incluso ahora. ¿Qué es la astrología sino una muestra simbólica de la influencia de las estrellas? Las estrellas de las que vinieron los Grandes Diablos para regir nuestros destinos.

La clase religiosa dirigente siempre ha pretendido desacreditar la verdad, rechazando este conocimiento como algo pernicioso. El hombre cayó, dicen, porque hizo algo que estaba prohibido. Y fueron sus dioses, en singular o en plural, quienes enviaron diluvios o cataclismos como castigo. Siempre, los hombres que hablan, en nombre de sí mismos y de sus dioses, afirman que poseen toda la sabiduría.

Por eso, las sectas y los cismas, las guerras y las conquistas, las divisiones dentro de las naciones, la rivalidad de doctrinas, nacen en el fuego y la sangre, llevando a la destrucción de muchos para que unos pocos puedan dirigir.

Todavía quedan personas llenas de fe. Siempre han habido unos pocos elegidos, los iniciados no engañados por las deformaciones y los fraudes de sus maestros mortales. Ellos recuerdan a los Grandes Diablos.

Y los Grandes Diablos los recuerdan a ellos.

Porque no han muerto. Unos seres capaces de atravesar la inmensidad del espacio, son inmortales. Podrán estar sepultados debajo de titánicas inmensidades de hielo o encerrados en grandes ciudadelas bajo el oleaje del mar. Sepultados pero aún conscientes. Durmiendo durante evos, que para ellos sólo significan instantes. Agitándose en su letargo para enviar los sueños. Sueños que invaden las mentes de los no creyentes a guisa de pesadillas, pero que a los creyentes les ofrecen una nueva religión, una nueva esperanza de que un día, cuando los Grandes Diablos despierten, volverán a reinar.

Enterrado en R'lyeh, el Gran Cthulhu yace esperando, esperando el momento en que las estrellas sean propicias y recobre el poder para liberarse. Ese momento está muy próximo y el poder se conserva potencialmente, depositado en escritos secretos que los fieles han guardado a través de los años. Es ese poder, ese conocimiento, el que se expresaba en la Sabiduría Sideral.

—Os traigo noticias —entonó el Reverendo Nye—. La abrumadora espera llega a su fin. Las constelaciones se agrupan en su curso cósmico. El terremoto del pasado mes fue una muestra de lo que está decretado. Las fuerzas establecen un paso hacia el futuro. Pronto las montañas serán como motas de polvo, las barreras glaciales desaparecerán, el mar entregará sus secretos.

»Muchos se perderán. Los sacerdotes de falsas religiones y los falsos profetas, a quienes los hombres llaman científicos, junto con todos sus seguidores. Serán tiempos espantosos para ellos, amigos míos; y tiempos de triunfo para nosotros. Aquellos que crean, sobrevivirán.

Mientras hablaba, sus manos enguantadas se alzaban gesticulando.

»Para algunos, sé que esto parecerá totalmente absurdo. Para otros es una blasfemia, o tal vez una estúpida superstición. Y os preguntaréis, ¿quién es este charlatán?

La modulación de su voz cambió bruscamente.

»O quizá diréis ¿quién es este y qué es toda esa palabrería que nos está colocando? Amigo, ya tenemos demasiados sufrimientos, no queremos saber qué va a ocurrir.

El Reverendo Nye sonrió y se encogió de hombros.

»Bueno, de cualquier modo que la expreséis, una duda es una duda. Te pone en el camino de la verdad y puede ser disipada.

»Así que ahora es el momento de la verdad.»

Mientras hablaba, sus manos se escondieron tras el atril, y aparecieron nuevamente, sosteniendo una caja o cofre.

Kay miró fijamente el objeto rectangular. Tendría aproximadamente treinta centímetros por cuatro y una profundidad también de unos cuatro centímetros. Estaba hecho de un metal amarillento, deslustrado por el tiempo. La superficie exterior presentaba unos grabados de figuras contorsionadas, apenas visibles entre las sombras. Y la tapa parecía profusamente cincelada.

El Reverendo Nye, colocó la caja sobre el atril. Se oyó el murmullo de la gente, y después el silencio. Kay se sentía ansiosa y expectante. Del calor de la multitud apiñada surgió un escalofrío, un indicio de temor. Una vez más, todo parecía nublarse.

Entonces, el Reverendo Nye presionó la caja por un extremo, la tapa se abrió de golpe y arrojó entre las sombras una lanza de luz, de una luz vibrante y deslumbradora, procedente del interior de la caja de metal.

El rostro de Nye se bañó con su resplandor. Sus brazos se extendieron y su voz se elevó.

—¡He aquí el obsequio de los Grandes Diablos, que surge del mar al igual que ellos lo hacen! ¡He aquí el don de la verdad, enviado desde las estrellas para daros la libertad!

Inclinó la caja hacia delante para mostrar la fuente de luz del interior. Era un enorme cristal, sujeto por barras horizontales de metal. Su superficie tallada en facetas, despedía un brillo luminoso hacia los ojos de la audiencia.

Kay trató de apartar la mirada de aquel resplandor deslumbrante, pero no había escape; el fulgor intenso magnetizaba la vista. La luz estaba omnipresente y la voz también.

Esa voz que formaba parte de la luz y esa luz que formaba parte de la voz, y todo formaba parte de un sueño. Y dentro del sueño Kay se sentía fragmentada, fragmentada en facetas como el cristal. Una parte de ella miraba y una parte de ella escuchaba, y todavía otra parte, participaba de lo que veía y escuchaba.

Porque la voz ahora cantaba, cantaba en una extraña lengua, que conseguía una extraña respuesta de la multitud bajo la plataforma. Profundos gruñidos guturales se mezclaban con un ruido zumbante, que después se convirtió en unos chillidos y sonidos silbantes que no se semejaban en nada a la voz humana o al habla humana. Sin embargo, de alguna forma a ella le parecía percibir el significado de las palabras, si se podían llamar palabras. En realidad, era como una voz oída en sueños, una voz resonando en el cráneo de un durmiente. Y a pesar de su extrañeza era familiar; a pesar del espanto, imponía una atención total, y el poder que proclamaba sostenía la promesa de confianza. *No escuchéis las palabras, sino su significado. Abrid los ojos a la verdad. Abandonad el miedo por la esperanza. Más allá de lo desconocido está el entendimiento.*

Y dentro de la pesadilla, dentro del sueño, dentro de la realidad, Kay oía la voz, exhortando a los creyentes a seguirla. A seguirla y ser purificados con la luz eterna del cristal. A seguirla y ser curados de las penas y los sufrimientos por el poder de la verdad.

Se produjo un murmullo y una agitación; las figuras se levantaron de las sombras, dirigiéndose hacia la plataforma, bajo el cristal del atril. La voz invitaba al inválido, al cojo y al ciego, los atraía la radiación. Cojeando y andando a tientas, lentamente, llegaban hasta el atril. Uno a uno, tras el flujo de rayos, avanzaban para ser bañados por el sonido y el resplandor. Luego volvían caminando erguidos, con los ojos abiertos, mientras la multitud se regocijaba y se exaltaba con la...

—¡Vamos, salgamos de aquí!

Alguien zarandeaba a Kay en el hombro y ella abrió los ojos. Curiosamente, creía haber tenido los ojos abiertos todo el rato; pero ahora, al parpadear vio a Al Bedard ante ella, mirándola ansiosamente.

El murmuró algo más, pero ella no pudo entender sus palabras; se perdían entre los gritos y los quejidos de los que la rodeaban. Y por todas partes surgían los cánticos y la luz verdosa del cristal de la caja.

Bedard la cogió del brazo y le ayudó a levantarse. Mientras se apartaban del clamor de la gente, Kay dirigió la última mirada a las caras bañadas en la luz del cristal: caras pálidas, morenas, amarillentas, con barba, caras con ojos de pupilas fijas y bocas abiertas. Sollozaban, jadeaban y la acosaban con sus ecos en el éxtasis, mientras Bedard la conducía fuera de la habitación, hacia la tranquila oscuridad de la calle desierta.

Todavía no había despertado del todo. En algunos momentos la sensación de niebla volvía. El ruido del motor, al ponerse en marcha, la hizo volver en sí, y se encontró sentada al lado de Al Bedard.

El coche arrancó, dio la vuelta y se dirigió al norte de la calle Normandie.

Bedard fue hablándole todo el rato, diciéndole que dejara de preocuparse, manteniéndose cerca. Ella trató de concentrarse en lo que le decía.

—¡Un hipnotizador, eso es lo que es! ¡Un maldito hipnotizador! Recuerdo que cuando era chico, mis padres me llevaron a ver a la hermana Aimee, a su templo. Usaba un órgano y señales luminosas, pero ella también sabía hacer que funcionasen...

Una hipnosis colectiva. Esa era la respuesta, se dijo Kay. Bedard seguía hablando.

—...una falsa alucinación producida por medio del cristal. Debí conectar una batería a la luz, detrás de la caja.

Muy probable. Kay asintió, satisfecha por la explicación racional.

—Todas esas curaciones son la misma cosa: reunir un montón de gente con temores histéricos y hacer que reaccionen de forma histérica. Por supuesto, también podía haber personas que estuvieran de acuerdo con él entre la audiencia. Cualquiera que haya sido su artimaña, apostaría, sin duda, que ha engatusado a una buena colección. ¿Te fijaste en esos chicos? La mitad de ellos estaban petrificados y fuera de sí. Y ese maldito incienso olía como el hachís. Los preparó para un verdadero viaje.

Kay asintió otra vez. Eso tenía sentido, justo lo que deseaba desesperadamente. Las drogas podían explicar la reacción de la audiencia y también su propio comportamiento. Se esforzaba por recordar lo que había visto y oído, como si estuviera andando a tientas entre los recuerdos borrosos de un sueño. Y poco a poco, llegaba en destellos, en facetas, como las facetas del cristal. *Ojos fijos. Bocas gritando. Jóvenes caras blancas, negras, marrones y amarillas.*

Pero había algo más, algo importante, algo que sabía que debía recordar, retrocediendo en la niebla a los cánticos y a la habitación. Una visión que no concordaba con los demás, con los jóvenes.

Entonces llegó.

Cuando se levantó para salir, vio la cara. La cara entre las sombras del final del pasillo; una cara que no era joven.

Era la cara de un hombre que decía llamarse Ben Powers.

Después que Bedard la dejó en el apartamento, Kay tomó una de sus pequeñas píldoras rojas.

Normalmente evitaba tomarlas. De hecho, las había escondido en el estante superior del armario de las medicinas, con objeto de alejar la tentación. *Demonios rojos, acechan tras de mí.* Pero había veces que el sueño se negaba a aparecer, y entonces era necesario buscarlo en forma de cápsula. Todas las modelos que conocía Kay, hacían lo mismo. Todas eran Bellas Durmientes, cuya existencia dependía de un fresco despertar, tras un largo descanso. Sin sueño, la belleza se desvanecía, y las señales evidentes del cansancio eran captadas por la cámara. La cámara era el Príncipe Encantador de hoy, despertando a la moderna Bella Durmiente, con un clic en lugar de un beso.

La noche anterior se había enfrentado al problema del insomnio sin solución química y sin éxito. Una repetición de las preguntas que no tenían respuesta. De todas las preguntas. *¿Quién era el hombre que la perseguía y por qué? ¿Quién era el Reverendo Nye y qué quería?*

Kay tomó la pastilla y todas las preguntas se esfumaron. Se esfumaron en la oscuridad del dormitorio, en la profunda oscuridad de su caída en el olvido, la pócima que calmaba las penas, la pequeña muerte.

Pero en su sueño, todavía la perseguía no un hombre que decía llamarse Ben Powers, sino un irlandés loco llamado O'Blivion. Veía cómo el Reverendo Nye le acercaba la poción, la poción, la paz y el olvido. Recordó el canto persistente respondiendo en la profunda oscuridad. *No está muerto lo que puede yacer eternamente. Y con los extraños eones incluso la muerte puede morir.*

Ahora sabía lo que significaba. Quería decir que Albert no estaba muerto. Tan sólo estaba dormido, al igual que dormía ella, descansando bajo las aguas agitadas, hasta que la muerte muriese. Entonces podría salir. Un demonio rojo surgiendo de las profundidades del mar azul, mientras los Grandes Diablos se liberaban de sus sepulcros de piedra y de las tumbas heladas, para reclamar sus derechos. Sus ojos la miraban, millones de ojos abiertos, para lanzar en una mirada sus anhelos; millones de bocas abiertas, para calmar esos anhelos; millones de tentáculos buscando a tientas cómo agarrarla, cómo acercarla a sus ojos ansiosos, y a sus grandes fauces, y mientras el cántico se alzaba un grito estalló en ella.

Se incorporó abriendo los ojos a la luz de la mañana.

No necesitaba ningún espejo para saber que no había descansado. Una mirada al despertador, que había olvidado poner en hora, fue suficiente para proporcionarle la información que requería.

Las diez en punto. Había dormido demasiado, pero eso no era bueno. Quería decir que la agencia ya estaría abierta y no podría decirle a Max que cancelara su cita con el Reverendo Nye.

Kay pensó en ello mientras se bañaba, se vestía y preparaba el desayuno. Max necesitaría una buena excusa para anular la cita, pero ¿qué podía decirle ella? Realmente no podía decirle la verdad, la verdad era sólo un sueño.

¿O no lo era?

Una cosa era cierta: su visión, la noche anterior, del hombre que pretendió ser Ben Powers. Pero eso no le importaba a Max. Esa información concreta debía pasársela a Danton Heisinger.

Quizás era mejor que hablase primero con él. Y mientras tanto, podía pensar qué decirle a Max. Tal vez a Heisinger se le ocurriría algo, algo que pudiera usar para salir del apuro.

Pero en aquel momento, la primera cosa que debía hacer era telefonear.

Tomó el auricular y marcó el número del banco, pero sin ningún resultado. La línea estaba silenciosa. Probó de nuevo, y entonces advirtió que la línea estaba muerta. ¡Pero no podía ser! *No está muerto aquel que eternamente puede yacer...*

Colgó el teléfono, e hizo un gesto de extrañeza. Allí, a la luz del sol, el sueño se disolvía. El pánico no era una respuesta de acuerdo con la realidad. Debía salir al vestíbulo y ver si el vecino estaba en casa, y le permitía usar su teléfono, para llamar al servicio de reparaciones. No era el fin del mundo; las líneas se estropeaban todos los días. Ya era hora de olvidar el *sehtik* paranoide y comportarse coherentemente.

Kay se levantó y cruzó la puerta de la sala, justo en el momento sonó la llamada.

- ¿Sí? — preguntó —. ¿Diga?
- Teléfonos del Pacífico. Su línea no funciona.
- ¿Cómo lo sabe?
- La patrona telefoncó para avisarlo. ¿Le importa que lo revise?
- De acuerdo.

Kay abrió la puerta al mecánico. Y el extraño hombre que decía llamarse Ben Powers entró en la habitación.

No hubo ninguna forma de evitarlo; Kay sólo pudo retroceder cuando él cerró la puerta y corrió el pestillo.

- No tenga miedo — dijo él.
- Eso intento.

Consiguió mantener la voz firme, mientras dirigía la mirada al equipo de reparación, que sostenía con la mano izquierda. ¿O no era un equipo de reparación?

Entonces avanzó hasta la mesa del tresillo y colocó la abultada bolsa sobre ella. Kay dio un paso atrás, preguntándose si podría escapar de allí, correr hasta el baño y cerrar la puerta. El extraño levantó la vista y negó con la cabeza.

- No se mueva — dijo abriendo la bolsa —. Tengo algo para usted.

Su mano se hundió en el bolso y Kay respiró profundamente, preparada para lanzar un grito cuando sacara el cuchillo.

Pero no era un cuchillo.

En lugar de eso, la mano salió sosteniendo un libro de bolsillo. Kay no logró leer el título; todo lo que alcanzó a ver, fue un destacado letrero sobre el lomo, que revelaba el nombre de su autor.

- H. P. Lovecraft — murmuró Kay.
- Así es.

El extraño le alcanzó el libro.

- Léalo.
 - ¿Por qué he de hacerlo?
 - Porque es importante para que pueda entender lo que está sucediendo.
- Colocó el libro en la mano de ella.
- Léalo.

Kay negó con la cabeza.

— Las respuestas que necesito no están en un libro. ¿Quién es usted? ¿Qué quiere? ¿Mató usted a Ben Powers?

El intruso sonrió irónicamente.

— Hizo las preguntas correctas, pero en orden equivocado. Primeramente, yo no tengo nada que ver con la muerte de Ben Powers. Sufrió un ataque al corazón y puede comprobarlo si no me cree. Supongo que ya se imaginará el resto. Usé el nombre de Ben Powers para llegar hasta usted, para averiguar qué sabía sobre su difunto esposo y su

posible implicación en este asunto.

—¿Cómo supo que mi teléfono estaba estropeado?

—Porque yo corté la línea.

El extraño alzó la mano para acallar la respuesta de Kay.

—Me figuré que podría actuar precipitadamente, cancelando su cita para la sesión o hablando con el director del banco.

—¿Por qué no podía hacerlo?

—Hablares más tarde de ello. Después de que haya leído el libro.

Kay dudó.

—Todavía no me ha dicho quién es usted.

—Mi nombre es Mike Miller. Pero eso no es importante.

Podía haberlo dicho al principio. ¿Por qué tanto secreto?

—Medidas de seguridad.

—¿Es usted agente del gobierno?

—No oficialmente.

Kay lo miró con fijeza.

—Oiga Miller, si ése es su verdadero nombre. Admita que me ha estado mintiendo todo el rato. Y no existe ninguna prueba de que ahora me esté diciendo la verdad. ¿Por qué tengo que creerle?

—Me da lo mismo que me crea o que no. Lea el libro.

Levantando la bolsa, dio vuelta y se dirigió hacia la puerta.

Miró a Kay mientras descorría el cerrojo.

—No pierda tiempo. Volveré esta tarde. Tendrá conectado el teléfono después de que hablemos.

Entonces se fue.

Kay se quedó mirando la puerta cerrada. Esperó el tiempo necesario para que él hubiera podido salir a la calle. Luego se acercó a la ventana y miró hacia abajo. Para su tranquilidad, reconoció el coche desapareciendo junto al bordillo y también pudo alcanzar a verlo a él al volante. Al menos era verdad que se iba. Y ahora, si actuaba rápidamente...

Kay se volvió, tirando el libro sobre la mesa, fue hasta el armario. Cogió el bolso de la estantería y se dirigió a la puerta. La abrió y atravesó el umbral.

Un hombre se interpuso en su camino.

No pudo ver su cara en el oscuro vestíbulo, pero no importaba. Toda su atención se centró en una pequeña automática, que de golpe pareció materializarse en la mano derecha de aquel hombre.

—Perdone, señora —dijo suavemente.

Kay retrocedió cerrando la puerta en sus narices. Corrió el cerrojo y, dándose vuelta, dejó el bolso sobre la mesa. Tomó el libro, *El Horror de Dunwich y Otras Historias*. Si no había más remedio que leer, era mejor relajarse y entretenerse.

Sentada en el sofá, miró su reloj. Las once.

Entonces abrió el libro.

La vez siguiente que miró el reloj, eran las dos de la tarde y alguien llamaba a la puerta.

—¿Ha leído el libro? —preguntó Mike Miller.

Kay asintió.

—Desde el principio hasta el fin.

—¿Y?

—Era todo un escritor, si es a lo que se refiere. Francamente, a mí nunca me interesó la fantasía.

—Ni a mí.

—Entonces, ¿qué pasa?

—Suponga que Lovecraft no era un escritor de fantasía.

Kay frunció el ceño.

—No esperará que me crea esas historias, ¿verdad? Ahora entiendo por qué quería que lo leyera. De aquí sacó el Reverendo Nye todo ese rito absurdo. Copió hasta el nombre, la Sabiduría Sideral, de uno de los cuentos de Lovecraft.

—*El Frecuentador de la Oscuridad*.

—Sí. Y de ahí extrajo la idea de ese artilugio de cristal que montó. Lovecraft lo llamaba el Trapezohedro Brillante ¿no? Nye se adaptó a la descripción del relato.

—Muy ingenioso, ¿verdad? —dijo Mike Miller.

—Mucho. Engañó a toda esa gente, no cabe duda.

—Y usted, ¿cómo reaccionó?

—¿Yo?

—La miré durante la ceremonia. No aparté los ojos del cristal.

Kay se encogió de hombros.

—Claro, aquello era una hipnosis colectiva.

—¿Y qué es una hipnosis colectiva?

—Bueno, ya sabe —dijo Kay—. Es como esos trucos de los indios. El mago que enloquece a la gente, haciéndoles ver cosas que no existen.

—¿Cómo?

Kay gesticuló impacientemente.

—No me pregunte. No soy psicóloga.

—Exactamente —sonrió Mike Miller—. Los psicólogos rechazan esas ideas absurdas de la hipnosis colectiva. Saben que los magos pueden usar artilugios y dispositivos mecánicos para crear ilusiones. Pero también saben que ninguna persona puede hipnotizar a todo un grupo. Siempre se transmite uno a uno. Hay gente que, por varias razones, son especialmente susceptibles a la sugestión. Si están en una audiencia donde un sujeto ha sido hipnotizado, pueden reaccionar de la misma forma. Pero eso son excepciones y responden sólo como individuos. No existen cosas como la hipnosis colectiva.

—Entonces, ¿qué ocurrió en la Sabiduría Sideral la noche pasada?

—Algo que los psicólogos no pueden explicar.

—¿No pudo haber usado impostores, falsos lisiados que fingían ser curados?

—Es posible. Pero ¿qué hay del fenómeno? ¿Qué hay de aquella niebla, que parecía atraparte en un sueño? La sintió ¿verdad?

—Sí.

Kay frunció el ceño.

—Pero, ¿por qué no le afectó a usted?

—Porque estaba preparado para lo que iba a ver. Había leído a Lovecraft y sabía lo que tenía que esperar.

—¿Me está diciendo que el Reverendo Nye utilizó el auténtico Trapezohedro Brillante? ¿Que lo que Lovecraft describió era verdad?

—No era. Es.

—Y todo ese asunto extravagante de los Grandes Diablos ¿también es real? —dijo Kay frunciendo el ceño—. No lo creo.

—¿No lo cree o no quiere creerlo?

—¿Se está burlando de mí?

—Usted misma se está burlando de usted.

Mike Miller se levantó, caminando mientras hablaba.

—No la culpo por eso. Muchos de nosotros tratamos de evitar cualquier verdad que nos disguste. Sabemos que está allí, pero no queremos mirarla de frente, y si no lo vemos no lo creemos.

»Estamos dispuestos a admitir que comemos carne, pero no queremos pensar en más. No queremos entrar en un matadero y ver como matan a los animales, para satisfacer nuestro apetito.

»Aceptamos que existe la locura, la enfermedad y la muerte, pero evitamos hablar o pensar sobre tales cosas. Nos mantenemos apartados de los asilos y hospitales, y hay millones de personas que no acuden nunca a los funerales.

»Estamos condicionados a apartarnos de cualquier cosa que pueda molestarnos ligeramente. Tampoco escuchamos «los problemas de otra gente» o «las quejas». Existe una escuela de pensamiento, que rechaza lo que llaman «pensamientos negativos», incluyendo la crítica del *status quo*. El rechazo de las preocupaciones prevalece.

—¿Y qué más? —murmuró Kay.

—Perdone.

Miller se detuvo, sonriendo tímidamente.

—Sé que estoy obsesionado con todo eso. Pero me angustia ver como volvemos las espaldas a cualquier cosa que pueda molestarnos. Apagamos nuestras propias voces con sonidos estereofónicos, ahogándolas con drogas... —Respiró profundamente—. Tampoco se gana nada haciendo discursos. Quizás esa sea la forma en que yo me evado de la realidad.

—Me parece que la idea que tiene usted de la realidad es bastante fantástica —dijo

Kay—. Según usted, alguien que escribió, para publicaciones sensacionalistas, hace más de cincuenta años, estaba realmente revelando secretos de la creación, a un penique la palabra. Que un falso líder de una secta está usando esos secretos para completar su colección de mentiras.

—¿Cree usted que eso es todo lo que hace?

—¿Qué más puede hacer?

—Eso es lo que usted debería descubrir.

—¿Por qué yo?

—Porque es la única que tiene posibilidad de observar lo que ocurre detrás de los escenarios.

—Yo pensaba que ustedes, los agentes de seguridad, tenían gente especializada en ese tipo de cosas.

—La tenemos. Ultimamente, hemos intentado, dos veces, llevar a cabo una operación dentro del grupo de Nye. La primera vez un negro, y la segunda un chicano, se hicieron pasar por miembros de la secta.

—¿Qué ocurrió?

—Eso quisiéramos saber. Han desaparecido.

Kay miraba a Mike Miller.

—¿Y usted espera que yo corra el mismo riesgo?

—Con usted no sería lo mismo. Tiene una entrada justificada. Y no fue a buscar a Nye, sino que Nye la buscó a usted.

—¿Qué es lo que le hace pensar que podría encontrar algo si accediera a hacerlo?

—No digo que lo encuentre. Pero, al menos, existe una posibilidad. Por una parte queremos averiguar dónde tiene Nye su cuartel general.

—¿No vive en el piso sobre el templo?

—Eso es sólo una fachada. Nuestra gente consiguió darnos algunos informes antes que los perdiéramos de vista. Nye los estaba adoctrinando; es decir, les iba a dar un puesto especial para la admisión dentro de las órdenes superiores de la secta, cuando llegaran a ser merecedores de ello. Desde que desaparecieron, hemos vigilado el templo, esperando que Nye saliera. Lo hizo una vez, la semana pasada, y lo seguimos.

—¿A dónde?

—A un edificio de oficinas en el centro de la ciudad, que tenía un aparcamiento subterráneo. Allí cambió de coche o consiguió escabullirse por el mismo edificio. De cualquier forma, lo perdimos.

—¿No se les ocurrió ir allá y atacar el templo por sorpresa?

—Por supuesto que lo pensamos. —La voz de Miller era áspera—. Cuando desapareció nuestra gente, estuve a punto de hacer eso precisamente. Pero es el último recurso. Si entrásemos allí, perderíamos nuestra posición. Y a menos que consiguiéramos hacer confesar a Nye o a algunos de sus seguidores, estaríamos igual que al principio. Tengo la corazonada de que no hay forma de hacer hablar a ninguno.

—Pero he leído que existen técnicas nuevas para hacer lavados de cerebro. Si

capturaran un par de jóvenes del grupo y los desprogramaran...

—Mire. No estamos tratando con fanáticos religiosos corrientes. El hombre con el que nos enfrentamos tiene sus propias formas y métodos para controlar sus secretos. Tiene que hacerlo porque está jugando con intereses importantes.

Kay levantó la vista.

—Si está tan seguro de eso, debe tener alguna idea de lo que realmente está pasando.

Mike Miller asintió.

—Por eso quería que leyera los cuentos. ¿Recuerda lo que escribió Lovecraft sobre el mensajero de los dioses? ¿Cómo aparecía en los terremotos y en las catástrofes para predecir el fin del mundo? Era un hombre negro, vestido con una túnica roja, que hablaba de ciencia, inventaba extraños aparatos y hacía demostraciones de su poder. ¿No le recuerda eso a alguien?

—Al Reverendo Nye...

—Nyarlathotep.

—Espere un momento. No me voy a tragar todo eso.

Miller negó con la cabeza.

—Claro que no. Pero hay otros que sí lo hacen. Es obvio que ese hombre tomó el nombre de Nye deliberadamente, y me imagino que a un grupo reducido, a los más devotos de sus seguidores, les dirá que es el verdadero Nyarlathotep.

—Todo ese disparate para sacar el dinero a unos cuantos tipos excéntricos.

—Quisiera que sólo fuese eso. —Mike Miller recuperó la calma—. Pero, que nosotros sepamos, las personas de ese grupo no tienen dinero. La mayoría son jóvenes del *barrio*¹³ y del ghetto de negros, aficionados a las drogas.

—Pues si no busca su dinero, ¿qué quiere?

—Poder. —Los ojos de Miller se entrecerraron—. ¿Alguna vez oyó hablar del Jeque al-Jebal?

—¿De quién?

—El Viejo Hombre de las Montañas. En los tiempos de las Cruzadas, construyó una fortaleza llamada Alamut. Nadie se atrevía a tocarlo, ni siquiera los ejércitos de cruzados o de sarracenos. Le pagaban un tributo y obedecían sus ordenes, porque tenía poder. El poder de la vida y la muerte. Quizá no haya oído hablar de él, pero el nombre de sus seguidores ha llegado a través de la historia. Los llamaban *Assassin*¹⁴.

»La palabra viene del árabe, *Hashshashin*, y tiene el mismo origen que la palabra hashish, porque en eso era lo que estaban metidos. El jeque reclutaba jóvenes, los drogaba con hachís, y les decía que les concedería la vida eterna si obedecían sus órdenes. Entonces les daba una prueba de ello.

»Tras una sesión de droga, cuando perdían el conocimiento, los llevaba a su jardín secreto, en la cima de la montaña. Al despertar allí, creían estar en el paraíso. Les tendía una trampa psicológica con musica, luces, perfumes, ricos manjares, bebidas, y un haren

13 N. del T.: En castellano en el original.

14 N. del T.: En castellano, asesinos.

de bellas jóvenes y muchachos jóvenes. Cuando volvían de su viaje, habían caído en la trampa. Aquello era solo una muestra, pero si seguían sus órdenes, podría ser suyo para siempre, incluso después de la muerte.

»Los que creían se convertían en *fedais*, los creyentes, y se les entrenaba en todos los metodos secretos para asesinar. Despues los enviaba a matar, introduciéndolos en los séquitos o en los campos militares, para estrangular o apuñalar, en plena noche, a las víctimas escogidas.

»Créame, funcionaba. Funcionaba tan bien que cientos de líderes y oficiales murieron, y otros miles pagaron el tributo para salvar sus vidas. Funcionó entonces, y todavía hoy funciona.»

—¿Qué tiene que ver todo eso con Nye? —dijo Kay.

—No estamos seguros de que sea Nye. Pero alguien está utilizando sus tácticas. Actividades terroristas. Si supiera cuánta gente importante ha sido atacada en los últimos meses...

—¿Cómo es posible que no lo sepa? Leo los periódicos.

—No aparece en los periódicos. Si apareciese, el pánico cundiría en las calles. —Mike Miller frunció el entrecejo—. Tenemos que consolidar nuestras sospechas sobre Nye con pruebas bien fundadas; y hacerlo rápidamente. No hay que caer en imputarle falsos cargos. Necesitamos descubrir qué hay detrás de todo esto, ver si hay alguien por encima dirigiendo la operación. Eso es lo más importante.

—Quizá para usted, pero no para mí —comentó Kay, encogiéndose de hombros—. No tan importante como para poner mi vida en peligro.

—Yo creo que sí lo es.

—Déme una buena razón.

—Muy bien.

Miller la miró fijamente.

—Creo que una de sus víctimas fue su ex marido, Albert Keith.

El teléfono de Kay sonó exactamente a las tres en punto. Con un sobresalto miró a Miller sin saber qué hacer.

—Le prometí que estaría arreglada la línea —dijo—. Vaya y atienda la llamada.

—¿Y si es Nye?

—Ya sabe lo que debe decir.

Kay dudó, preguntándose si Miller le habría dicho la verdad. O toda la verdad. Entonces, como el teléfono sonaba imperativamente, levantó el receptor.

—¿Señora Keith?

—Sí.

—Buenas tardes. Soy el Reverendo Nye.

Kay hizo un gesto afirmativo a Miller y esbozó silenciosamente el nombre del interlocutor. Después escuchó.

Miller la miraba, incapaz de interpretar sus ocasionales respuestas monosilábicas. Cuando por último colgó el teléfono, él hizo un gesto de impaciencia.

— ¿Bien?

— Quería fijar una sesión de fotografía con Bedard para esta noche. He aceptado.

— ¿A qué hora?

— Siete y media.

— ¿Dónde?

— Supongo que es su casa. La dirección es el cuatrocientos de Lampton Drive.

— No lo había oído nunca.

— Dice que está por la carretera de la costa del Pacífico. Al norte de Malibú.

Mike Miller frunció el ceño.

— Para un hombre que cuida sus pasos como Nye, es una negligencia dar la dirección de su casa. O eso, o está muy seguro de sí mismo.

Miller tomó el teléfono.

— Vamos a ver qué podemos descubrir.

Marcó un número y esperó.

— Diez y ocho —dijo—. En demanda de información. Descripción de la propiedad correspondiente a una dirección. Cuatrocientos de Lampton Drive, zona de Malibú.

Ahora era el turno de Kay de mirar como esperaba. Luego escuchó su breve afirmación. Cuando colgó el teléfono se volvió hacia ella asintiendo con la cabeza.

— Justo lo que me figuraba. No vive allí.

— ¿Cómo lo sabe?

— Porque en el cuatrocientos de Lampton Drive no hay ninguna casa. Es un museo privado.

— ¿Un museo?

— Como el de Getty, unas cuantas millas al sur. Pero éste es de otra clase. Fue construido por algo llamado Fundación Probilski. Y se supone que no se inaugura oficialmente hasta el mes que viene.

— No lo entiendo.

— Obviamente Nye ha elegido ese lugar como punto de encuentro. Usted llegará allí y él la recogerá, conduciéndola a otro sitio.

Miller se adelantó a la reacción de Kay con una sonrisa tranquilizadora.

— No se preocupe. Esta vez no lo vamos a perder. Colocaremos un cinturón de seguridad, delimitando ambos extremos de la calle. Si hay una salida trasera, también será cubierta. En caso de que la conduzca a otro sitio, la seguiremos. No estará sola.

— ¿Bedard? —dijo Kay, negando con la cabeza—. ¿Qué le hace pensar que podría ser de ayuda en algo como esto?

— Bedard no estará con usted.

— Pero...

— Ya he hablado con Max Colbin. Le dije lo justo para asegurarme de que tendrá la boca cerrada y cooperará. Está de acuerdo en dejarme reemplazar a Al Bedard por uno de

los nuestros. Fred Elstree, creo que ya lo conoce.

—¿Dónde?

—Aquí, en el vestíbulo, lo encontró usted justo después de que me marchara esta mañana. —Mike Miller señaló hacia la puerta principal—. No se preocupe; no es un fotógrafo profesional, pero sabe lo suficiente de cámaras para simular una sesión. Si algo se presenta, sabrá cómo manejarlo. Pero no preveo ningún problema. Todo lo que tiene que hacer usted es mantener los ojos y los oídos abiertos, mostrarse amable con Nye, averiguando lo que pueda sobre su operación.

—¿Eso es todo? —murmuró Kay—. Ser una buena chica, caminar derecha por la pasarela y no olvidar sonreír amablemente a la cámara.

Lo miró con furia.

—¿Desea que haga alguna otra cosa?

—Sí.

Mike Miller asintió gravemente.

—Quiero que recuerde a Albert Keith.

Era difícil para Kay darse cuenta de que sólo habían pasado veinticuatro horas, desde su visita al Templo de la Sabiduría Sideral con Al Bedard.

En cierto modo, la excursión de aquella noche casi era una repetición de su experiencia de la noche anterior. Casi, pero no del todo. Ahora el coche se dirigía al oeste de Santa Mónica, a la carretera de la costa del Pacífico, y Fred Elstree era quien conducía.

Kay se sentía agradecida por su presencia, agradecida porque estuviera despierto, alerta y armado. Su gratitud aumentaba las diferencias entre aquel viaje y el anterior. Entonces solamente sentía curiosidad por el lugar a que se dirigía y por lo que iba a encontrar allí. Ahora estaba asustada.

El consejo de Miller de recordar a Albert Keith, no era ninguna ayuda; en cierto modo, ponía peor las cosas. Si el Reverendo Nye tenía alguna responsabilidad en la muerte de Keith, ¿qué tranquilidad iba a sentir al saber que se aproximaba al asesino de su marido?

Trató de encontrar serenidad en el silencio de Fred Elstree. Sugería seguridad, la seguridad de un hombre que debía cumplir con su trabajo y sabía con exactitud cómo hacerlo.

Elstree conducía bien. Cuando el coche viró bruscamente por la pendiente que conducía a la carretera, los bolsos con el equipo de cámaras, colocados sobre el asiento trasero, no se desplazaron ni un ápice. Kay, de repente, se sintió totalmente segura, pensando que actuaría con la misma pericia cuando llegara el momento de manejar el equipo; probablemente interpretaría su papel de fotógrafo sin ningún tropiezo. Entonces, ¿por qué había tenido miedo?

—Niebla —dijo Fístree, mientras se dirigían hacia el norte—. ¿De dónde vendrá?

Venía del mar, por supuesto, y eso era lo que asustaba a Kay: el mar y lo que

generaba. Cosas sumergidas, agitándose bajo las aguas, deslizándose hacia la superficie, tambaleándose sobre la tierra. Cosas sumergidas, ocultas por la niebla, que se arremolinaban junto a la carretera, como si surgieran de cortinas ondeantes formadas por oscuras nubes fantasmagóricas. Cosas sumergidas. ¿Era Albert Keith una de ellas?

Kay parpadeó, al unísono con los faros delanteros, cuando Elstree amortiguó la luz y disminuyó la marcha con precaución.

—Es mejor ir con cuidado —dijo.

Kay asintió. *Sí, tómatelo con calma. Olvida a Albert Keith. El está muerto y tú estás viva. Eso es lo importante.*

El coche marchaba en dirección al norte, mientras el tráfico se diluía y la niebla se espesaba. Por la derecha asomaban altos riscos, pero no pudo ver luces en las ventanas de las casas situadas en la cumbre. Otras casas bordeaban la costa, por la izquierda, pero sus luces también se escondían tras el velo gris. El aire estaba húmedo y frío; Elstree subió el cristal de la ventanilla al notar la reacción de Kay. Pero no fue la humedad lo que le había hecho estremecerse.

—Por allí asoma —dijo él—. No debe faltar mucho.

Ella miraba a través del parabrisas, mientras recorrían el camino de curvas, junto a las cabañas de la playa. A la izquierda, un gran precipicio los separaba del mar. Allí abajo no habían casas. Nada, excepto la niebla surgiendo desde el silencioso mar en tinieblas. Y entonces, al torcer la curva, apareció un edificio al borde del despeñadero, como...

—*La Extraña Casa en la Niebla*¹⁵ —murmuró Kay.

Elstree volvió rápidamente la mirada hacia ella.

—¿Qué?

—Nada.

Y no era nada. Sólo el título de uno de los cuentos que había leído en el libro. Una de las historias de Lovecraft, sobre un anciano, en una vieja casa, que se comunicaba con los Grandes Diablos del mar.

¿Conocería Fred Elstree esas historias? Esperaba que no; mejor era que se concentrara en realizar una labor rutinaria de protección, de una forma rutinaria. Mostrando su intranquilidad podía inquietarlo a él, y ella no quería que eso ocurriese.

—¿Se encuentra bien? —preguntó él.

—Por supuesto. Una vez salgamos de esta niebla.

—Ya llegamos.

Elstree giró el volante y torcieron a la izquierda adentrándose por un estrecho camino particular. Aparcada a un lado, junto al camino, había una camioneta. No se veía a nadie en la cabina pero, al pasar, los faros delanteros se encendieron y apagaron rápidamente.

—Son de los nuestros —dijo Elstree.

Kay frunció el ceño.

—¿Sólo un coche?

15 The Strange High house in the Mist.

—Un coche significa que es la única entrada o salida. —Elstree sonrió con seguridad.

—Todo ha sido comprobado. Si existe otra salida no la conocemos. Miller lo tiene todo cubierto.

—Quizá más allá —dijo Kay.

Pero no vieron nada más; nada, excepto un lugar despejado de niebla, en la zona de aparcamiento vacía, al final del camino. Eso, y la extraña gran casa en el borde del despeñadero, al otro lado.

Una cuidadosa inspección reveló que aquello no era del todo una casa. La parte de abajo era una estructura sin ventanas que se hacía casi imperceptible, al mezclarse con el paisaje neblinoso. Sólo cuando aparcaron y bajaron del coche, Kay advirtió que el tejado tenía forma de cúpula y la entrada se alzaba sobre una hilera de peldaños. Realmente parecía un museo y, cualquier mínima duda, era disipada por la placa de bronce, adherida a la puerta de roble oscuro.

Elstree sacó del asiento trasero las dos bolsas del equipo fotográfico, cerró la puerta del coche, y se reunió con Kay. Echo una mirada a la placa.

—*Fundación Probilski* —murmuró—. Raro nombre para un museo. Suena a polaco.

Su sonrisa se desvaneció al mirar a Kay.

—Perdone. No es momento para humor étnico, ¿verdad?

Kay asintió.

—No me gusta el aspecto de este lugar.

—Bueno. Quizás esto le ayude. Hemos averiguado que la fundacion es auténtica, creada en 1974 por Donald Probilski, un petrolero de Shreveport, uno de esos mecenas. Murió hace dos años. Su viuda Elsie heredó, y administra la fundación. Averiguamos la fecha en que se compró el terreno y a quien le fue comprado, más la de la escritura y los permisos para construir el museo. Aparte de pequeños detalles, usuales en procesos organizativos, el asunto parece inmaculado. J. C. Higgins se encargó de la obra. Es una gran empresa constructora que trabaja fuera de Long Beach. El lugar será oficialmente abierto el mes próximo, con horarios de visitas cuatro días a la semana. El encargado del museo es un tipo que trabajaba en la biblioteca de la universidad de Wyoming. ¿Le hace sentirse mejor?

Había algo tranquilizador en su temperamento práctico y su forma práctica de explicar las cosas. Kay le dedicó una sonrisa de gratitud.

—Sí, gracias. Por cierto, ¿qué clase de museo es?

—Lo sabremos en un minuto.

Elstree llamó a la puerta y el timbre sonó, mientras él susurraba:

—Ahora mantenga la calma —dijo—. Recuerde, no hay por qué preocuparse.

Excepto por Albert Keith y lo que le había ocurrido.

El joven que abrió la puerta tenía un aire que le pareció familiar. A través de los años, Kay había visto miles como él, en los paseos del campus y en las calles de la ciudad,

vestidos con tejanos y chaqueta, con el cabello largo, bigote y barba. No sólo parecían similares sino que hablaban de la misma forma, usando las mismas frases, respondían uniformemente a los mismos estímulos, marchaban con el mismo ritmo, como de guitarra eléctrica. Tenían algo más en común: cada uno de ellos se jactaba de su personalidad única.

Por eso, aunque Kay pensó que podía ser el joven que estaba la noche anterior en el templo, le era difícil asegurarlo. Tal vez si le oyera hablar...

Pero él no habló, únicamente les saludó con la cabeza y les indicó que pasaran a través de un pasillo iluminado, pero desprovisto de muebles, hasta una amplia entrada doble.

Ahora no cabía la menor duda de que estaban en un museo; la atmósfera del pasillo transmitía una frialdad característica, derivada más de la arquitectura que por la temperatura misma. Las desnudas paredes de mármol y el orden estricto con que se alzaban los pilares creaba un ambiente gélido. El toque final era el eco de sus pasos sobre el suelo. Kay había oído aquel ruido en todos los museos que había visitado.

Pero una vez en la habitación de la noble puerta, la familiaridad se desvaneció. La gran sala estaba ligeramente iluminada por lámparas colgadas en paneles, que rodeaban el techo. Pero aquel techo no presentaba ningún parecido con el diseño exterior de la cúpula circular. Por el contrario, los muros, cuatro planos triangulares de piedra, se elevaban inclinándose para encontrarse en un vértice.

Ellos estaban de pie en lo que parecía ser el interior de una pirámide en miniatura. Kay miró a Elstree preguntándose si se habría dado cuenta de la semejanza.

Aparentemente sí, porque susurró sonriendo:

—Me hubiera gustado saberlo para venir vestido adecuadamente.

Ella le respondió con una sonrisa involuntaria, que se congeló al ver lo que contenía la habitación. Cualquier duda sobre su inspiración arquitectónica se desvaneció en las sombras de las cuatro paredes y en lo que allí acechaba.

Vitrinas de vidrio, montadas sobre losas de mármol, encerrando objetos que Kay apenas recordaba de su cursillo de egiptología, seguido en la universidad. Pero ahora las palabras y pinturas se convertían en realidades reconocibles.

En una de las vitrinas reposaba una gran piedra llevando el símbolo del áspid. En otra, el símbolo del fénix de la resurrección, Bennu con las alas desplegadas. Las demás contenían rollos de papiro, lápidas de bronce, urnas funerarias. En otro lugar había un modelo en miniatura de una embarcación sagrada, la que lleva los espíritus de los muertos para ser juzgados en el Más Allá. También había una representación, tamaño natural, de lo que la muerte deja atrás: cuatro canopes conteniendo el hígado, pulmones, estómago e intestinos de los difuntos. Los cuerpos, de donde fueron extraídos esos órganos, descansaban en ataúdes para momias, con los corazones todavía intactos, dormidos a través de los tiempos. Caras cuidadosamente protegidas, para que al encontrarse con los cuarenta y dos jueces de la muerte, éstos puedan reconocerlos.

Y desde las paredes triangulares, surgían grandes figuras de cobre, bronce y piedra.

Criaturas esculpidas con cuerpos humanos y cabezas de animales: los dioses de Egipto.

Apis, con la cabeza de buey, Hathor con los cuernos, Sebek, el saurio de trompa, y Horus, con el pico de halcón, se erguían orgullosos. Bast y la Madre Sekhmet, inclinadas, mostrando sus feroces colmillos; Thoth con la silueta de ibis, Anubis, con hocico de chacal, se alzaban en la luz mortecina. Tras ellos, Nekhebet, con su cabeza de buitres, miraba fijamente la gran cabeza de carnero de Amón, el cráneo de escarabajo de Khepri. Buto, el hombre serpiente, y Typhonian, el animal que descansaba sobre Set, el Señor del Mal. Por encima de todos ellos, se erguía una figura, con la túnica cubierta de plumas, empuñando el cetro *uas* y llevando la corona *atef* -Osiris, Rey de la Muerte.

Él miraba y desconfiaba.

Una figura se destacó de la oscuridad y Kay tuvo un sobresalto. Entonces, se dio cuenta de que lo que se había movido no era una estatua, sino un hombre que estaba esperando invisible entre las sombras.

—Paz y sabiduría para ustedes —dijo el Reverendo Nye.

Saludó a Kay y tendió a Fred Elstree la mano con el guante blanco.

Kay hizo las presentaciones con nerviosismo, ofreciendo una sonrisa amable a su acompañante y frunciendo el entrecejo, de forma fugaz, casi imperceptible, al dirigirse al negro. Este miró a Kay inquisitivamente.

—El señor no es el caballero que estaba con usted la noche pasada en el templo.

—No, ha tenido que marcharse a San Diego para otra sesión de fotos.

—Supongo que también estará contento con el trabajo de Fred. Cuando se trata de retratos es realmente uno de los mejores fotógrafos.

—Me alegra oírlo. Pero, ¿sabe lo que ha de hacer en este caso?

—Sí, le he puesto al corriente.

—Bien.

Nye hizo un gesto al joven de la barba.

—Ya puedes salir, Jody.

El joven permanecía inmóvil, con los ojos fijos en las estatuas de la pared.

La voz de Nye era firme.

—Jody... ¡Fuera!

La mirada vidriosa tembló y la cabeza del joven se sacudió con un movimiento rápido. Se dio la vuelta y fue hasta la puerta, deslizándose de una forma peculiar. Eso confirmó las sospechas de Kay.

Drogado. Recuerda lo que Mike Miller dijo de los Assassins.

Si Miller estaba en lo cierto en cuanto a eso, entonces quizá estuviera en lo cierto respecto a todo lo demás.

—Bueno, entonces vamos a empezar —dijo Nye—. Si quiere coger el equipo...

Mientras hablaba, fue hasta la pared del fondo y apretó el interruptor. Kay parpadeó ante la repentina inundación de luz.

Miller se equivocó al suponer que después nos trasladaríamos a otro lugar. Y puede ser que se equivocara en todo lo demás.

Por un instante, Kay se rindió ante la confusión, pero la luz le ayudó a disipar las dudas, así como las sombras. Su resplandor calentaba la habitación, transformando las siniestras estatuas en inofensivas muestras del arte escultórico. Aunque seguían siendo grotescas, no parecían amenazadoras.

Después de todo, tal vez aquel era el calificativo para toda la situación. *Grotesca, pero no amenazadora*. Todo formaba parte de la droga de Nye y el decorado para su secta. Incluso las fotos para las que iba a posar Kay, servirían de propaganda. Sólo un artificio para atraer a los ingenuos. Una vez más, el pensamiento de que todo ese montaje era teatro atravesó la mente de Kay.

Dirigió una mirada a Fred Elsrree, preguntándose qué estaría pensando, pero no pudo leer su respuesta. Ya estaba abriendo las bolsas y sacando el equipo de iluminación. Colocó los soportes de las luces y desenrolló los cables conectados con las unidades, extendiéndolos sobre el suelo hasta enchufarlos. Hacía el trabajo como un auténtico profesional y los temores de Kay se esfumaron; hizo que todo pareciera una sesión más de fotografía.

Para mayor sorpresa de ella, eso fue exactamente lo que resultó ser.

El Reverendo Nye asintió con aprobación.

—Todo listo. Excelente. Ahora, antes de que empecemos, les voy a decir por qué elegí este lugar. La señora que está a cargo de la fundación, da la casualidad de que también es miembro de la Sabiduría Sideral y ha sido tan amable de darnos su permiso. Creo que podremos usar estas estatuas como propaganda y, si no les importa, me gustaría sugerirles algunas ideas.

—Ves más allá —dijo Elstree—. Desde aquí puedo enfocar bien con la cámara.

Nye asumió la dirección, dando instrucciones en voz baja. Lo que quería, obviamente, era una serie de primeros planos de Kay. Pero cada plano, tenía como fondo una estatua distinta: Buto, con la cabeza de serpiente; Nekhebet, con cuerpo de buitre; Osiris, con su ojo que todo lo ve. De nuevo, el manejo de las luces y la composición parecían una rutina; la diferencia recaía en las instrucciones que el Reverendo daba a la modelo.

—Recuerde la otra noche —murmuró Nye—. Recuerde el aspecto de aquella pobre gente sufriendo, cuando se aproximaban al altar. Eso es lo que quiero: la intensidad, la concentración absoluta en el enigma de la existencia. Quiero que vea la razón de por qué están ahí esas estatuas, símbolos de dioses, que son, a su vez, símbolos de un mayor poder. Mire el ojo de Osiris y vea lo que él ve: el secreto de la vida y la muerte, el secreto de la eternidad. Renovación y reaparición, repitiéndose indefinidamente. En el ojo de Osiris, usted misma es solamente un reflejo y cuando el ojo se cierra, usted desaparece, para reaparecer solamente cuando él recupere la vista.

Kay oía su voz monótona al otro lado del círculo de luces, atrayéndola hacia la oscuridad. Escuchando, obedecía; obedeciendo, creía. Mientras miraba, casi pudo sentir que el ojo de Osiris le devolvía la mirada, con una conciencia propia. Y si lo entornaba, podía dejar de existir.

Silenciosamente, agradeció el sonido de aquella voz; la voz que la devolvió a la realidad.

—Hagamos unas cuantas más de perfil —dijo Elstree—. Levanta la barbilla, sólo media pulgada. Así, vamos...

Cuando por fin terminaron, Kay estaba agotada. Se sintió totalmente agradecida a Elstree cuando retiró los focos deslumbradores, y a Nye por amortiguar la luz de las lámparas de arriba. La habitación quedó de nuevo sumida en sombras. Ahora no necesitaba mirar a los dioses grotescos, ni observar el ojo de Osiris y ver su mirada en la de ella.

Elstree estaba desenchufando las conexiones, enrollando el cable, desmontando y empaquetando el equipo. Si pudieran salir de allí...

—Gracias por venir.

El Reverendo Nye los acompañó hasta la puerta.

—Pasado mañana tendré las pruebas listas —le dijo Elstree.

—Magnífico.

Nye se volvió y golpeó el plano de encima de la puerta.

—Jody... ¡Abre!

La puerta se corrió.

En la entrada estaba el joven de barba, sosteniendo algo en la mano. Al verlo Elstree buscó rápidamente en el bolsillo de la chaqueta.

Gritó algo que Kay pensó que era:

—¡Cuidado!

Pero no podía estar segura, porque su voz se dirigió hacia fuera. Y después no oyó más. El hombre de barba levantó el revólver y disparó a la cabeza de Fred Elstree.

Kay sintió el contacto frío de la piedra del suelo contra su mejilla y su primera reacción fue la sorpresa. *Yo no soy de las que se desmayan*, se dijo. Entonces recordó lo que había visto y su horror. *Pero sobrevino sin ruido. Debió utilizar un silenciador.*

Ahora sí había ruido; el murmullo bajo de unas voces. Kay abrió los ojos. Desde donde estaba echada, sobre el suelo de la sala del museo, vio al hombre de barba hablando con Nye, detrás de la puerta. No pudo oír lo que dijo aquel hombre, ni lo que contestó Nye. Pero éste asintió y, pasando junto al cuerpo de Elstree, entró en la sala. Kay se sentó, y él se dirigió hacia donde estaba, con la negra cara inmóvil, la voz inexpresiva.

—¿Está armada? —preguntó.

Kay negó con la cabeza.

Se apartó cuando él extendió la mano, pero ni siquiera la tocó. En lugar de eso, cogió el bolso que estaba en el suelo, junto a ella. Lo abrió y lo volcó para vaciar su contenido. Cayeron una polvera, unas laves, una pluma, un lápiz, sonando contra el piso. Satisfecho, dejó caer el bolso también.

Cuando Kay se levantó, apoyándose sobre el codo, Nye la ayudó a ponerse en pie.

Antes de que ella pudiera darse cuenta, sus manos enguantadas se deslizaron por su cuerpo en un registro experto.

—Me sorprende que en usted no hayan instalado ningún micrófono —dijo—. Por supuesto, no habría existido ninguna diferencia.

—¿De qué está hablando?

Nye movió la cabeza.

—No gaste saliva. Sólo dé las gracias por estar viva aún. Jody quería liquidarla como a los otros.

—¿Otros?

—Esos dos de la camioneta de fuera —dijo, asintiendo con la cabeza—. Supongo que estarían demasiado ocupados escuchando el intercomunicador, para advertir su llegada. El silenciador es un invento cruel, pero útil.

—¿Están muertos?

—Se podría decir que volaron. Jody hizo caer la camioneta por el desfiladero. De esta forma no quedan pruebas, pero me hubiera gustado examinar los cuerpos y la unidad de intercomunicación. Al perder esa oportunidad, dependo de usted. Era una operación de seguridad, ¿no es cierto?

—No sé.

—Entonces supongamos que me dice lo que sabe.

Kay movió la cabeza negando.

—No se nada. Todo lo que hice fue venir aquí por un trabajo...

—¿Elstree también estaba trabajando? —la voz de Nye era monocorde—. El no trabajaba para Max Colbin, alguien lo introdujo para que la protegiera. Ahora, ¿quién lo introdujo?

—Le digo que yo...

Una bofetada hace daño, incluso con guante. El dolor recorrió la mejilla y la sien de Kay.

—Perdone. —Nye bajó la mano y la voz—. Bajo tales circunstancias, quizá sea demasiado pedirle que diga la verdad. Pero puedo suponerla. Alguna agencia del gobierno, clandestinamente, me tiene bajo vigilancia. Me acusan con cargos fraudulentos: narcóticos, violaciones, contrabando, actividades terroristas. Le pidieron que cooperara, que descubriera lo que pudiese. Bueno, le voy a ahorrar dudas. Todos los cargos son ciertos.

—¿Lo admite? —Kay sintió de nuevo un aturdimiento—. Eso quiere decir que va a matarme...

La cara de ébano era una máscara enigmática.

—Lo admito porque no tiene importancia. Nada podía salvar a esos hombres. Habrían muerto de todas formas, al igual que los demás. Incluido Albert Keith.

—¿Sabe algo de él?

—Desde luego. ¿Cree que fue una casualidad que la encontrara a usted, que la eligiera en la agencia para un absurdo trabajo de modelo? No necesito fotos para hacer

propaganda de una secta falsa que ya ha servido para su propósito. Todo es parte del plan...

—¿Qué plan?

—Un plan para salvar su vida.

—No le creo.

—Deténgase a pensarlo. ¿Por qué todo esto? Si fuera meramente para constituir la Sabiduría Sideral, no habría necesidad de medidas tan drásticas. Pero existe otro propósito, un objetivo más importante. Reconozco que nuestros métodos son crueles, nuestras precauciones triviales y faltas de sofisticación. Pero tenemos que actuar rápidamente, antes de que las estrellas estén en el lugar correcto, antes que llegue el fin del mundo.

Kay frunció el ceño.

—Dice que esta secta es falsa. Pero me está predicando exactamente igual que a esa gente del templo.

—La secta es falsa, sí. Pero sus enseñanzas están basadas en la verdad. El mundo se *está* acabando. El mundo que usted conoce, el bonito mundo de la razón, la moralidad y la humanidad. Los Grandes Diablos ya se están levantando y la Tierra tiembla anunciando su llegada. Solo los elegidos serán perdonados. Y usted es uno de ellos, destinada a desempeñar un papel especial en lo que ocurrirá. Por eso la elegí para salvarla.

Nye levantó la mirada al abrirse la puerta. Jody entró con el revólver en la mano. Se acercó a Nye, y los dos fueron al extremo opuesto de la sala, donde las estatuas cavilaban en las sombras.

Fue una conversación susurrada. Jody asintió y empezó a andar hacia Kay. Todavía empuñaba el arma.

—¡Dese la vuelta! —dijo.

—¿Qué?

—Dese la vuelta y póngase cara a la puerta.

Su voz no tenía matices, pero el revólver se alzaba con autoridad y Kay obedeció.

Se colocó allí. Sintiendo la presencia de Jody justo detrás de ella. Entonces sintió algo duro y frío entre los omoplatos. *Va a matarme*, se dijo.

Bruscamente la presión cedió.

—No sude, señora —dijo Jody—. Relájese.

Cuando el hombre barbudo bajó el arma, Kay se volvió y dirigió su mirada por encima de él, tratando de avistar a su acompañante. Pero todo lo que pudo ver fue el semicírculo de estatuas sumidas en la oscuridad de la pared del fondo.

—¿El Reverendo Nye?

—Se marchó.

Eso era obvio. ¿Pero como la había dejado con él? La puerta estaba cerrada y no había ninguna otra salida en aquella habitación sin ventanas. La mirada de Kay se encontró con la sonrisa de Jody.

—No se preocupe, volverá. No se largaría sin usted. De ninguna forma.

De ninguna forma. Pero tenía que haber una. Kay hizo el esfuerzo de dejar el miedo a un lado y se concentró en la realidad. Nye se había ido y Jody estaba allí para vigilarla hasta que volviera. Y entonces...

— ¿Dónde vamos a ir? — murmuró.

— De viaje. ¿Le gusta viajar, señora?

Estaba dopado, no cabía duda. Pero le creía. Nye volvería pronto para llevarla. Había prometido salvarla, ¿por qué?

Kay no quería una respuesta, pero la única forma de evitarlo era actuar inmediatamente, antes que volviera Nye. *Tiene que haber una forma...*

Miró al suelo y se movió hacia adelante.

— Alto — dijo Jody —. ¿Adónde va?

— Mi bolso ahí, en el suelo. Quiero coger mis cosas.

Era difícil para Kay mantener firme la voz, era difícil actuar. Pero debía hacerlo, no tenía más remedio.

Se detuvo junto al bolso y empezó a recoger sus pertenencias. Jody la siguió detrás, mirando como reunía los objetos que habían caído desparramados y las introducía en el bolso: un pañuelo, una polvera, un espejo, perfume, una cadena con llaves, una pluma, un lápiz, un cuaderno de notas. Al hacerlo, colocaba los objetos pesados en el fondo. Abrió el cierre de la polvera con la uña. Obviamente no tenía ningún arma y pudo notar como Jody se relajó cuando ella cogió el bolso y se levantó.

Entonces, girando rápidamente, dirigió el bolso abierto a la cara de Jody, golpeándolo. Una ducha cegadora de polvo. salió disparada de la polvera y el brazo de Jody se levantó para protegerse los ojos de las llaves y de las puntas afiladas del lápiz y la pluma.

Mientras hacía eso, Kay se lanzó sobre él para arrebatarse el revólver. Jody, tosiendo, la agarró mientras su rostro se contraía.

Kay no se dio cuenta de que estaba presionando el gatillo, pero debió hacerlo, porque de repente su rostro desapareció; en su lugar, una sustancia roja, saliendo a borbotones, se alejaba, mientras él caía para estrellarse contra el suelo.

Kay no estaba preparada para aquella visión, ni para aquel olor, ni para su propia reacción. Se volvió con el estómago revuelto, el revólver escapándose de los dedos, mientras ella se agarraba al borde de una caja para no caerse.

Durante un rato permaneció allí, hasta que las náuseas disminuyeron; entonces el pánico la impulsó a través de la habitación hasta la puerta.

Estaba cerrada.

Y la cerradura no tenía agujero para la llave.

Bajó la cabeza y, en el aturdimiento, se dio cuenta. Jody había cerrado la puerta al entrar; algún dispositivo automático debió asegurar la puerta desde el otro lado.

Tenía que haber una forma. Cuidadosamente, apartando la mirada del cuerpo tendido, Kay se volvió para levantar el revólver del suelo. Fue hasta la puerta, apuntó a la cerradura y apretó el gatillo.

Clic.

Nuevamente apretó y volvió a oírse el mismo ruido. El revólver estaba vacío.

No había ninguna forma.

Recorrió la habitación con la mirada, fijándose en la parte oscura, donde los dioses de Egipto se agazapaban y se erguían, miraban de soslayo y se burlaban.

Lentamente avanzó hacia ellos, fijando la mirada en la trompa de Sebek, en el pico de bronce de Horus, en las fauces de metal de Bast. Y desde arriba, en su alto pedestal, Osiris fijaba su ojo en ella.

La última vez que vio a Nye estaba allí. Detrás de Osiris, Señor de la Muerte.

La pared, detrás del estatuario, era sólida y continua. Kay recorrió con los dedos la fría superficie de piedra y ésta no cedió. *No había forma alguna.*

Volvió la vista atrás, al ojo de Osiris, el Soberano de los Infiernos.

Los Infiernos.

Kay bajó la vista a la zona sombreada, detrás del pedestal. Casi tropezó con un anillo de metal, unido a una placa de aluminio, colocada a nivel del suelo.

Tiró de la arandela; la tapa, pesada y redonda, estaba perfectamente contrapesada, de forma que se levantó suave y silenciosamente, sin ningún esfuerzo.

Cayó de rodillas, mirando la oscura abertura de abajo. Por ahí había salido Nye, por una trampilla. No había escalones, sólo una serie de travesaños que formaban una escalerilla.

Pero, ¿adónde conducía?

Kay respiró profundamente. Después se apoyó en el primer travesaño, y lentamente empezó a bajar hacia los infiernos.

La profundidad. La profundidad sumida en las tinieblas, sumida en la humedad. Kay descendía cautelosamente por la escalera de metal, moviendo una mano a la vez que buscaba un asimiento firme en cada lado. Sólo después, bajaba el pie para buscar un soporte en el siguiente peldaño. Estos se encontraban separados por una distancia de unos sesenta centímetros. Su superficie era más estrecha que la de una escalera normal. *Gracias a Dios que no llevo tacones altos*, se dijo.

La luz que entraba por la abertura de la trampilla iba debilitándose a medida que continuaba descendiendo. Contaba los peldaños, *treinta y uno, treinta y dos, treinta y tres*, preguntándose cuánto faltaría todavía. Pero saber cuándo se acabaría, no era de ninguna utilidad. Lo importante era saber *dónde* acabarían.

Durante unos instantes, se paró, agarrándose a la escalera, en el oscuro silencio. No veía nada, ni oía nada, y se sentía perdida. Sin nada que ver y oír, sólo podía fiarse de las sensaciones táctiles. Los travesaños metálicos eran fríos al tacto, el aire refrescaba su cara y su frente estaba húmeda.

La brisa que ascendía a oleadas desde abajo, debía provenir de algún lugar fuera del pozo. Si Nye se había marchado por allí, debía conducir a una salida.

Lentamente, asegurándose, Kay recuperó las fuerzas. La luz de arriba se concentraba en un punto fijo, luego desapareció. Ignoró su ausencia, concentrándose en seguir la cuenta, y después de llegar al escalón número sesenta y seis, su pie derecho se apoyó sobre una superficie sólida, de piedra.

Eso sería lo que... ¿Treinta y nueve metros? ¡Había bajado trece pisos! Trató de recordar la altura del despeñadero sobre el que se asentaba el museo. Debía estar en la base, cerca del nivel mar. Y ahora, mientras se concentraba en escuchar, le pareció como si pudiera oír un lejano retumbar amortiguado, que se repetía a intervalos regulares: el sonido de las olas batiendo contra las rocas.

Debía estar en algún pasadizo, pero no tenía evidencia alguna de sus dimensiones o de la dirección que seguía. Sólo podía orientarse por la corriente de aire que llegaba directamente a su cara, seguirla hasta su origen. Y si el sonido retumbante se hacía mayor, significaría que estaba yendo hacia la salida.

Kay soltó los travesaños metálicos e inmediatamente lo lamentó. Ahora estaba sola en la oscuridad. Cuando se apartara de la escalera, no podría volver a encontrarla.

Giró extendiendo los brazos, buscando las paredes del agujero donde estaba. Su mano izquierda tocó algo sólido que sobresalía a nivel del hombro, algo que parecía ser una palanca. Tiró de ella y tuvo que cerrar los ojos, porque una repentina luz dañó sus pupilas.

Una ligera fluorescencia se proyectaba desde arriba. Provenía del techo y del techo de un túnel que se abría ante ella, en la base de la escalera.

La estrecha abertura parecía haber sido excavada en la roca; tendría mas de un metro de ancho y casi dos de alto. Habían unos apliques tubulares colocados, a intervalos regulares, en un conducto forrado que se extendía por el techo del pasadizo, revelando unas paredes rudamente labradas. La superficie, húmeda y mohosa, estaba salpicada de manchas verdes, producidas por la existencia de líquenes.

Era una cueva hecha por el hombre, no había duda de eso y, obviamente, hacía tiempo. Pero la iluminación era un añadido reciente, así como el interruptor de la pared que había accionado.

En ese momento, algo le vino a la memoria repentinamente; el recuerdo no evocado ni bienvenido de los pasadizos subterráneos de la historia de Lovecraft *The Shunned House*.

Kay negó con la cabeza. Debía concentrarse en los hechos, no en la ficción ahora precisamente; lo único importante era el aire. El aire fluyendo desde la boca del túnel y emanado desde un origen oscuro. Tenía que haber una salida más allá del pasadizo.

Avanzó sin dudarle más. El pasillo era húmedo y el olor del mar estaba en todas partes. El eco de sus pasos se mezclaba con el rítmico retumbar de las olas, chocando contra los muros del exterior. Tal como había pensado el túnel bordeaba el interior de la roca. Pronto, Kay perdió toda visión de la abertura, que quedó atrás. De vez en cuando, encontraba pequeñas aberturas a cada lado, como si toda la roca estuviera llena de cuevas y pasadizos, pero ella los ignoró, concentrándose en seguir el camino central iluminado. La corriente constante de aire que llegaba le traía esperanza, haciendo que acelerara su

paso.

Cuando llevaba un buen rato de camino, se dio cuenta de que gradualmente cambiaba el sonido. El eco de sus pasos era constante, como el rugido amortiguado del oleaje a lo lejos, pero ahora se oía algo más, algo que llenaba los intervalos entre las fuentes embestidas de las olas. Era el ruido de una cosa que se movía, no fuera, sino *dentro*.

Kay hizo una pausa mirando al frente. El desierto pasillo cubierto de sombras se prolongaba hacia delante. Allí no pudo ver nada que se moviera. Pero nuevamente, cuando el azotar de las olas amainó, llegó otro ruido más débil. ¿Qué le recordaba?

Un susurro. Una huida insidiosa, ratas corriendo... Palabras de Lovecraft. Y su cuento, *Las Ratas en las paredes*.

Algo chirrió en las sombras a lo lejos, pero el ruido venía de atrás.

Kay se dio la vuelta, mirando hacia el pasadizo que había dejado a sus espaldas. El suelo estaba oscuro, lleno de sombras. Pero las sombras no se deslizaban serpenteando, las sombras no tenían ojos.

Entonces las vio, corriendo a lo lejos; miles de pequeños ojos rojos, que miraban ferozmente desde una masa que avanzaba, cubriendo la parte de atrás del pasadizo. Miles de cuerpos negros abultados correteaban en un enjambre, saliendo de una abertura lateral para cortar el pasillo central. Podía oír los dientes afilados arañando la piedra, podía percibir el hedor de la agitada horda acercándose a ella.

Kay empezó a correr, y la sombra viva la perseguía, haciendo sonar las diminutas garras contra el suelo. Las criaturas adelantaban, acercándose a ella; sólo estaban a unos pasos, preparadas para abalanzarse de un salto. Las bocas abiertas, mostrando sus colmillos, chillando al unísono, manifestando su hambre. El hambre de las ratas, las ratas en las paredes.

Justo a tiempo, vio la salida al fondo. Una puerta colocada en un nicho estrecho, a su izquierda. Mientras corría hacia allí, los frenéticos cuerpos peludos alcanzaron sus tals. Kay se volvió en el umbral, paralizada por el pánico al ver los ojos brillantes, los hocicos peludos, los amarillos colmillos afilados, de donde colgaban hilos de saliva. Una gran rata gris dio un salto, lanzándose a su pierna derecha. Kay, gritando, la despidió de una patada, y después corrió hasta la salida, colándose por ella e intentando tirar de la pesada puerta para cerrarla.

Durante unos instantes, ésta se resistió, y ella luchó para forzarla, mientras la horda de ratas chillaba, infiltrándose a través del umbral.

Entonces, la puerta se cerró con un golpe seco; detrás podía oír los cuerpos golpeando, chillando y rechinando. Pero la puerta permanecía firme. Era una moderna barrera artificial de metal, perfectamente sujeta por brillantes bisagras. Kay se detuvo unos instantes, jadeando, recobrando el aliento y la calma. Solo entonces, se volvió para echar una mirada a la habitación.

Y aquello, era realmente una habitación, no una caverna natural o excavada. La decoración de las paredes era obviamente el trabajo de expertos artesanos. La fluorescencia manaba de unas ranuras artificiales del techo, colocadas simétricamente, y el

zumbido que surgía por todas partes, indicaba la presencia de maquinaria funcionando desde algún punto invisible.

¿Aire acondicionado? La idea parecía absurda, pero el monótono susurro persistente hacía pensar en un gigantesco aparato de aire acondicionado en funcionamiento. Y allí hacía frío, mucho más frío que en el húmedo pasillo de fuera.

Observando detalladamente, Kay encontró por fin la confirmación de un artificio humano. El largo pasillo abierto que conducía a otra puerta, estaba revestido en ambos lados con sólidas hileras de cajas metálicas o compartimentos. Cada una de ellas tenía unos sesenta centímetros de anchura, metro veinte de altura y, quizá, dos de profundidad. La superficie estaba cubierta por un revestimiento de aluminio. A primera vista, parecían haber varios cientos de recipientes, colocados uno tras otro.

Cuando Kay empezó a recorrer el pasillo, advirtió unos tubos enroscados como serpientes, que unían las cajas rodeándolas por la base. El zumbido que surgía a su alrededor, apagaba el ruido de las criaturas en el pasillo exterior; pero este nuevo ruido llevaba en sí un carácter inquietante, una pulsación rítmica, como el profundo latido de un gigantesco corazón.

Kay aceleró el paso, intentando ignorar los sonidos que provenían de los dos lados. Pero no pudo ignorar el creciente frío y su repentino temblor como respuesta involuntaria.

El frío llegaba de las cajas. Cientos de cajas refrigeradas, como unidades de almacenamiento de un gran frigorífico.

La curiosidad la incitó a mirar uno de los cajones de su derecha; se paró y con sus dedos, agarró el asa de helado metal que se extendía sobre la delgada cubierta de aluminio. Al tocar el revestimiento, éste se enrolló, mostrando lo que se hallaba debajo. Sólo era otra capa protectora, esta vez un plástico claro y delgado, pero lo bastante transparente para permitir ver lo que había en el interior.

Bobinas de alambre, tubos enredados, espirales por donde burbujeaba un líquido turbio que brillaba tenuemente. Los cables se enrollaban y retorcían, para terminar en una abrazadera que se unía a un cuerpo flotante en el interior: un cadáver sonriente.

Era el cadáver desnudo de un hombre de avanzada edad, demacrado y enflaquecido, yaciendo cara arriba dentro de una solución lechosa. El líquido burbujeaba sobre los delgados miembros, sobre la caja torácica, y sobre el flequillo, de fino pelo blanco, que enmarcaba las mejillas hundidas.

Aquella caja contenía muerte. Retorciéndose entre los cables, como una monstruosa marioneta, el cuerpo se balanceaba, sonriendo a través de los remolinos agitados.

Y sus ojos estaban abiertos.

Kay no gritó. Permaneció allí, soportando el frío que la atravesaba, inhalando el vapor del amoníaco, mientras palabras sin sentido irrumpían en su cerebro.

No está muerto aquel que eternamente puede yacer...

La frase de Lovecraft. Y otra vez su historia. *Aire Frío*¹⁶, era la que versaba sobre el cruel esfuerzo de prolongar y preservar la vida mediante la refrigeración artificial, hacía

16 Cool Air.

más de medio siglo.

Prolongar la vida. Ese era el tema al que aludía una y otra vez. Ese era el tema de los ancianos supervivientes, resucitados o inmortales en *El*, *El Festival*, *El Terrible Anciano*.¹⁷ Y ese otro viejo, la criatura caníbal de *El Grabado en la Casa*¹⁸.

Pero esa cosa de la caja no estaba alimentada con sangre, o con métodos primitivos de conservación. Allí había una moderna realidad de criógenos. La carne helada, impidiendo su destrucción en una muerte aparente, hibernados hasta el día del renacimiento.

Y en las otras cajas...

Kay abrió, al azar, algunos compartimentos de alrededor, sabiendo lo que iba a encontrar. Cada caja contenía un cuerpo. Un hombre de mediana edad, acicalado y sonriente, de prominentes mejillas, con una obscena gordura, mucho más espantosa que cualquier demacración. El diminuto cuerpo de un niño, retorciéndose entre los tubos que alimentaban sus heladas venas, para evitar la desecación y la descomposición. Y una chica joven, muy parecida a ella, de labios azules formando una misteriosa sonrisa, ojos cristalinos reflejando los sueños que acompañaban a la muerte.

¿Cuántos cientos habían reunidos allí, cautivos criónicos esperando la orden para despertar?

Kay se volvió, precipitándose hacia la puerta del final del pasillo, rogando que no estuviera cerrada. Cualquier cosa que hubiera allí, no podía ser peor que lo que yacía en la habitación.

Para alivio suyo, la puerta respondió fácilmente al tirón, abriéndose para mostrar otro pasillo débilmente iluminado. Se paró un momento en el umbral, agradeciendo el flujo de aire caliente contra su cara.

Y el aire, verdaderamente estaba fluyendo. Eso quería decir que estaba siguiendo la dirección correcta. En algún lugar, más allá del túnel, estaba la salida que ella anhelaba.

Kay empezó a recorrer el pasadizo. Sus dimensiones eran parecidas a las del anterior, y la iluminación similar. Al acelerar el paso, el zumbido iba disminuyendo y no volvió a repetirse el murmullo. De nuevo se encontró paseando entre nichos, otras puertas colocadas en las paredes. Intentó no pensar en lo que podía ocultarse tras ellas y no se detuvo a investigarlo. En vez de eso, Kay centró su atención en la brisa húmeda que se filtraba desde algún lugar más adelante, dirigiéndose hacia ella con una ansiosa expectación.

El pasillo torció a la derecha y ella lo siguió, advirtiendo la pendiente del suelo rocoso que gradualmente iba ascendiendo. Aquella debía ser la salida, el camino hacia la libertad definitiva. Kay se apresuró, consciente del ruido de su respiración cansada. Y entonces...

El otro sonido.

El eco sordo y cambiante en la distancia. El retumbar de las puertas, puertas

17 He. The Festival. The Terrible Old Man.

18 The Picture in the House.

metálicas abriéndose tras ella a los lados del pasillo.

Kay miró hacia atrás, abarcando toda la porción de pasillo desde donde había torcido. El espacio estaba vacío, la distante oscuridad desierta.

Pero desde algún lugar que había dejado atrás, el sonido se extendía hacia ella, cambiando de volumen mientras adelantaba. Había cesado el retumbar, pero en su lugar se oían los inconfundibles golpes secos de algo que se movía. Pero a diferencia de los pasos o las pisadas de garras de animales, la pauta de sucesión era irregular. Los golpes secos sugerían una especie de salto, acompañado de otros ruidos, como de arrastrarse y arañar, que provocaban la horrible insinuación de algo que, más que caminar, reptaba.

Y entonces, de repente, Kay sintió un olor a pescado podrido, un fétido hedor que llegaba hasta ella, del mismo lugar en donde el ruido seguía creciendo. En un momento sus perseguidores podrían aparecer en la parte recta del pasillo, tras ella, y Kay debía acaparar fuerzas para afrontar su visión.

Las luces se apagaron.

La oscuridad se cerró a su alrededor y en ella crecían los ruidos de golpes, caídas, seres invisibles resbalando, marchando hacia ella. Pero eso no era lo peor.

Lo peor era un nuevo elemento que se hacía oír entre los otros, el inconfundible murmullo de voces que no tenían ningún parecido a la voz humana. Una brutal confusión de aullidos, ladridos y profundos graznidos guturales.

Kay, al advertirlo, salió corriendo. Corría a ciegas, con los brazos extendidos para evitar chocar con las paredes, los pies golpeando el suelo del túnel, cuya pendiente se elevaba cada vez más. La superficie de piedra ahora estaba mojada y resbaladiza por las gotas de invisible humedad.

Y detrás, en la oscuridad, los ruidos la perseguían: el aleteo, las pisadas, las sacudidas, entremezcladas con voces ásperas y jadeos que indicaban que aumentaba el esfuerzo por alcanzarla. El estruendo crecía más, mientras las oleadas del olor nauseabundo se hacían más continuas.

Pero más adelante había luz. Una luz débil que salía de arriba, por una abertura circular: la boca del túnel.

Haciendo un esfuerzo enorme, Kay se precipitó hacia allí, corriendo para alcanzar la salida. Por último, jadeando, gateó el trozo final de la pendiente. Y cayó.

Durante un momento quedó sin sentido, debido al golpe contra la piedra limosa.

Luego, al sentir un roce en el hombro, recuperó el conocimiento.

Trató de apartarse, pero el roce se convirtió en un apretón, el apretón de una mano implacable. Y con los balbuceos, los gritos jadeantes y los gruñidos salvajes, llegó el sonido de una voz.

—Kay, no te resistas, ¡por Dios date prisa!

Cuando Mike Miller la levantó, arrastrándola hacia fuera, abrió los ojos.

El resto fue una serie de aturdimientos, impresiones momentáneas, destellos de luz entremezclados con la oscuridad. Una visión fugaz del angosto saliente en la roca, por donde la boca de la cueva desembocaba en el mar, una mirada al motor de la lancha

girando en el agua; la ansiosa cara de Mike observándola, mientras le ayudaba a subir al bote; la sensación de una vibración en su cuerpo postrado al acelerar el motor y empezar a moverse la lancha velozmente mar adentro, la última mirada a la abertura de la caverna, mientras el borde de la playa se alejaba.

En ese momento, la abertura estaba repleta de criaturas que surgían entre las sombras, aleteando, dando saltos, graznando, gimiendo, todo lo que en pocos instantes la habría atrapado. Pero aquellos instantes nunca llegarían.

Entonces se produjo el estruendo de una explosión, que expulsó la roca y la grava de la entrada de la cueva, mientras todo aquel gran peñasco parecía quebrarse con una convulsión cósmica. Un ruido ensordecedor, una luz cegadora y el dislocado movimiento del bote que provocó la caída de Kay. Los brazos de Mike Miller evitaron que se sumergiera entre las agitadas olas. Después todo fue oscuridad.

Pasaron veinticuatro horas hasta que Kay recobró la conciencia totalmente, pero sólo tenía recuerdos de lo que acababa de vivir. Recuerdos de sacudidas o de sonidos vagamente identificables.

El sonido del motor de la lancha, resollando con dificultad en su camino hacia la costa; la sensación de ser transportada, dando tropiezos, hasta un vehículo que esperaba; el calor confortante del hombro de Mike y las sacudidas del coche a toda velocidad; como la conducían desde un coche hasta un lugar donde otros motores vibraban; la presión en sus tímpanos ante el aumento de las vibraciones y el restablecimiento de la presión, cuando finalmente se convertía en un zumbido; nuevamente la sensación de ser transportada en coche junto a Mike. Un total aturdimiento que terminaba al hundirse en la agradable suavidad de una cama. Y ahora, inevitablemente...

— ¿Dónde estoy?

Kay abrió los ojos y vio a Mike. Estaba junto a la cama, iluminado por la luz de la lámpara.

— En mi casa — dijo —. En Washington.

— ¿Pero cómo?

— Hablaremos más tarde. Ahora, el Dr. Lowenquist quiere que descanses.

Mientras hablaba, tomó una botella y un vaso de la mesa auxiliar y llenó el vaso con el contenido de la botella.

— Toma, bebe esto.

Kay bebió y se abandonó al sueño. Esta vez, no tuvo ninguna sensación consciente y, afortunadamente, ninguna pesadilla.

Cuando despertó de nuevo, Mike estaba allí, y en la mesa auxiliar, junto a la cama, había una bandeja con platos tapados. Se dio cuenta, sorprendida, de que estaba bastante hambrienta, y perfectamente capaz de sentarse y comer por sí sola.

La comida le hizo recobrar las fuerzas y le ayudó a aclarar la mente para la conversación que seguiría. Juntos reconstruyeron los hechos de los dos días pasados en

aquel lugar.

Habían capturado por sorpresa a los componentes del equipo de vigilancia de Mike, y habían sido eliminados, como había dicho Nye. Pero a pesar de sus precauciones, éste no contó con que alguien estaría cubriendo el lugar desde el mar. Por eso Mike pudo localizar la salida de la cueva y llegar con la lancha para rescatarla.

— ¿Y la explosión?

Mike se encogió de hombros.

— Nye debía haber minado el pasadizo. Instaló algún dispositivo con detonador que necesitaría una cierta presión para activarse. Afortunadamente, no lo pisaste. Cuando estalló, toda la montaña saltó por los aires, destruyéndose también el museo. Tengo entendido que por la fuerza expansiva se rompieron las ventanas de las casas, desde Santa Mónica hasta Oxnard. Ahora hay un equipo trabajando allí, pero nunca excavarán lo suficiente, para encontrar algo bajo esas toneladas de escombros.

— ¿Qué le ocurrió a Nye?

— Cuando se marchó, debió ir directamente al templo de la Sabiduría Sideral. Al menos eso es lo que nos figuramos, porque, a la vez que saltaba la montaña, en South Normandie se desencadenó un gran alboroto.

— ¿Otra explosión?

Mike negó con la cabeza.

— Fuego. Pero tan repentino y tan devastador, que no cabe duda de que fue provocado. Todo el edificio se quemó en cuestión de minutos. Y esta vez hubieron víctimas. Como mínimo se han encontrado media docena de cuerpos, según los últimos informes.

— ¿Incluyendo el de Nye?

— No lo sabemos. Las víctimas quedaron carbonizadas, no se pudieron reconocer. Algunos debían ser de los suyos, indudablemente, pero no creo que Nye tuviera intenciones de suicidarse. Estaba actuando para que no quedara ninguna prueba tras él.

Kay frunció el ceño.

— ¿Prueba de qué?

— Tu puedes ayudarnos a encontrar la respuesta.

Mike se sentó a su lado en la cama.

— ¿Crees que podrás decirme exactamente lo que pasó la otra noche?

— Lo intentaré.

— Bien.

Mike presionó la superficie del cajón de la mesita, produciéndose un clic.

— ¿Qué es eso?

— Una grabadora. Hemos estado grabando por si hablabas en sueños. A veces, estos aparatos que usan los espías pueden ser prácticos. ¿Empiezo con las preguntas?

Kay asintió.

— Adelante. Quizá podamos encontrarle algún sentido a esto.

Pero lo que Mike preguntaba y ella contestaba no parecía tener ningún sentido.

Hasta que se cambiaron las tornas y Kay hizo las preguntas. Entonces, las respuestas de Mike explicaron cosas que ella no estaba preparada para oír, y mucho menos para entender.

—Por supuesto, acertaste respecto al *Aire Frío* —le dijo—. Sacase o no la idea de Lovecraft, las instalaciones criónicas parecían formar parte de un gran plan de Nye. Debíó prometer a algunos de los neófitos más ricos el obsequio de una resurrección futura y la supervivencia cuando llegara el Gran Día. Sabemos, por ejemplo, que Elsie Probilski desapareció hace poco, después de donar la propiedad del despeñadero a la secta. Le hemos seguido a pista hasta una clínica privada, en las afueras de la ciudad de Méjico. Allí fue sometida a un tratamiento, nada ortodoxo, para curar el cáncer. Abandonó el lugar, repentinamente, hace pocos meses y, desde entonces, se perdió de vista por completo. Es probable que esto esté relacionado con las actividades de Nye. Apostaría a que era uno de los individuos criogénicos que viste.

—¿Y las ratas?

—Desearía que la razón de eso fuera la casualidad, en vez de Lovecraft. Esos túneles suponían un lugar perfecto para ellas. Por lo que has contado, toda la roca debía estar llena de cuevas y pasadizos y la gente de Nye solamente hacía uso de algunos, donde realizaron los arreglos necesarios para que sirvieran a los propósitos de aquel. Y además, de acuerdo con tu experiencia, no sólo las ratas se refugiaban allí. Esos otros que te perseguían...

—Por favor.— Kay movió la cabeza rápidamente—. He estado pensando sobre ello. Quizá estaba equivocada.

—¿Cómo es eso?

—Ya te dije lo asustada que estaba. Quizá fue mi imaginación que me jugó una mala pasada. Lo que oí pudo haber sido la gente de Nye, los Assassins, como los llamaste, en vez de...

—¿En vez de qué?

—No quiero hablar de eso.

—Entonces déjame a mí.

La cara de Mike estaba sonriente.

—Otra vez has pensado en Lovecraft. En su historia, *La Sombra sobre Innsmouth*. Y esas cosas surgiendo del fondo del mar para unirse con los hombres y sembrar una raza de híbridos medio humanos.

—Pero eso sólo es una leyenda, como la de las sirenas. Nadie ha visto nunca una criatura como las que describe.

Mike negó con la cabeza.

—Lovecraft dijo que, al principio, los descendientes eran muy parecidos a los humanos. Sólo en la madurez empiezan a cambiar y se ven obligados a esconderse. Suponte que esa roca cavernosa, al lado del mar, fuera un lugar para esconderse. Un refugio para esas cosas que saltan, reptan y graznan. Tu las oíste...

—Oí ruidos, sí. Pero no vi nada.

—Afortunadamente.

Kay lo miró.

—¿Quieres decir que tú sí?

—Quizá.

Mike asintió lentamente con la cabeza.

—Esa explosión no pasó inadvertida. Toda la roca se destruyó y cayó al mar. Cuando llegó la policía y los bomberos, no pudieron hacer nada, excepto acordonar la zona. Los guardacostas fueron avisados inmediatamente para que patrullaran mar adentro y permanecieran alertas, para recoger cualquier cosa que pudiera flotar en la superficie. Uno de ellos tuvo la suerte, o la desgracia, de encontrar algo.

»Pero nuestra gente se encargó de ello. Confiscaron el hallazgo y lo empaquetaron en hielo seco, para mandarlo a nuestro laboratorio. Allí lo examinaron e hicieron las pruebas. Eché un vistazo hace algunas horas.»

Kay se incorporó apoyándose en un codo.

—¿Qué era?

Mike dudó. Después respiró profundamente.

—Un cuerpo, parte de un cuerpo, para ser exactos. La cabeza y el torso estaban casi intactos, pero los brazos y las extremidades inferiores habían desaparecido. Las facciones de la cara se habían borrado. Lo que quedaba de aquel cuerpo, a primera vista, parecía humano. Fue uno de los patólogos quien descubrió el significado de unas formaciones que tenía a cada lado del cuello. Las identificó como branquias rudimentarias. Después se corrigió.

—¿No eran branquias?

—No eran rudimentarias.

Mike movió la cabeza asintiendo.

—Las pruebas indicaron que esos órganos estaban en un estadio intermedio del desarrollo, con evidencias de continuar el crecimiento. Otras pruebas mostraron características de la sangre que no correspondían a ninguna clasificación conocida.

»El individuo, así es como lo llaman, no se ahogó, pero había agua en sus pulmones. Y los pulmones no concordaban con la fisiología normal; es como si se hubieran adaptado a las branquias funcionales. También hay un informe ortopédico preliminar, que indica otros cambios en la estructura de los huesos. Las anomalías creo que, en términos técnicos, implican a la columna vertebral. Y algo sobre la atrofia de la caja torácica. Naturalmente es difícil de explicar. En este momento, todos lo que estudian el tema tienen su propia teoría. Lo único que puedo decir es que, gracias a Dios, la cara estaba destruida.

»Ahora están preparados para proceder con la autopsia completa y la disección. Una vez hayan reconocido el corazón y los otros órganos, me temo que no habrá duda.»

—¿Qué ocurrirá entonces?

—Si logramos evitarlo, nada. Todo el personal del laboratorio estará bajo control estricto. Eso nos ayudará durante un tiempo, pero no podremos mantenerlo así eternamente.

»Los informativos han dado la noticia de la explosión y se está haciendo lo posible por evitar que el equipo de cámaras de la televisión exceda los límites. La búsqueda de los guardacostas se está llevando a cabo en secreto, y todavía están patrullando. Pero no ha aparecido nada más en la superficie. El paso siguiente será enviar buceadores, aunque tengo el presentimiento de que no podrán atravesar el alud de rocas. Al menos eso espero.»

Kay asintió.

—Si pueden evitar que se sepa la historia, no cundirá el pánico —dijo ella—. Y si con el tiempo sale a la luz, al menos el peligro habrá pasado.

—Quisiera que fuese tan fácil —dijo Mike.

—¿Qué quieres decir?

Mike se levantó, fue hasta la mesita y paró la grabadora.

—El doctor Lowenquist te visitará dentro de un rato para ver cómo andas. Trata de dormir un poco hasta que llegue.

—¿Vas a contestar a mi pregunta?

—Tan pronto como Lowenquist diga que estás preparada para salir, organizaremos una reunión.

—¿Una reunión?

—Con mi gente. Por eso quería que estuvieses en Washington. Ellos también tienen preguntas que hacer.

—Pero a mí me interesan las respuestas.

—A nosotros también —asintió Mike—. El problema es que puede que no haya ninguna respuesta.

A la mañana siguiente, el doctor Lowenquist dio su permiso y Kay se levantó de la cama, agradablemente sorprendida de lo bien que se encontraba. Se sorprendió todavía más, al descubrir que había llegado su ropa y efectos personales, bien empaquetados, dispuestos para que los usara.

Toda irritación por la invasión de su intimidad, quedó pronto compensada con el placer de poder seleccionar un vestido fresco y ponerse presentable para acudir al encuentro. Mike Miller le había pedido que estuviera preparada para las siete de la tarde. El llegó puntualmente cuando terminaba la comida que uno de los hombres de seguridad le había comprado una hora antes.

Era extraña la forma en que se había acostumbrado a la presencia de aquellos hombres y a vivir bajo tales medidas. Pero sólo gracias a aquellas medidas podía vivir.

De repente, se dio cuenta de que aún no había expresado enteramente su gratitud a Mike. Deseaba hacerlo ahora, pero notó que él no estaba de humor para escucharla. Después del inicial intercambio de saludos, la condujo escaleras abajo, hasta su coche, y al momento conectó la radio, como si estuviera creando, deliberadamente, una barrera de ruido entre ellos. Era indudable que algo le transtornaba pero, fuera lo que fuera, parecía estar dispuesto a guardárselo para sí.

La lluvia caía con persistencia sobre el parabrisas. Estaban saliendo de la ciudad y

Mike concentraba toda su atención en el tráfico que lentamente circulaba por la autopista. Recostándose en su asiento, Kay miró de reojo a su compañero rindiéndose ante su silencio.

Preguntas y respuestas. Ese había sido el contenido de la conversación mantenida anteriormente. Pero, ¿no era ése el contenido de todas las conversaciones, el contenido real de todas las relaciones? La vida misma era meramente un breve periodo de especulación entre dos grandes preguntas sin respuesta: el nacer y el morir.

Tampoco era la conversación en sí un medio satisfactorio de comunicación. Tomando por ejemplo a Mike. Al igual que mucha gente tenía varias formas de hablar. A veces usaba el lenguaje vulgar, más veces de las que lo hacía ella. Pero era capaz de emplear un vocabulario totalmente distinto, cuando conversaba sobre la obra de Lovecraft y su relación con Nye.

Nye tenía la misma versatilidad verbal, pasando del lenguaje de la calle a la oratoria evangélica o a la terminología erudita.

¡De qué forma tan distinta hablaba la gente en el teatro o en las películas! Allí la identificación de un carácter se producía por la consistencia uniforme de su estilo de conversacion. Pero en la realidad, el lenguaje de cada uno, los pensamientos, la verdadera personalidad, eran infinitamente más complejos.

Las palabras daban solamente una idea parcial, y servían como coartada. El Reverendo Nye era un ejemplo perfecto en la interpretación de su papel; ella no entendía lo que podía motivar a aquel hombre, qué había de cierto en lo que decía, qué creería él de todo aquello. Eso se podía aplicar también a Mike. ¿No la había engañado cuando la conoció? Y después, pretendiendo ser franco, le había ocultado casi todo lo que sabía sobre el peligro que ella iba a correr.

Pero, dejando aparte las palabras, una cosa parecía cierta. El peligro existía. Y la pregunta permanecía. ¿Qué *era* ese peligro?

Con las preocupaciones, Kay no había prestado atención al paisaje. Al levantar la mirada, se sorprendió al ver que ya no estaban en la autopista sino que circulaban por un camino rural, ya sin lluvia. Iluminada por los faros apareció ante ellos una zona alambrada, detrás de la cual pudo ver el edificio de una fábrica de una sola planta. El coche se detuvo ante la verja y Mike hizo una señal con los faros al guardia de seguridad. Este salió de una caseta para dejarlos pasar. Al encender de nuevo los faros, dirigieron un haz que iluminó un letrero. *Muebles Pinckard.*

El coche subió por el camino hasta detenerse ante la entrada del edificio. Mike salió del coche y Kay se reunió con él. Se acercaron hasta la puerta y él presionó el timbre eléctrico. La puerta se abrió, activada por control electrónico, advirtió ella, y él le indicó que entrase tomándola del brazo.

De nuevo el pensamiento de peligro atravesó su mente, pero Mike la cogía firmemente. Miró hacia delante, a las luces brillantes, y tomó fuerzas previniendo una repentina impresión.

Con sorpresa, Kay se encontró en una auténtica fábrica de muebles. No había ningún

equivoco respecto a las maderas y la maquinaria. Aunque la línea de montaje estaba desierta, el olor a serrín fresco atestiguaba trabajos recientes. A su izquierda, detrás de una sección acristalada, estaba el desordenado departamento de tapicería. Los cubículos de oficinas estaban alineados en la pared de la derecha, pero Mike pasó de largo y bajó por un pasillo hasta un montacargas empotrado en la pared del fondo.

—¿Vas a decirme dónde vamos? —murmuró ella, al entrar en la plataforma.

—Abajo —dijo.

La puerta se cerró de golpe y el montacargas descendió. Una vez más la pregunta vino, ¿qué era el peligro?

Cinco pisos más abajo encontró la respuesta.

La sala de conferencias era grande, bien iluminada y ampliamente equipada con material de comunicación. Kay advirtió que a la derecha había una pantalla para proyectar películas o diapositivas y otra, a la izquierda, para un circuito cerrado de televisión. Al fondo colgaba un gran mapamundi. Bajo él, un mueble con un equipo de grabación, en el que giraba una cinta silenciosamente.

En el centro, la gran mesa de conferencias, forrada de plástico, con micrófonos individuales colocados en cada uno de los veinte asientos que rodeaban la circunferencia. Dieciocho de esos asientos estaban ya ocupados, quedando dos vacíos cerca de la cabecera. Cuando Kay y Mike tomaron asiento, todos los lugares quedaron ocupados.

El zumbido monótono de la conversación no se interrumpió con su llegada, ni tampoco fueron objeto de especial atención. No hubo presentaciones, ni saludos, y Kay no podía dejar de mirar con curiosidad a sus compañeros.

Lo que estaba viendo aumentó su confusión. No encontró ninguna concordancia en el aspecto de los presentes. Había hombres de la edad de Mike y otros mucho mayores, y también dos mujeres, ambas de pelo gris y con trajes bastante desaliñados. La forma de vestir de aquella gente tampoco ofrecía una pista. Si había algún científico, no llevaba bata blanca ni fumaba en pipa, como los que se veían en todas las películas de monstruos. Muchos mantenían una postura rígida y expresión seria, como las de las personalidades militares de alto rango, pero no llevaban uniformes que los identificasen. Al menos tres de los más jóvenes eran tan hirsutos como los seguidores del Reverendo Nye; sus chaquetas y tejanos eran tan anodinos como los parduscos trajes de los demás.

Entonces se volvió para preguntarle a Mike. Cuando iba a elevar su voz sobre el zumbido de la conversación, este desapareció repentinamente y todo se sumió en un silencio anticipador, sólo quebrantado por algunas toses nerviosas.

Un hombre alto, calvo, sentado al otro extremo de la mesa, bajo el mapa de la pared, se levantó pidiendo atención. Cualquier duda sobre su posición de rango, quedó disipada por la tremenda cantidad de carpetas y documentos amontonados ante él. Y sus palabras afirmaron su autoridad.

—La mayoría de ustedes no se conocen —dijo—. Y sólo unos pocos me conocen a mí.

Pero no voy a perder tiempo con presentaciones.

»Lo que es importante es que yo los conozca a ustedes por sus informes, transcripciones, conversaciones grabadas, declaraciones y expedientes.

Señaló las carpetas y documentos apilados ante él.

—Esto sólo es una porción, una pequeña parte de lo que hemos elaborado en los dos últimos años. La cantidad de material que hemos desechado tal como informaciones falsas, testimonios insustanciales, fraudes, delirios excéntricos y totalmente absurdos, probablemente llenarían esta habitación, incluso en microfilms. Pero lo que queda ha sido estudiado, investigado, computado, sometido a todas las pruebas de autenticidad, y verificado.

»Por eso están aquí. Porque todos y cada uno de ustedes han contribuido a confirmar los datos para esta investigación, una investigación que muchos ni siquiera sabían que existía.

Los ojos del hombre alto se movían desde una cara a otra mientras hablaba.

»Algunos de ustedes poseen conocimientos académicos en una amplia variedad de disciplinas: literatura, antropología, arqueología, astrofísica y parapsicología avanzada. Cada uno ha realizado su investigación individual que ha captado la atención de esta agencia. A causa de la naturaleza de esa investigación, a muchos se les llamó, se les interrogó, y se les pidió que continuaran su estudio en la misma línea. A la vez, han accedido a abstenerse de divulgar o publicar sus descubrimientos, actuando con absoluto secreto.»

Hubieron algunos gestos de asentimiento y murmullos, por parte de gran número de los presentes, mientras el hombre alto hacía una pausa. Después continuó.

»Cada uno de los que colaboraron, sintió que su trabajo no era ortodoxo, que estaban expuestos a las preguntas de la llamada clase científica y, sobre todo, solos en su ámbito.

»Y así fue. Pero lo que no sabían es que sus compañeros de esta noche, otros sabios e investigadores que trabajan de forma totalmente distinta y aparentemente en campos no relacionados, estaban ocupados en empresas similares. Y sus teorías, sus experimentos, su experiencia, todo, tenía conexión con el mismo tema.»

Más murmullos, esta vez indicando sorpresa, interrumpieron al orador. Este, con un gesto, pidió silencio.

»Sus esfuerzos personales tienen otra cosa en común: el convencimiento de que estaban, cada uno en su búsqueda, encontrando algo, no solo nuevo y sin precedentes, sino también peligroso. En resumen, una posible amenaza para la seguridad de la nación.

»Estaban en lo cierto.»

El murmullo se elevó de nuevo y el hombre alto llamó al orden.

»Esto no es un precipitado juicio de valor, una conclusión apresurada. Cuando sus informes llegaron a nosotros, los introdujimos en un ordenador, y con ellos hemos ido construyendo un boceto. Pero no está completo, ni siquiera es un cuadro reconocible. Lo

que tenemos, de hecho, es el conjunto de piezas de un rompecabezas que parecen encajar unas con otras. Sin embargo, existen lagunas, blancos, faltan piezas.

»Por eso la operación fue elevada a un organismo superior, para conseguir la ayuda militar y los servicios de nuestro propio personal de seguridad. Ellos encontraron conexiones, conexiones entre los campos, más allá del alcance de la visión específica de ustedes. Conexiones entre asuntos aparentemente dispares, como actividades de terrorismo internacional, asesinatos políticos, irregularidades y cataclismos geofísicos, epidemias de psicosis y el resurgimiento de sectas religiosas. Un ejemplo de estas últimas es la descrita en la conversación grabada que se les ha hecho escuchar anteriormente, mantenida entre una joven y uno de nuestros agentes.»

Kay sintió que se ruborizaba al darse cuenta de la alusión, pero la mano de Mike en su brazo le dio confianza.

»Dos años de trabajo en equipo, dos años de esfuerzo de un grupo, dos años de lucha política e interferencias burocráticas. Pero al final las piezas se han unido para formar un cuadro. Un cuadro tan perturbador, pero tan gráfico e inequívoco, que no existe la menor duda o desacuerdo de las fuerzas oficiales. Están totalmente convencidos, como lo estamos nosotros, de que lo que se les ha mostrado es la verdad. Una verdad que debe ser afrontada cuanto antes.

»En consecuencia, ustedes han sido convocados aquí como miembros de una agrupación de fuerzas para una misión especial. Forman parte de una operación límite, designada ahora oficialmente, Proyecto Arkham.»

¿Arkham? Kay se estremeció al oír esa palabra. No era eso...

»Un nombre estúpido —dijo el hombre alto, encogiéndose de hombros—. Aunque por otra parte, quizá no lo sea. Porque simboliza la obra de Howard Phillips Lovecraft, cuyo nombre y trabajo son conocidos por todos ustedes.»

Nuevamente el orador hizo una pausa y nuevamente se produjo una reacción de sorpresa entre la audiencia; una reacción que compartía Kay. ¿Era verdad? ¿Conocían todos los de allí la obra de Lovecraft? Y si era así, ¿por qué?

»Desde muy al principio, algunos de ustedes que ya estaban familiarizados con su ficción advirtieron ciertos paralelismos entre ésta y el fenómeno que atraía nuestra atención. Nuestro primer pensamiento fue que todos los datos presentados parecían formar parte de un gran montaje. Al ir avanzando, otras personas que no sabían nada de Lovecraft, nos fueron proporcionando una información adicional. Nos las ingeniamos para darles a conocer su obra, porque lo que presentaban como hechos se correspondía con lo que él había escrito como ficción.»

Kay dirigió a Mike una mirada. El asintió inexpresivamente mientras el orador continuaba.

»Por eso, todos ustedes están enterados de que Arkham es el nombre de una ciudad de Nueva Inglaterra, que sirvió como escenario a muchas de las historias de Lovecraft. Como otros nombres de lugares que aparecen en su obra, tales como Dunwich, Kingsport, Innsmouth, la universidad de Miskatonic, ésta no existe salvo en su imaginación.

»Lo mismo ocurre con el libro de hechicería y magia negra que menciona en sus cuentos, el *Necronomicon*. El mismo Lovecraft negaba su existencia. Pero no podemos descartar la posibilidad de que hubiera existido alguna vez quizá bajo otro nombre que Lovecraft ocultó por razones obvias. De una cosa estamos totalmente seguros: él no escribía fantasía, aunque se publicara como tal.

»Durante la última mitad del siglo han habido progresos considerables en las ciencias físicas. Algunas personas responsables de esos avances y descubrimientos recientes están sentadas aquí, en esta mesa. Citaré algunos ejemplos sin mencionar sus nombres.

»En su novela corta, *En las Montañas de la Locura*¹⁹, Lovecraft describe una expedición a la Antártida, que tropieza con las ruinas de una antigua ciudad, en una zona inexplorada de la montaña. Una ciudad que aparentemente fue habitada por extrañas criaturas que venían de las estrellas.

»Cuando escribió el cuento, la exploración de la Antártida apenas había comenzado y no había razón para creer que alguna forma de vida avanzada hubiera prosperado en aquellos helados páramos en alguna época. Desde entonces, hemos averiguado mucho más sobre la deriva de los continentes, las perturbaciones masivas que en tiempos remotos causaron el desplazamiento de los polos, las épocas glaciales que trajeron consigo tremendos cambios en el clima. Durante millones de años, la Antártida fue una región tropical. Actualmente, se acepta que en tiempos de la prehistoria pudo haber existido allí vida, y en formas totalmente distintas de las nuestras. Estudios más recientes revelan la posibilidad de que puedan encontrarse regiones más calientes bajo la barrera de montañas, quizás incluso bajo el casquete polar.

»La ciudad de Lovecraft puede estar allí, bajo la meseta llamada Leng. La región inexplorada de Australia, que describe en *La Sombra fuera del Tiempo*²⁰, puede ofrecer sus secretos. En cuanto a los seres extraños que describe, teniendo en cuenta las inexplicadas pero comprobadas visiones de OVNIS, no podemos descartar la posibilidad de su existencia, ni en tiempos remotos ni actualmente.»

Un hombre regordete y bajito, al que Kay sólo hubiera podido definir como tosco por su cuerpo, facciones y acento, movió impacientemente la cabeza desde su lugar, al otro lado de la mesa.

—Pero Herr Lovecraft no habló en ningún sitio de naves espaciales —refunfuñó.

—Quizá no directamente —dijo el hombre alto—. No obstante, hay que tener en cuenta las insinuaciones.

Se volvió hacia el mapa que estaba tras él.

—El enorme meteorito, como se le llama, que teóricamente explotó cerca del río Stony Tunguska, sobre la meseta de Siberia, no dejó ningún cráter en el lugar donde chocó y no se han encontrado señales de objetos caídos. Investigaciones más recientes tienden a confirmar la teoría de alguna nave espacial de energía nuclear, que podría haber explotado

19 At the Mountains of Madness.

20 The Shadow out of Time.

justamente encima, debido al rozamiento al atravesar nuestra atmósfera a elevada velocidad. El mismo Lovecraft utilizó un meteorito como posible vehículo para una forma de vida extraña en *El Color Surgido del Espacio*²¹ pero, quizá intencionadamente, trataba de encubrir lo que sabía. En sus historias se representaban otras criaturas extraterrestres, que volaban hacia la Tierra con sus alas membranosas, sus cuerpos impermeables para los peligros del espacio, sus mentes herméticas durante los infinitos años luz que duraba el viaje, sobreviviendo gracias a un sentido del tiempo diferente, por una extraña estructura fisiológica y una vida tremendamente larga.

»Pero existen otras maneras de explicar los viajes interestelares o intergalácticos, y Lovecraft no las desconocía. Escribió sobre el paso de unas dimensiones a otras y de los viajes de regreso a esta dimensión desde otras dimensiones del espacio y del tiempo. Los conceptos actuales de astrofísica, agujeros negros, agujeros blancos, antigravedad, antimateria, estaban considerados con anticipación en su obra.

»Y tal vez no se estuviera anticipando. *Los Sueños en la Casa de la Bruja*²² relaciona la ciencia moderna con la antigua brujería, sugiriendo que ciertos hechizos y encantamientos realmente se basan en principios matemáticos, que originan intercambios temporales y espaciales. En otras palabras, las extrañas formas de vida, si se miran como demonios, vendrían no del infierno, sino del espacio, de otras dimensiones, de otra referencia de tiempo, invocadas por medio de rituales verbales. Estos estarían destinados a alterar la frecuencia de las vibraciones y la estructura de la materia y sus interrelaciones.

»Algunos de ustedes han realizado estudios avanzados sobre las teorías de este campo. Otros han investigado fenómenos parapsicológicos, e incluso la llamada magia negra, que conducen a la misma conclusión.

»A través de diversas fuentes hemos podido lograr un intercambio de datos con los laboratorios soviéticos que se ocupan de la misma investigación. Sus descubrimientos coinciden con los nuestros.

»Eso en cuanto al aspecto científico del Proyecto Arkham. Si eso fuera todo, consideraríamos que no es de nuestra incumbencia. De pasada, presentaríamos nuestros respetos a la brillantez intuitiva de Lovecraft, el escritor con el nombre más apropiado.

»Desgraciadamente, existe otro aspecto del que se ha ocupado nuestra gente. Este implica a los militares, la política y los desastres geofísicos que nos amenazan hoy en la vida real.

Ignorando el murmullo que se formó entre la audiencia, el hombre alto tomó unas notas que había sobre la mesa y volvió al mapa.

»Lo que les voy a decir es una información confidencial. Sólo una pequeña parte se ha dado a conocer públicamente en los últimos meses y, en tales circunstancias, los presentes detalles fueron suprimidos o encubiertos. En muchos casos, estos detalles no fueron evidentes hasta que los investigamos nosotros. Por fortuna, ninguna agencia extranjera u observador ha encontrado, de momento, la conexión común entre todos ellos.

21 The Cobur out of Space.

22 The Dreams in the Witch-House.

Para nosotros queda establecer los vínculos.

Su huesudo dedo índice golpeaba en diferentes puntos del mapa mientras hablaba.

»Item. Actividad terrorista —leyó en sus notas—. El asesinato de Fuentes en Argentina el 9 de julio, el del Shah de Irán el 23; la desaparición de los líderes de tres repúblicas africanas, entre el 15 y el 27 de julio. En agosto, el atentado contra el ministro francés de justicia, el día 1. La supuesta muerte por accidente de dos miembros del Politburó, el 18. La caída de un avión que acabó con las vidas de cinco delegados de las Naciones Unidas, de los llamados países árabes del petróleo, el día 2 de septiembre. El día 11 informan de la muerte repentina del segundo hombre de China en el gobierno de Pekín. El asesinato de Hoffman en Alemania Occidental el día 25 y del presidente del Salvador el 29. La muerte del líder del partido conservador de la India, la semana siguiente. El supuesto suicidio de nuestro Senador Portright, el 8 de octubre...

Al elevarse las voces a su alrededor, hizo una pausa. Después se volvió y dio unos golpes para llamar al orden.

»Podría seguir, pero pienso que estos ejemplos son suficientes. Suicidios aparentes, supuestos accidentes, desapariciones inexplicables, crímenes no resueltos y atentados por todas partes. Sólo en cuatro casos de los anteriores se aprehendieron los perpetradores. A tres los mataron a tiros en el acto y el cuarto se suicidó antes de ser interrogado. Ninguno fue identificado con exactitud, y ningún grupo terrorista ha reivindicado o se ha responsabilizado de los crímenes. La muerte de líderes mundiales y de las personalidades claves en los gobiernos sigue siendo un misterio.»

Kay miró a Mike mientras el hombre alto se dirigía de nuevo hacia el mapa. Mike le hizo una señal y después dirigió su atención al orador.

»Item. El Pacífico Sur. Se ha informado y observado actividad volcánica durante los últimos meses en la zona entre el Ecuador y 46º de latitud sur, 131º a 150º de longitud oeste. Les ahorraré los detalles y citaré sólo algunos de los casos más importantes, porque, dentro de esos límites, casi todos los días se producían fracturas sísmicas en algún lugar. Un gran terremoto, seguido de un *tsunami* sin precedentes, hicieron que las islas de Gilbert y Ellice, quedaran inundadas. Alteraciones similares condujeron al desastre de Manihiki, provocando una cadena de destrucción en la zona de Célebes, Ceram, Timor y Tuamotu. Un nuevo temblor y la actividad del *tsunami* destruyeron todas las construcciones de la isla de Pascua. Eso fue la semana pasada. Temblaron las estatuas y no quedó un solo superviviente. Esto último no se ha dado a conocer públicamente, ni el tifón que azotó Pitcairn hace dos días. Todos los informes de las misiones de rescate han sido, y serán, sorprendentes. Cerca de la mitad de la población está muerta, y el resto, gravemente herida o en estado traumático, descrito por un médico oficial como una aguda esquizofrenia paranoica.

»Acompañando a este fenómeno, durante el mismo período de dos meses, se han producido otros sucesos misteriosos relacionados con la desaparición de avionetas, barcos de pesca, lanchas de motor y buques cargueros. La información de que disponemos a este respecto es incompleta, pero tenemos noticias de setenta y nueve casos.

Una de las mujeres de cabello gris levantó la mirada repentinamente.

—¡El Triángulo de las Bermudas!

El hombre alto negó con la cabeza.

—Estoy hablando de la misma zona del Pacífico donde ocurrieron los terremotos. Desde luego, el Caribe podría ser también una de sus madrigueras secretas.

—¿Madrigueras?

Un hombre de edad avanzada, con bigote, miró extrañado al orador.

—He usado el término deliberadamente. El Caribe, la Antártida, el norte de la meseta Siberiana, el Himalaya, algunas cavernas subterráneas en nuestro estado de Maine. Lovecraft aludió o escribió concretamente sobre todos esos lugares. Pero su principal interés y el nuestro reside en el Pacífico Sur. La zona que está más claramente especificada en *La Llamada de Cthulhu*²³.

—Está eludiendo mi pregunta.

El hombre de bigote se habla puesto de pie y estaba mirando al hombre alto con indignación.

—Esas madrigueras de las que habla «deliberadamente», como señaló. ¿Qué ocurre con ellas? ¿Tenemos que suponer que cree que están habitadas actualmente? Y si así es, ¿por quién? ¿Seres extraños? ¿Extraterrestres? ¿Los monstruos que describió Lovecraft en sus cuentos? Usted dijo que el principal interés de él y el suyo es el Pacífico Sur. Muy bien, se lo diré sin rodeos y me contestará sin rodeos también. ¿Está diciendo que realmente existe Cthulhu?

Hubo un momento de silencio y excitación; todos los ojos estaban en el orador y éste cruzaba la mirada con el que lo había desafiado.

—No lo sabemos —dijo—. Pero por eso están ustedes aquí. Porque tenemos que descubrirlo.

De repente, la habitación pareció helarse. Kay sintió que se estremecía; se inició una especie de vislumbre, y todo oscilaba como si estuviese mirando bajo el agua en las profundidades, donde los peces devoradores comían la carne de los cuerpos corruptos y huían antes de que llegaran las criaturas que no eran ni hombres ni peces. Giraban en círculo y se escabullían, mientras las aguas se agitaban y el suelo del mar se resquebrajaba ante la llegada del Gran Cthulhu...

Intentó dirigir la mirada y la atención al hombre alto que continuaba hablando.

—Los traje aquí porque necesitaba sus reacciones, sus evaluaciones, ante datos adicionales que ustedes podían haber ignorado anteriormente. Pero lo importante ahora para combatir el problema, es que ustedes comprendan su alcance. Necesito su experiencia, su cooperación, su ayuda. Y la necesito ya.

»A cada uno de ustedes se les proporcionará un oficial de enlace y protección. Han sido individualmente designados para controlar situaciones de toda esta area. Algunos ya conocen a sus compañeros, debido a previos contactos profesionales en el transcurso de una investigación común. Pero, por favor, no se identifiquen a nadie más; no

23 The Call of Cthulhu.

confraternicen, ni comparen notas.

»He programado entrevistas por separado para todos los presentes durante las próximas cuarenta y ocho horas. Se informará a su enlace de la hora que tengan asignada. Cuando nos encontremos en privado, confío en que todos estén preparados para contestar preguntas en profundidad y a presentar cualquier sugerencia o informe adicional que crean que pueda ayudarnos. A la vez, quiero pedirles que sigan trabajando solos o, en algunos casos, que unan sus fuerzas con otros de los que están aquí. En el último caso, se harán las presentaciones necesarias.

»Esto es todo lo que puedo decirles. Cualquiera que sea la naturaleza de sus particulares funciones profesionales, sus necesidades han sido previstas. Hemos reservado fondos, personal y el material adecuado. Y suministraremos cualquier cosa que sea precisa para que lleven a cabo sus proyectos. Todos los recursos de este gobierno están a su disposición.

»Ahora les pido que vuelvan a sus residencias y esperen nuevas instrucciones. Creo que lo que han oído es suficiente para que entiendan la razón de estas precauciones, la necesidad de mantener el secreto y la urgencia de nuestro interés.

»Les voy a dejar con un último pensamiento. Lo que conocemos lo denominamos ciencia. Lo que no conocemos lo llamamos magia. Y lo que debemos determinar si queremos sobrevivir, es si estas dos cosas son realmente la misma.»

Veinticuatro horas más tarde, el hombre alto fue al apartamento de Mike, para tener una entrevista privada con Kay.

Ella todavía no conocía su nombre y ni siquiera entonces tuvieron lugar las presentaciones, aunque sus modales eran cordiales y directos. Sacando una pipa del bolsillo, se sentó en un sillón de orejas, mirando a Kay y a su anfitrión.

—¿Está todo bajo control? Bien. Sé que estas medidas son molestas para ambos, pero es necesario que mantengamos un entorno cerrado —dijo sonriendo a Kay—. Si la hubiéramos hospedado en un hotel, hubieran surgido algunos problemas ya que su guardia de seguridad, al merodear por allí, habría levantado sospechas.

—Lo entiendo —dijo Kay.

—Entonces vamos a nuestro trabajo. Ha sido usted de gran ayuda para nosotros, señora Keith. Por lo que hemos podido comprobar de sus testimonios, ahora estamos convencidos de que su ex marido y su amigo Waverly actuaron como espectadores inocentes en este asunto. Al menos puedo tranquilizarla en cuanto a eso. Por los pocos indicios que tenemos, parece que se vieron envueltos en el asunto accidentalmente y los eliminaron antes que supieran algo.

—¿Quiere decir que Nye los mató?

El hombre alto encendió su pipa.

—Tenemos informes de sus paraderos y actividades durante casi todo ese período. Los suficientes para convencernos de que no estuvo en Boston ni en el sur del Pacífico

cuando desaparecieron. Pero es razonable creer que él pudo dar las órdenes.

—¿Qué podían saber?

—No tengo ninguna respuesta segura. Pero sospecho que Waverly fue a Boston para investigar algo relacionado con Lovecraft. Y eso lo convirtió en una posible amenaza para Nye.

»Y respecto a su difunto marido, su viaje al Pacífico Sur indica que sabía o suponía muchas cosas sobre la secta. Ahora creemos que realmente podía estar buscando el propio R'lyeh. Y que fue destruido cuando lo encontró, como fueron destruidos los personajes de Lovecraft cuando encontraron madrigueras similares. Recuerde *Dagon* y *El Templo*²⁴.

—Sin embargo no puedo aceptarlo —dijo Kay—. Incluso después de lo que me ocurrió.

—Entonces considere mi posición.

El hombre alto fumaba su pipa.

—¿Cómo se cree que me siento estando al frente de los científicos más destacados y del personal militar, admitiendo la validez de la magia negra? No sólo admitiéndolo, Dios mío, sino *insistiendo* para que ellos lo admitan.

—Y ellos lo hacen —murmuró Mike—. A causa de sus propias experiencias.

—Exactamente.

El hombre alto asintió.

—Todo está entrelazado. Y Nyarlathotep sostiene las cuerdas.

Kay recordó su anterior conversación con Mike.

—¿Cree verdaderamente que Nye es Nyarlathotep?

—Considere los hechos.

El hombre alto vació los residuos de su pipa en el cenicero.

—De acuerdo con Lovecraft, Nyarlathotep es negro, y la profecía dice que vendrá de Egipto. No sabemos los orígenes de Nye, pero no podemos descartar la posibilidad. Sabemos que se ajusta bien a la descripción; vestidos rojos, extraños artefactos y cosas por el estilo, anunciando el fin del mundo a la gente, que sale sin entender nada de lo que ha oído.

—De modo que se apropió de la imagen.

—Esa es la conclusión obvia y me gustaría poder estar de acuerdo con ella. Pero ¿qué ocurre con el resto de los acontecimientos, con terremotos, maremotos y todas esas repentinas catastrofes naturales, mientras que la actividad terrorista se extiende por el mundo? Podría ser una coincidencia, por supuesto, pero realmente coincide con la descripción de Lovecraft de lo que ocurriría cuando apareciesen los mensajeros poderosos.

—Entonces, ¿cree que el resto también ocurrirá?. ¿El fin del mundo?

—No he dicho eso. Lo que quiero decir, es que debemos considerar la posibilidad, para hacerle frente y estar preparados para ello, incluso aunque signiflque admitir que la leyenda de los Diablos podría no ser leyenda.

—Pero no puedo...

24 *Dagon* y *The Temple*.

— ¿Por qué no? Piense en ello por un momento.

El hombre alto guardó la pipa en el bolsillo.

— A lo largo de toda la historia, la humanidad ha tenido muchas cosmologías, muchos dioses. No me refiero a las civilizaciones salvajes, sino a las más avanzadas. Los griegos y romanos con sus panteones, los egipcios idolatrando a sus inmortales cabezas de animal, los fanáticos de un centenar de deidades hindús. Billones de creyentes han adorado a seres extraños. Y nosotros, aunque no tenemos fe, tenemos hechos.

Mike se dirigió al hombre alto.

— ¿Y cuál será el próximo movimiento?

— Existen muchos movimientos. No queremos rechazar ninguno. A un equipo se le ha asignado solucionar el problema lingüístico: palabras, frases, nombres de lugares, nombres propios de todas las obras de Lovecraft. Siempre habíamos supuesto que eran neologismos de su propia invención. Ahora no estamos tan seguros. Tratamos de relacionarlos con posibles referencias paralelas en la norma *grimoires* y rituales de magia negra, conjuros y encantamientos de todos los lugares conocidos. Tal vez exista un denominador común y, en ese caso, sería de gran ayuda si lográsemos encontrarlo. Los filólogos de este proyecto están trabajando con computadoras, ya que necesitan respuestas rápidas.

Señaló hacia Mike.

— Su gente, por supuesto, lleva a cabo la investigación de los hechos, con la completa colaboración de la CIA y el FBI. Trabajando en secreto, hemos unido nuestros informes a los de la Interpol, a fin de planear una persecución contra los grupos terroristas conocidos o de los que se sospecha, aquí y en el extranjero. Esta noche hemos completado una redada a gran escala entre los miembros de la Sabiduría Sideral. No creo que hayamos apresado a ninguno de los importantes, pero valía la pena intentarlo. Lo que esperamos es que al interrogarlos puedan darnos una pista que nos lleve a Nye.

Mike se encogió de hombros.

— Por ese camino no podrá controlar la situación.

— Haremos lo que podamos, pero estamos trabajando contra reloj. Ninguna reacción popular contra las detenciones tiene importancia, comparada con el pánico general que podría desencadenarse si no actuáramos para evitar lo que ocurriría si R'lyeh estuviera abriéndose paso desde el mar, mediante esos terremotos, y despertase lo que duerme allí. Hay que parar eso.

— ¿Cómo?

— Ya lo ha resuelto Ermington, del Ministerio de Marina.

El hombre alto miró su reloj.

— Dentro de treinta y ocho horas exactas, según nuestro cómputo, un submarino nuclear partirá desde una base del Pacífico. Objetivo: 46° 9' de latitud sur y 126° 43' de longitud oeste. Ordenes de la operación: buscar y destruir.

Mike frunció el ceño.

— ¿Saben con qué van a encontrarse?

—Por supuesto, daremos algunas explicaciones al comandante en jefe, pero no podemos confiar totalmente. He solicitado permiso para asignar un observador para la misión, en condición de consejero especializado.

—¿Alguien de su confianza?

—Eso espero. —El hombre alto se levantó—. Por la mañana saldrá usted para Guam.

Sonó el despertador.

Kay se levantó, desperezándose, y zarandeó a Mike.

—Es hora de levantarse, querido —murmuró.

Querido. Una extraña palabra, que tímidamente había salido de sus labios. Pero cuando Mike se volvió y sus brazos la rodearon, la extrañeza desapareció.

Lo que había ocurrido la noche anterior, parecía ahora inevitable y perfecto. Y lo que ocurría en aquel momento, también parecería perfecto, si no fuera por...

Una imagen se presentó de repente; el ganado subiendo la cuesta hacia el matadero, empujándose unos a otros, a ciegas y compulsivamente, como si fueran conducidos por la muerte que les aguardaba dentro.

—¡No! —susurró apartándose.

—¿Qué ocurre?

Mike la miró extrañado.

—¿No me quieres?

—Sabes que sí.

Kay se liberó, incorporándose bruscamente. Después, con las manos, se echó hacia atrás el cabello despeinado.

Claro que lo quiero, se dijo. Buscando un vestido en la semioscuridad, preparando un café en la cocina, se repetía la afirmación, mientras él se afeitaba y vestía. Aquello era verdadero, algo más que un mero consuelo físico, algo más que una noche pasada con un extraño. Pero, ¿qué sentiría él? ¿Qué significaría para él?

No tenía ninguna respuesta, y no encontró ninguna en el rostro de Mike, mientras estaban sentados en la mesa del desayuno.

—¿Por qué estás tan callada? —dijo él—. Dime que es lo que te preocupa.

—Nada —dijo suspirando—. Todo. Quisiera que nada de esto hubiera ocurrido, que no te fueses...

Las manos de Mike acariciaron las de ella.

—Si no hubiera ocurrido, no nos habríamos conocido. Y sabes que debo irme. Pero dentro de pocos días estaré de vuelta.

—¿Y entonces?

Él se encogió de hombros.

—¿Qué quieres?... ¿Una proposición formal?

—¡Querido!

Esta vez la palabra salió fácilmente. Y a partir de ese momento, incluso en el último

instante, cuando le acompañó hasta la puerta y él la abrazó, no hubieron más dudas.

Pero después de su marcha, volvió el miedo. Volvió y persistió.

No por ella. Allí estaba a salvo y el sustituto de Mike le inspiraba seguridad. Era un hombre del sur, que hablaba con voz suave y se llamaba Orin Sanderson. Mike le había dado cariñosamente las gracias cuando vino a ocupar su puesto.

—Orin es un buen chico —le dilo a ella—. No te dejes engañar por su aspecto de caballero de Kentucky. Es de esos gatitos que se convierte en un tigre cuando lo necesitan.

Realmente era muy amable y tenía la virtud de ser discreto. Le había ordenado que estuviera en el apartamento día y noche, mientras los otros vigilaban fuera en turnos rotatorios, pero no fue necesaria ninguna indicación para que mantuviese las distancias. Aunque comían juntos, después él se mantenía apartado el resto del día. La mayor parte del tiempo se sentaba a leer en el sofá de la sala, donde también pasaba la noche. Desde que Kay descubrió una estantería de libros y una televisión portátil en su dormitorio, no tenía ninguna necesidad de compartir con él el cuarto de estar. El saber que se hallaba allí era suficiente para sentirse protegida.

Todavía la acompañaba el miedo y no podía disiparlo. Se le aparecía por la espalda mientras leía, se escondía a su lado, detrás del televisor. Y le sonreía irónicamente cada vez que miraba el reloj.

Las diez de la noche. ¿Qué hora sería en Guam? ¿Habría llegado ya Mike? ¿Estaría allí o habría salido en el submarino para la misión? ¿A qué distancia estaba la zona objetivo y dónde estaba localizada exactamente? La latitud y longitud mencionadas por el hombre alto no significaban nada para ella.

Ya habían pasado treinta y seis horas, o más, desde que Mike había partido y no había llegado ni una noticia. Pero el tiempo pasaba de una u otra forma y Kay sabía dónde iba a parar. El miedo se alimentaba con el tiempo, inflándose minuto a minuto, engullendo y creciendo.

Las palabras impresas ya no tenían ningún significado y las imágenes de la pantalla se volvían borrosas. La segunda noche se encontró buscando algo que la informara entre los libros de la estantería. Pero no encontró nada, y los fue apartando con gran impaciencia.

El ruido de su actividad atrajo a Orin Sanderson a la habitación.

—¿Ocurre algo, señora?

—Estaba buscando un atlas o un almanaque, algo que tenga mapas.

—No se preocupe por eso.

—¿Podemos hacer que traigan uno?

Sanderson negó con la cabeza.

—Disculpe —dijo consultando su reloj—. Quizá le ayude que le diga que estarán llegando a la zona objetivo. Con suerte todo habrá terminado en pocas horas. Si se ajustan al horario programado, estarán de nuevo en la base mañana por la mañana.

—¿Llamarán para que lo sepamos?

—Tendremos noticias cuando llegue el momento.

Sanderson inclinó la cabeza cariñosamente.

—Ahora cálmese. Prepararé un poco de café...

Kay consiguió esbozar una sonrisa.

—No gracias. Estaré bien.

—¿Por qué no se acuesta? Lo que más le conviene en este momento es un buen descanso.

Así que Kay se fue a la cama, pero no sola.

El miedo se arrastró hasta su lado bajo las sábanas, y en la oscuridad podía sentirlo allí tendido, frío y húmedo, esperando para abrazarla, para sumergirla en las pesadillas y en las profundidades. Las profundidades, bajo la superficie del mar tenebroso, donde en su casa de piedra, en R'lyeh, muerto esperaba Cthulhu.

Trató de librarse del miedo, pero al dormirse lo encontró allí, en las profundidades, flotando entre las torres titánicas de templos que se tambaleaban, incrustado entre las algas y despidiendo el hedor del antiguo icor. A través de la futilidad de los viejos evos y del silencio de siglos innumerables, ella buscaba una presencia desvanecida, pero no quedaba nada excepto el miasma de un ancestral temor. Entonces, se abrió una gigantesca grieta en el fondo del mar y, bajo ella la inmensa mole de dentada roca taladraba la superficie para emerger.

Ahora ella estaba ascendiendo también, atravesando la formación agrietada, hacia un punto donde la ciudadela de piedra se erigía intacta, elevándose más allá de las olas teñidas de negro, bajo un cielo de hielo gris. Y su contorno desaparecía y cambiaba, y ella no podía determinar el aspecto o el tamaño, o vislumbrar nada en las puertas, salvo que estaban abiertas.

Cuanto más cerca se encontraba, aproximándose a la enorme entrada, contemplando la profunda oscuridad, su miedo se hacía mayor al pensar en lo que pronto iba a ver. Nada podría superar ese miedo, pensó ella, ni siquiera encontrar lo que temía.

Pero estaba equivocada. El mayor espanto no había llegado aún; cayó sobre ella, cuando miró a través de las puertas, al oscuro hogar de Cthulhu que surgía sobre las aguas, a la morada del mal. Y la encontró...

—¡Vacía!

El grito estalló en sus labios y se despertó. Se despertó cuando se encendían las luces de la habitación y vio que entraba Orin Sanderson.

—¿Señora?

—Tuve una pesadilla.

Kay se incorporó y arregló las sábanas con un gesto tímido, tratando de disimular que temblaba.

—No se preocupe. Estoy bien.

—Bueno, de todas formas iba a despertarla. Ha llegado la llamada.

—¿La llamada?

Sanderson asintió.

—Todo ha terminado. Misión cumplida.

— ¿Qué ocurrió?

— No sé ningún detalle. Pero Mike se lo contará todo cuando la vea.

Kay ya no temblaba. Se levantó rápidamente sin darse cuenta de que se estaba exhibiendo.

— ¿Cuándo llegará?

El agente de seguridad sonrió.

— Mis órdenes son acompañarla de vuelta a Los Angeles. El llegará mañana. Supongo que el jefe de operaciones deseará verlo allí y tener un informe de primera mano en cuanto llegue.

— ¿No piensa que debería venir aquí directamente?

Sanderson sonrió.

— Señora, llevo haciendo este trabajo durante doce años. Después de eso, he aprendido dos cosas.

— ¿Cuáles son?

— No pensar. Y no hacer preguntas.

Kay intentó seguir el ejemplo de Sanderson, pero no era fácil. Había tantas cosas que quería saber, tantas que quería entender. ¿Habría sido su último sueño una premonición o una señal de algo real? La cripta vacía bajo la pavorosa entrada. ¿Habrían destruido a Cthulhu? Obviamente había sido así, porque Mike había vuelto. Recordó la historia de Lovecraft: como los barcos atacaban la criatura monstruosa, despedazando su cuerpo resbaladizo, consiguiendo sólo recombinar su esencia. En los tiempos de Lovecraft todavía no existían las armas nucleares. Ahora, ni siquiera extrañas formas de vida, podrían aguantar la desintegración atómica.

No pienses en ello. No hagas preguntas. Además, no hay tiempo.

Kay hizo la maleta precipitadamente, mientras Sanderson estaba ocupado con el teléfono.

Cualquier cosa que hubiera ocurrido, no afectaba a las medidas de seguridad, advirtió ella. El coche de Sanderson fue escoltado por un segundo vehículo, conducido por otros agentes, hasta Dulles Internacional. Allí se detuvo y Sanderson se dirigió hacia una discreta entrada de servicio. Aparcó ante un hangar, sin ninguna señal, donde trabajaban unos hombres uniformados, pero sin ninguna insignia. El jet Lear esperaba para partir, y también estaba desprovisto de cualquier señal de identificación.

No hubo comunicación directa con nadie del personal de tierra. Sanderson solamente saludó con la cabeza, mientras conducía a Kay al avión, por la rampa de abordaje.

La entrada se cerró inmediatamente tras ellos y la rampa fue retirada. La nave temblaba como si estuviera impaciente por despegar. Al frente, detrás de la puerta de la cabina, el piloto, el copiloto y el navegante estaban terminando las últimas comprobaciones, pero la espaciosa zona para pasajeros estaba vacía.

El jet estaba muy bien equipado: cocina, bar, equipo de radio y televisión, incluso un

compartimento dormitorio en la cola. Y Kay supuso que transportaría, generalmente, altos mandos militares u oficiales del gobierno, atendidos por un personal completo.

Sanderson se lo confirmó cuando empezaban a volar por la pista de despegue.

—Es una pena que no llevemos el personal de servicio habitual —dijo él—. Pero cuantas menos personas se involucren menor será el riesgo.

—No importa —dijo Kay—. Estoy contenta de volver a casa.

Se acomodó en uno de los asientos mientras despegaban, y poco después el avión volaba suavemente.

—¿Cuánto tardaremos en llegar?

—El tiempo estimado de, aproximadamente, tres horas.

Sanderson reprimió un bostezo y ella lo miró.

—¿Cansado?

—Sólo un poco —dijo sonriendo—. Ese sofá del apartamento es algo incómodo.

—Hay un dormitorio al final. ¿Por qué no descansa un rato?

—¿Y usted?

—Yo estoy perfectamente aquí. —Señaló al equipo de radio y televisión, y a la mesa de café que estaba ante ella—. Mire, incluso periódicos.

Sanderson parpadeó.

—Quebrantaría las órdenes.

Kay negó con la cabeza.

—No las quebrantaría, sólo las desviaría un poco. Vaya. Le prometo despertarlo con tiempo antes de que aterricemos.

—Gracias, señora.

Sanderson se volvió y fue hasta el compartimento. Esta vez no hizo ningún esfuerzo por ocultar el bostezo.

Kay lo observó mientras se alejaba. Indudablemente, aquel hombre estaba cansado, había estado de servicio día y noche, y la fatiga era evidente.

Ahora que había pasado el peligro, también ella podría sentirla, pero el agotamiento se compensaba con la descarga de adrenalina producida por la ansiedad. Mike estaba a salvo y, pasadas unas horas, estarían juntos. Ahora debía relajarse.

Extendió la mano hacia la mesilla y cogió las últimas ediciones del *Post* y el *Times*. Tal vez hubiera alguna noticia o al menos un comentario que, aunque censurado o encubierto, podría darle una pista de lo ocurrido.

No encontró nada. Apparently los directores de seguridad aún mantenían el asunto en secreto, o lo habían mantenido, hasta después de que se imprimieran aquellos periódicos.

Apartándolos, Kay decidió averiguar algo por medio de la radio o la televisión. Pero cuando el programa de música de moda fue interrumpido por la voz de un locutor, su mensaje iba dirigido, únicamente, a los que padecían hemorroides. Y la pantalla del televisor no ofrecía nada, excepto las imágenes en blanco y negro de los Bowery Boys.

Kay se recostó y cerró los ojos. Después los abrió rápidamente al darse cuenta de que

se estaba entregando al sueño. No tenía ningún sentido correr riesgos.

Ningún sentido. ¡Qué cambio se había producido en el significado de esa frase! Hacía una semana, nada de aquello habría tenido sentido para ella, y gracias al Departamento de Seguridad, en realidad a la censura, no tenía ningún sentido todavía para el resto del mundo. La gente seguiría como antes, escuchando los anuncios para las hemorroides y mirando viejas películas de la serie B como si nada hubiera pasado. Los Grandes Diablos nunca perturbarían sus sueños.

Por supuesto, no tenía ninguna prueba de que la fuente de sus sueños fuera ésa, ni siquiera una teoría sobre *cómo* se producían. Pero estaba convencida de alguna forma de que los sueños eran una forma de comunicarse de los seres extraños con la humanidad. No todos los hombres eran capaces de recibir y contestar sus mensajes, sólo aquellos dotados, o hechizados, con una cierta creatividad.

¿No era eso lo que Lovecraft trataba de comunicar en *La Llamada de Cthulhu*? Los artistas, escultores o pintores, que eran sensibles, respondían a tales sueños y reproducían sus recuerdos sobre la arcilla o el lienzo.

¿Y qué pasaba con Lovecraft? ¿Eran tales sueños la fuente de su saber? ¿Estaba insinuando algo cuando escribía sobre las pesadillas de sus personajes imaginarios? Si así fuera, podría explicárselo todo.

Kay miró a la oscuridad a través de las ventanas de la cabina, y asintió para sí misma.

En vista de lo que ella había experimentado, podía tener sentido. Incluso en el mundo terrenal de los escépticos y los que se burlaban, existían testimonios de muchos, cuyos sueños no eran como los de los otros hombres. Se decía que eran «sensibles a las influencias psíquicas», como Edgar Cayce. Sus visiones, cuando dormía, parecían estar relacionadas de alguna forma con la conciencia de los seres extraños.

¿Había sido Lovecraft un hombre de esos? Por lo que él mismo había contado, soñó vivamente durante toda su vida.

Quizá todas las explicaciones psicológicas de su obra fueran ciertas, pero la causa y efecto fueron invertidos. Los eruditos sugerían que una alergia al pescado, podía haberle llevado a escribir fantasías tales como *La Sombra sobre Innsmouth*. Pero tal vez había sido al contrario: lo que había escrito era la verdad que le llegaba a través de los sueños, y su temor y odio a las criaturas del mar había provocado la aversión por el pescado en su vida despierta.

Kay asintió para sí. Si era verdad, el cuadro se presentaba clarísimo. Los mismos estudiosos habían intentado relacionar el relato del Atlántico con su respuesta física a las bajas temperaturas. ¿Pero no podía ser una reacción psicósomática? ¿No tendrían sus sueños de visiones aterradoras de Kadath en el Desierto Helado, como resultado, el miedo al frío que le acompañó toda su vida? Y su tan discutida antipatía por los «mestizos» infiltrados desde Europa, Asia y África... ¿Qué relación tendría eso con los sueños de seres híbridos y extrañas criaturas? ¿Qué sabría de aquellos que secretamente adoraban a los seres que encontró detrás de la pared del sueño?

Quizá sus «mestizos» eran símbolos. Y su preocupación por las casas viejas, las

ruinas y los cementerios, con las criaturas de la superstición saliendo de tales lugares... ¿Tendría su origen, no en un temor a la muerte, sino en un temor a ciertas formas de *vida*? Porque los sueños le decían que la muerte no era el fin, que había cosas que continuaban existiendo eternamente en un estado medio-vivo, cosas que podían ser nuevamente llamadas desde fuera. *No está muerto aquel que eternamente puede yacer...*

Kay frunció el ceño. ¿Era así como había ocurrido? ¿Soñaba Lovecraft con la verdad? ¿Aumentó sus conocimientos con un estudio secreto y una investigación profunda durante la vigilia? ¿Contenían sus relatos una advertencia real? Si era así, por fin había sido atendida su advertencia, justo a tiempo.

Tiempo. Kay observó otra vez el cielo oscuro a través de la ventana. Miró su reloj, y se sorprendió al ver que habían pasado casi tres horas. Había prometido despertar a Sanderson antes que estuvieran preparados para aterrizar.

Se levantó y empezó a caminar por el pasillo hacia el compartimento. El ejercicio físico era un contacto tranquilizador con la realidad, o de lo que se consideraba como tal. ¿Cómo lo había definido Jung? *El individuo es la única realidad.* Significaba que todo era resultado de la interpretación subjetiva. Allí estaba día, a cuatro mil pies de altura, viajando a una velocidad mayor que la del sonido. ¿ Habría aceptado Lovecraft eso como realidad cincuenta años antes? Difícilmente. Y tal vez lo que ella había encontrado difícil de aceptar en su literatura también era válido.

Kay abrió la puerta del compartimento y dirigió la mirada al interior del cubículo donde Sanderson estaba tendido boca abajo, sobre la cama de la litera.

Estaba tan tranquilo, tan inmóvil, que por un momento su corazón se sobresaltó con un temor repentino. Entonces, para alivio suyo, oyó el débil sonido de su respiración.

Se acercó y tocó el hombro del agente.

—Despierte —murmuró.

Sobrecogido se volvió, con los ojos abiertos.

—Perdone que le moleste —dijo Kay—. Pero es casi la hora.

—Gracias.

Sanderson sonrió y se sentó sobre la cama. Levantándose fue hasta la puerta y la siguió a la cabina principal.

Kay lo observaba mientras él tomaba asiento.

—Pronto aterrizaremos —dijo ella.

—Todavía hay tiempo.

Sanderson señaló al otro lado de la mesilla.

—Siéntese.

Ella asintió obedeciendo.

—Realmente debía estar cansado. ¿Se siente mejor ahora?

—Mucho mejor. ¿Qué ha estado haciendo mientras yo dormía?

—Intenté ordenar las cosas en mi cabeza. Pensé en Lovecraft y en algunas cosas que escribió.

—¿Lovecraft?

Kay asintió tímidamente.

—Perdone. No habíamos hablado sobre ello, ¿verdad? Supongo que no sabe de qué hablo.

Sanderson sonrió.

—¿Qué quiere saber sobre Lovecraft? Desde luego decía la verdad. Es Nye quien la deformó.

Kay se inclinó hacia delante.

—¿También lo conoce?

—Lo suficiente como para darme cuenta de que lo que predicaba a la gente de la Sabiduría Sideral estaba manipulado para que se adaptara a su propósito. La verdad es que la humanidad no existía cuando los Grandes Diablos vinieron a colonizar la Tierra. Fíjese en el relato de la creación de las diferentes religiones. Casi todas dicen lo mismo de diferentes formas. Dios o un conjunto de dioses, según las versiones, crearon al hombre.

—Y eso es lo que realmente ocurrió. Los Grandes Diablos llegaron al principio. El mundo que gobernaron debió ser muy distinto del que conocemos hoy. Cuando cambió, con los cataclismos que rompieron los continentes, huyeron a otras dimensiones. Pero algunos quedaron, sumergidos bajo el mar o atrapados debajo de las montañas de hielo, sin poder físico pero con una fuerza en potencia.

—Fue entonces cuando crearon la vida tal como la conocemos, los animales y los humanos.

Kay se encontró con la mirada de Sanderson.

—¿Pero por qué?

—Para alimentarse.

—¡Pero eso es de locos!

—La locura es sólo una respuesta del hombre ante una realidad que no puede afrontar. Ahora sabe por qué Nye ocultaba esto a sus fieles. Si hubieran imaginado la verdadera razón de su existencia, no le habrían seguido ni habrían cumplido las órdenes de los Grandes Diablos. Pero es verdad, Azathoth, Yog-Sothoth y los otros crearon formas de vida inferiores y animales para que se devoraran los unos a los otros, y todo ello se convirtiese en el alimento para el hombre. Y el hombre, a su vez, está aquí para alimentar a los Grandes Diablos.

»No físicamente, se entiende. Los Grandes Diablos no se nutren de carne, se alimentan de *emociones* humanas.

»Ese es el origen de su fuerza. Y la más poderosa, la más satisfactoria de las emociones, es el miedo.

»Los hombres fueron engendrados para el miedo, de la misma forma que los hombres mismos crían plantas y animales selectivamente para conseguir las que para ellos son las cualidades más deseables. De vez en cuando nuevas especies son adheridas a lo que se llama raza humana. Se disponen uniones con otras formas de vida como las criaturas del mar, las llamadas semillas de Dagon son un ejemplo. Han habido también uniones con seres alados de otras galaxias, y a veces esos experimentos han conseguido su

propósito. La mezcla de sangre da como resultado unos híbridos con una capacidad superior de respuesta emocional.

»Naturalmente, la mayoría de los hombres ignoran todo esto... ¿Cree usted que los animales saben que los usamos como alimento o que nuestros propios animales domésticos son para nosotros sólo un entretenimiento?

»Pero a veces llega hasta los hombres una señal, a través de los sueños. La leyenda del íncubo y el súcubo emerge de las vislumbres de esas uniones en las pesadillas. Y los mutantes que consiguen vivir, son la explicación de los vampiros, hombres-lobo, criaturas mitad animal y mitad hombre. ¿Cuántas veces ha observado que las caras de algunas personas presentan un parecido con algún animal? Eso no es una coincidencia. Ni lo es la inclinación hacia la crueldad, la tortura y las matanzas, que desechamos erróneamente como comportamiento «animal».

»Todos esos atributos incrementan el miedo y, a través de los tiempos, los Grandes Diablos se han alimentado de él, obteniendo fuerzas para despertar, para atravesar las barreras, para llegar hasta la Tierra y proclamar su soberanía.

»Y siempre algunos hombres han imaginado o descubierto la verdad. Aquellas que aprendieron un poco de magia, hechicería o brujería. Y aquellas que lo sabían todo, a través de los sueños y por la inspiración de los Grandes Diablos, han mantenido la fe. Rendían culto y esperaban ansiosamente el día en que volvieran los Diablos.

»Nunca antes el mundo había estado tan lleno de miedo como ahora. Nunca los adoradores habían tenido tanto poder y convicción. La espera y el plan están llegando a su fin, porque los Grandes Diablos son fuertes de nuevo y ha llegado su hora. Las estrellas están en el lugar apropiado y el camino está abierto.»

Kay escuchaba con perplejidad creciente; una vez más pensó en la inconsistencia del lenguaje, como la gente variaba su vocabulario para adaptarse a las situaciones. Aún así, nunca hubiera imaginado que el astuto Sanderson, que se expresaba tan suavemente, pudiera hablar de aquella forma.

Su reacción debió hacerse evidente, porque Sanderson hizo un rápido ademán.

—Por favor, no me haga caso. No quería trastornarla, señora Keith.

Señora Keith.

Era la primera vez que la llamaba así. Siempre se dirigía a ella diciendo «señora». No había ninguna razón para que cambiase, a menos que él...

Se levantó de repente, incapaz de controlar su expresión o sus palabras.

—Usted no es Orin Sanderson.

La silenciosa sonrisa de él fue suficiente como respuesta. Kay dio unos pasos atrás, con los ojos muy abiertos.

—¿Pero cómo?...

—El cambio se hizo mientras él dormía. —Su sonrisa no se inmutaba—. Quizá recuerde otro relato de Lovecraft...

—*La Cosa en el Escalón de la Puerta*²⁵.

25 The Thing on the Doorstep.

Kay lo recordaba demasiado bien. Una bruja, una mujer cuya sangre llevaba la marca de las criaturas del mar, adoptó el cuerpo de su marido en lugar del suyo propio.

—Entonces era verdad. Todas esas leyendas sobre la posesión demoníaca...

La sonrisa se hizo más amplia.

—Efectivamente, señora Keith.

—¿Quién es usted?

—Solamente uno de los muchos servidores.

Kay se volvió y corrió hasta la cabina de delante. Tiró con fuerza de la puerta, pero ésta no se movió.

Empezó a golpearla y Orin Sanderson se levantó.

—Está perdiendo el tiempo —dijo él—. No vine solo.

Ella se volvió, mostrando el asombro en los ojos.

—¿Quiere decir que el piloto y la tripulación también son?...

—No es necesario estar durmiendo para que tenga lugar el cambio —dijo él, moviendo la cabeza—. No se alarme. Estamos aquí para protegerla en su viaje.

—¿Pero por qué? Vamos a aterrizar en Los Angeles dentro de pocos minutos.

Todavía sonriendo, miró por la ventanilla que estaba a su derecha. Kay también lo hizo, miró hacia abajo y allí encontró la respuesta a su pregunta.

Volaban sobre una extensión interminable de agua.

Casi interminable.

Kay debió desvanecerse porque ya no fue consciente del paso del tiempo. Descansando sobre el asiento, abría los ojos de vez en cuando para encontrarse con la figura familiar de Orin Sanderson, sentado a su lado. Entonces los cerraba de nuevo, mientras el sonido de las frases y las palabras salía de los labios de él.

Se filtraban fragmentos susurrados.

—*El plan de Nye... usted ha sido la esposa de Keith, y él tenía que conocerla, descubrir lo que sabía... ignorante del todo, por supuesto, pero cuando se vio envuelta con Miller era demasiado tarde para permitirle marchar.*

—*La siguieron... esa reunión en Washington... afortunadamente descubrimos a tiempo la misión de búsqueda y destrucción. Pero debía elegirse a alguien... usted era perfecta, dijo él... apoderarse del avión... riesgo... no tratándose de una Lavinia... él insistió... escrito en las estrellas... todas las precauciones... incluso si algo iba mal se conservaría la esencia...*

Cuando la aguja de la jeringa entró en su brazo, ella no la sintió. Perdió el conocimiento de nuevo, y su último recuerdo fue una mirada a través de la ventana de la cabina mientras el avión empezaba el descenso, bordeando la masa de roca que surgía desde el mar.

Aturdida, miró a la figura de su lado, que habló anticipándose a su pregunta.

—Rano Roraku —dijo él—. Un volcán en extinción. ¿Lo ve? Justo detrás del promontorio de Poire.

— ¿Pero dónde estamos?

— En la isla de Pascua.

Era como algo oído en un sueño y ella parecía una parte de ese sueño mientras escuchaba su propia respuesta.

— El lugar de las estatuas. Recuerdo haberlas visto en fotografías, con sus grandes cabezas de piedra erguidas, mirando más allá del mar.

— Me temo que muchas de ellas ya no estarán erguidas. Se derrumbaron con el terremoto la semana pasada, y el desbordamiento del mar hizo el resto. El pueblo de la parte oeste, fue arrasado. Cientos de personas, miles de ovejas. Todos murieron.

— ¡Pero ahora hay alguien allí! — Kay sintió que recobraba la conciencia al mirar abajo—. Puedo ver luces...

— Antorchas para guiarnos.

La cogió del brazo.

— Será mejor que se siente. Podemos hacer un aterrizaje brusco.

Durante un rato estuvo totalmente consciente y totalmente aterrada.

— ¿Por qué estamos aquí? Dígame...

Él la forzó a permanecer sentada. El aturdimiento reapareció; desde lejos oía el ruido de sus propios gritos que surgían entre el bramido de los motores al reducir la velocidad, mientras sentía el traqueteo y las sacudidas del avión al aterrizar.

A causa del balanceo y las subidas y bajadas del aterrizaje, Kay se desvaneció, sintiéndose agradecida porque aquello la aislaba del ruido. Tal vez era un sueño después de todo. *Tenía* que ser un sueño.

Kay estaba ahora bastante tranquila, cuando Sanderson la guiaba desde la cabina y le ayudaba a bajar por la escalera de cuerda que colgaba desde la puerta, en vez de la rampa de desembarco.

Los tres miembros de la tripulación ya esperaban abajo. Ella se sintió aliviada al ver sus uniformes y sus caras completamente normales. Quizá Sanderson le había mentido. Seguramente aquellos jóvenes no habían sufrido ningún cambio.

Los otros allí reunidos, el grupo de hombres con antorchas, obviamente eran polinesios y orientales. Llevaban ropas de marinero, indefinidas, pero ninguno se comportaba de forma que produjera alarma. Las voces enmudecieron cuando ella llegó a la zona iluminada y todos la miraron mostrando un exagerado respeto, casi una reverencia.

— Vamos ya — dijo Sanderson.

Tenía que ser Sanderson, se dijo ella.

— Él está esperando. — Concluyó.

Y entonces la condujo fuera del ligar donde el avión había aterrizado. Pasaron junto a un montón de pedruscos empapados de humedad y al lado de grietas abiertas que dejaban ver los taludes del interior.

Siguiéndolos venían los demás, llevando sus antorchas. Caminaban en silencio por la serpenteante avenida de rocas.

Allí no había nada excepto la noche, la oscuridad y la desolación, y el lejano sonido del viento y las olas golpeando contra la costa rocosa.

De pronto se hizo presente otro sonido: unas voces que llegaban de atrás. Tampoco ahora podía distinguir las palabras o las frases, pero el tono era inconfundible. Estaban cantando. Cantando como si se elevaran, con las antorchas en contraste contra el cielo en tinieblas. Una imagen vino a ella. La imagen de una procesión religiosa. Eso era: un ritual pagano, un viaje hacia algún sepulcro secreto, donde algún secreto esperaba...

—¡Paz y sabiduría para vosotros!

Reconoció la voz a pesar de que salió del resguardo de unas rocas que había tras ella.

El Reverendo Nye miró a Kay desde un montículo. Su cuerpo alto resaltaba a la luz de las antorchas. Iba vestido de negro y su cara era negra. Entonces, cuando levantó las manos para saludar, Kay notó que no llevaba guantes.

Al moverlas hacia arriba y hacia los lados, advirtió lo que siempre habían ocultado aquellos guantes: las palmas de sus manos eran negras también. No rosadas, sino negras del todo.

Kay las miraba y lo miraba a él.

El Hombre Negro.

El Hombre Negro de los aquelarres, el Hombre Negro de las leyendas. Nyarlathotep, el Mensajero Poderoso.

No era un sueño. Él era real, y estaba allí, y Mike...

¿Había gritado las palabras o había leído él su pensamiento?

—Mike está muerto —dijo él.

Entonces ella gritó, pero él siguió, haciendo caso omiso.

—Todos aquellos que buscaban la destrucción de R'lyeh se destruyeron a sí mismos. No tiene importancia, porque vinimos aquí para esperar. Ahora que habéis llegado es el momento de que se produzca el caos.

Aquel no era el lenguaje de la calle, ni el lenguaje de un asesino político, ni siquiera la retórica de un ostentoso predicador. No cuando hablaba allí, en la oscuridad, cuando las palabras surgían de sus labios negros...

Y sus labios *eran* negros, observó Kay. Antes no lo había notado. Nunca había visto la lengua negra moviéndose de un lado a otro dentro de la caverna de su boca.

—Este es el momento —gritaba el Hombre Negro—. Ahora las estrellas están en el lugar correcto.

Los dedos negros se alzaron, como apuñalando el cielo, y Kay miraba hacia arriba, los ojos fijos en las estrellas, en las estrellas que no estaban fijas.

No estaban fijas, sino girando. Girando y rodando, moviéndose y entremezclándose, de forma que las configuraciones ordinarias se transformaban en otras nuevas que tenían un brillo helado.

El Hombre Negro extendió la mano para acallar el murmullo que empezaba a crecer, y miró hacia Kay señalándola.

—Abbott —dijo—. Tú y Sato la prepararéis y la conduciréis.

Kay se dio la vuelta cuando el cuerpo de Sanderson se marchó. Pero avanzaron otros dos, cogiéndola por los hombros. Uno era alto y de cara rosada; el otro rollizo y de piel morena.

Intentó forcejear, pero ellos la agarraron firmemente, arrancándole el vestido a pedazos, hasta que se quedó desnuda ante la luz de las antorchas.

El Hombre Negro levantó sus brazos.

—¡Contemplad a la novia! —salmodiaba.

Y detrás, otras voces se elevaron en respuesta.

—¡Contemplad a la novia!

Entonces, en algún lugar de la oscuridad, sonó un tambor. Sonó y retumbó, mientras se apagaban las estrellas y Mike estaba muerto y ella temblaba de vergüenza y frío. Pero ellos la sostenían con fuerza, mientras el Hombre Negro hacía señas, dándose la vuelta, para enseñar el camino.

La obligaron a avanzar, arrastrándola hacia la ladera del Rano Roraku, a través de hileras de estatuas caídas —las grandes cabezas de piedra, con las bases firmes, guardianes del cráter—. Kay luchaba y forcejeaba, pero no podía librarse. Ellos la llevaron hasta el borde y las caras esculpidas asomaban por todas partes. Caras extrañas de narices respingonas, labios despreciativos y sin ojos. *¿Qué era aquello que ni siquiera las piedras querían ver?*

Los tambores golpeaban estrepitosamente y las voces cantaban. Más allá del cráter podía ver el perfil recortado del promontorio de Poire, asomando a través de un velo de niebla.

¿Era niebla o era miasma? El olor se extendía, nauseabundo y abrumador, un hedor de mar que rodeaba su cuerpo desnudo, envolviéndolo con una pestilencia de corrupción que afluía a sus sentidos. Detrás, el retumbar de los tambores, los portadores de las antorchas repetían sus interminables letanías.

—¡Contemplad a la novia!

Kay andaba torpemente, tropezando, agobiada por el ruido y el hedor que llegaban a oleadas. Desesperadamente cerró los ojos, procurando taparse la vista y las sensaciones, pero el eco del canto continuaba.

Y ahora un nuevo eco, la voz del cuerpo de Sanderson murmurando igual que en el avión. *Alguien debía ser elegido... usted era perfecta, dijo él... riesgo... no, tratándose de una Lavinia.*

¿Lavinia?

De repente recordó el nombre y su origen. *El Horror de Dunwich*. La chica albina deficiente mental, Lavinia, quien se convirtió en la esposa de Yog-Sothoth.

Kay abrió los ojos y, al hacerlo, la cortina de niebla empezó a desaparecer.

Algo se movía en la neblina.

Empezó a elevarse, enorme, negro, deslizándose y asomando por el gran cráter del volcán, donde había esperado alerta. Su cuerpo escamoso proyectaba su silueta contra las estrellas, emergiendo, emergiendo.

Una sola mirada la hizo gritar con tal fuerza que dejó de oír los tambores, los cánticos, ni siquiera el ruido de los aviones aproximándose sobre las cabezas.

La arrojaron hacia delante.

Entonces, los apéndices contorsionados se extendieron para abrazarla, y no supo más.

III

PRONTO

Mark Dixon estaba en la cabina telefónica del vestíbulo del hotel hablando con el redactor, cuando empezaron los disparos.

—Espere —dijo.

Se volvió a mirar a través de la puerta de plexiglás. Inconscientemente agachó la cabeza cuando sonó el disparo siguiente.

Al otro lado de la línea, Heller mostraba una cara malhumorada en la pantalla.

—¿Qué está pasando?

—El alcalde —dijo Mark—. Acaba de llegar...

Levantando la cabeza con cuidado, observó a través del cristal una descarga de balas disparada desde el otro lado del vestíbulo.

—Alguien le está disparando... Desde la balaustrada... Los agentes de seguridad van a protegerlo... No puedo ver...

—Agáchese y déjeme mirar —gritó Heller—. Está tapando la pantalla.

Mark bajó de nuevo la cabeza, dejando libre la cámara. Heller miró a través de la pantalla mientras sonaba la última serie de disparos. Como los teléfonos públicos estaban únicamente equipados con los transmisores ordinarios, no tenían profundidad de campo ni amplitud de ángulo, todo lo que alcanzaba a ver era la multitud cerca de la entrada del vestíbulo, arremolinándose y gritando. En algún lugar del centro estaban el alcalde y sus guardaespaldas.

Entonces, cuando sonó la última ráfaga de tiros, dirigidos desde el grupo, todo el mundo miró hacia arriba, chillando. El alcance de visión de Heller, no incluía el piso superior, pero pudo ver el cuerpo, cayendo por encima de la barandilla y precipitándose contra el suelo del vestíbulo.

Mientras la multitud lo rodeaba y crecía el tumulto, Heller gritaba con todas sus fuerzas a través del audio.

—No importa la grabación. Enviaré un equipo que haga un reportaje completo. Consiga lo que pueda y preséntese aquí. ¡De prisa!

—Así lo haré —dijo Mark.

Y así lo hizo.

En menos de media hora se encontraba en la oficina de Heller, en el edificio del Times News Center de Los Angeles. Aquel hombrecillo nervioso, detrás de su escritorio, estaba ya apretando botones cuando entró Mark. Todo funcionaba a la vez, el transmisor-receptor, los interfonos, las unidades de televisión, incluso una pantalla frente al escritorio donde serpenteaban, incesantemente, informes telegrafados directamente desde los

lectores del ordenador.

Mark no había visto nunca tal confusión de pantallas. Claro que tampoco había tenido demasiadas oportunidades. Cuando era un investigador junior, «aprendiz de reportero», ¿no era así como solían llamarlo en los viejos tiempos?, sólo entró dos veces en la oficina durante el año en que estuvo allí. Por lo tanto, apenas habló con Heller a través del transmisor-receptor; normalmente informaba a uno de los investigadores seniors de las oficinas anexas y dudaba que Heller recordara su nombre.

Pero todo aquello había cambiado.

—Síntese Dixon —dijo el redactor.

Apretó el interruptor del grabador y le saludó lacónicamente.

—Desde el principio.

—Llegué temprano al hotel —dijo Mark—. El banquete estaba preparado para mediodía, pero a las doce y media el Alcalde no había aparecido aún, de modo que abrieron las puertas a pesar de eso. Era en el Salón Dorado del segundo piso. Los invitados estaban en el vestíbulo, tomando un aperitivo. Casi todos los del Ayuntamiento estaban allí. Las bebidas eran gratis, me imagino. Hablé con Stanley, uno de los secretarios de prensa, y me dijo que Su Señoría se había retrasado...

Heller lo interrumpió.

—Ahórrese eso. Fue al teléfono del vestíbulo para llamarme. ¿Por qué?

—Ahora iba a decirlo. Stanley dijo que el alcalde no aparecería. Se ve que por la mañana recibió una amenaza de muerte.

—¿Le dijo eso? —Heller frunció el ceño—. ¿Cómo es posible?

—Supongo que estaba algo alegre. Lo vi hacer varios viajes al bar. Nadie más había hablado con él, y cuando empecé a presionarle, intentó escabullirse. La noticia me pareció lo bastante importante como para llamarle a usted.

—¿Detalles?

—La amenaza llegó a las nueve, cuando empieza la jornada laboral en el ayuntamiento. Un secretario tomó la llamada. Preguntaron por el alcalde, pero él no había llegado todavía.

—¿Quiénes? —Heller se inclinó hacia delante—. ¿Quiénes eran esas personas?

—Sólo una. Alguien que llevaba una máscara.

—¿Se identificó de alguna forma?

Mark negó con la cabeza.

—Por supuesto su voz fue grabada, e hicieron el análisis, comparándola con el registro de voces. Podía ser alguien que hubiera llamado antes, pero no estaban seguros. De todas formas, el mensaje era el mismo. Dimite o morirás.

—Pero a pesar de eso el alcalde acudió al banquete —dijo Heller con desaprobación—. ¿Por qué razón?

—Supongo que la amenaza no especificaba el lugar ni la hora. Y como era una cosa política, todos los cabezas de partidos estaban allí para comenzar la campaña. Supongo que pensaría que su deber era ir. No querría parecer un cobarde cuando tuviera que

anunciar su candidatura para la reelección...

—Ahórrese eso también. —Heller apuntó con un dedo a Mark—. Usted está en el vestíbulo y me telefonea. Está en la cabina. Su Señoría entra por la puerta con los agentes de seguridad...

—Eran seis, todos vestidos de paisano. El oficial encargado era el teniente Eduardo J. Morales. Tengo aquí apuntados los otros nombres.

Heller se movía impacientemente de un lado a otro.

—Después. Corte el rollo.

—Habían atravesado la mitad del vestíbulo cuando empezaron los disparos. Sin previo aviso. Al principio no sabían cuál era su procedencia. Morales tiró al suelo al alcalde y lo protegió con su propio cuerpo. Otro oficial, el sargento Pérez, descubrió al hombre sobre la balaustrada del entresuelo y abrió fuego. Los otros se unieron a él. El asesino no intentaba cubrirse, siguió disparando contra el alcalde y contra Morales, fallando en los dos. Entonces lo alcanzaron.

»Cayó sobre la barandilla y aterrizó en el suelo del vestíbulo, sin cara. Pérez fue quien le acertó. Realizó todo un despliegue de municiones. Fue un milagro que nadie en el vestíbulo resultase herido.»

—Sigamos con el asesino.

—Salí corriendo de la cabina y, a empujones, me abrí paso entre la gente. Dos agentes de seguridad sacaron al alcalde por la salida lateral, mientras el resto despejaba el vestíbulo. Sólo pude echarle un ojeada rápida.

—Descríbalo.

—Era un hombre blanco, de pelo castaño, de una altura aproximada de un metro ochenta, más bien delgado, vestido con ropa de trabajo. Debió burlar a los agentes de seguridad haciéndose pasar por pintor. Su mono estaba manchado de pintura.

Mark Dixon hizo una mueca.

—Había mucha sangre. Toda la cara desfigurada...

—Sáltese el color local. ¿Qué hay del arma?

—No pude verla. Alguien la recogió y gritó a los de abajo que era una automática.

—¿No tenía nada que lo identificase?

—Si lo tenía, no lo encontraron entonces. Como dije, todo lo que pude conseguir fue un vistazo rápido antes que me empujaran hacia fuera. El oficial que sacaba a la gente era Philip Kaufman. El fue quien me dijo los nombres de los otros agentes.

—¿Qué más le dijo?

—Nada. Salvo que estaba seguro de que el asesino era de la Hermandad Negra.

Judson Moybridge apagó el televisor y la imagen se desvaneció en la pantalla de la pared al entrar Mark.

—Estaba oyendo las noticias —dijo Moybridge—. Qué horrible asunto. Horrible. No me extraña que parezcas tan transtornado. —El corpulento abogado señaló hacia las

bebidas—. ¿Puedo ofrecerte algo?

Mark negó con la cabeza.

—Todo lo que quiero es información.

—En ese caso, salgamos al patio. Es una pena desperdiciar una noche tan agradable.

Y realmente lo era. Mark se dio cuenta al seguir a Moybridge a través de la puerta de cristal, hasta la terraza, al lado de la piscina.

Allí, en la caída del crepúsculo, se acomodó en un sillón para mirar los destellos multicolores de las luces que brillaban por todas partes. Era una vista magnífica, y sólo un hombre con los medios de Moybridge podía establecerse allí, sobre la ciudad, ante tal espectáculo nocturno.

Eso no significaba, sin embargo, que Mark le reprochara ese privilegio. Cualquier cosa de la que Judson gozara, estaba bien merecida. Había pasado treinta años como abogado de la corporación hasta llegar a esta altura de la cima, y apenas tenía nadie con quién compartir el fruto de sus esfuerzos. Ni mujer, ni familia. Salvo Mark, que era considerado como de ésta. Después de todo, hasta que cumplió los veintidós años, hacía tres, el abogado había sido su tutor legal.

Mark levantó la vista al oír unos hielos tintineando en un vaso; su anfitrión se había servido un trago del armario portátil, detrás del sillón.

—¿Seguro que no quieres acompañarme? —dijo Moybridge.

—No, gracias.

—Como gustes.

El abogado levantó su vaso y bebió un poco. Luego se sentó.

—Pues bien. Información. ¿Qué clase de información?

—Primero, me gustaría que me contases las últimas noticias. La radio de mi coche está estropeada y no he oído nada desde que salí de la oficina. ¿Descubrieron quién era?

—¿El hombre del atentado? —dijo Moybridge negando con la cabeza—. El examen preliminar indica que llevaba el pelo teñido, las huellas digitales borradas con ácido y que recientemente se había realizado una operación en la laringe para alterar la voz. Eso, y la ausencia de etiquetas en la ropa o cualquier otra cosa que pudiera servir como pista, parece sugerir que se trataba de un profesional.

—¿Se ha dicho algo sobre el arma?

—Sí, mencionaron algún nombre, pero no puse atención. Me imagino que sería un revólver corriente. —Vaciló al ver a Mark frunciendo el ceño—. ¿Algo va mal?

—Todo.

Moybridge alcanzó el vaso, mirando como el joven se levantaba apartando el espeso pelo oscuro de su tostada frente. *Un chico guapo. Podría haber sido mi propio hijo. Me appena verlo tan preocupado.*

—¿Qué problema hay? —dijo Moybridge después de tomar un sorbo.

—¿No lo ves? Se trata de alguien que se ha tomado el trabajo de ocultar cuidadosamente su identidad. Un auténtico profesional, dices. Pero cuando llegó el momento de actuar, lo hizo como un aficionado. Un asesino profesional tomaría

precauciones para esecondarse. Usaría un rifle de largo alcance con mira telescópica y silenciador, o emplearía uno de esos supersónicos. Pero ese hombre se subió al piso superior, a la vista de cientos de testigos, se acercó a la barandilla, y disparó con una pistola anticuada y ruidosa. No tiene sentido. A menos...

—¿A menos qué?

—Que premeditadamente actuara de esa forma. Quería que lo viesen y lo oyesen. Quería asegurarse de que tuviera éxito o fallase su atentado, no pasaría desapercibido ni ignorado.

—En otras palabras, un psicópata buscando publicidad.

—Un buscador de publicidad, sí. Pero no un psicópata, al menos, no en el sentido corriente de la palabra.

Mark movió la cabeza asintiendo.

—Hablé con uno de los oficiales de seguridad. Está convencido de que es obra de la Hermandad Negra.

Moybridge tomó de un trago el resto de la bebida.

—¿Cuántas veces tengo que decirte...

—¿Que no existen cosas como la Hermandad Negra? —Mark se encogió de hombros—. Ya me sé la historia: una broma pesada, una mentira inventada por algún alborotador fantasioso, divulgada hasta llegar a los medios de comunicación. Después, la gran imaginación popular la usaba para explicar cualquier crimen violento que quedara sin resolver. Me lo has explicado docenas de veces. Pero ahora quiero que me digas la verdad.

—Pero siempre te he dicho la verdad. —El abogado empezó a sofocarse, mostrando su enfurecimiento a través del rostro y de la voz—. Leíste mi libro. Todavía vivías conmigo en la antigua casa cuando investigué sobre eso.

Mark asintió.

—Aquellos viajes, las llamadas telefónicas a Washington, las entrevistas con personas del gobierno. Solía preguntarme qué te decían.

Moybridge se sirvió otro trago.

—Está todo en el libro —dijo—. *La Caída de Cthulhu*. ¿No contesta el mismo título a tus preguntas? Probé mi hipótesis, y desde entonces otros doce han confirmado los hechos. Tú todavía no vivías cuando ocurrió. Todas esas tonterías sobre los terremotos, lo que significaban y lo que producían, eran pura histeria. La gente siempre busca un chivo expiatorio. Pero ahora sabemos la verdad. La isla de Pascua fue accidentalmente destruida durante la prueba de un arma termonuclear. Ese es un informe oficial. Y respecto a Lovecraft, ambos sabemos la respuesta. En los cinco años siguientes a la publicación de mi libro, otros investigadores llegaron a la misma conclusión. Era genial, persuasivo y un clásico ejemplo del esquizofrénico paranoico.

Moybridge hizo una pausa para beber, mientras Mark le observaba en la oscuridad.

—Leí lo que escribiste. Pero, ¿dónde están las pruebas?

—Justo delante de tus ojos —dijo el abogado—. Ha pasado un cuarto de siglo desde que se produjeron esos terremotos. Pero a pesar del pánico, a pesar de las disparatadas

profecías de esas sectas absurdas, no ha ocurrido nada. Los terremotos cesaron, ¿no es cierto? Y ningún monstruo malvado ha surgido del mar. Todavía estamos aquí, gracias a Dios, sanos y salvos como siempre. Y ahora las obras de Lovecraft ya no se publican...

—Esa es otra cosa —dijo Mark—. Con todo el interés que hay por los mitos de Cthulhu, ¿no te parece extraño que a ningún editor se le haya ocurrido publicarlas? Pero no he podido encontrar ni uno de esos libros ni en las librerías de viejo. ¿Crees que puede haber algún tipo de censura por parte del gobierno, que compra los ejemplares y los destruye?

—No creo nada de eso.

—¿Qué pasó con los tuyos, los que yo leí cuando empezaste el libro?

—Me deshice de ellos cuando me mudé aquí. —Moybridge suspiró—. Mira, no hay razón para que discutamos más. He hecho todo lo que he podido para responder a tus preguntas.

—Menos a una.

—¿Cuál?

Mark miró fijamente al abogado.

—¿Por qué te metiste en todo eso? ¿Por qué abandonaste el ejercicio de la abogacía, para escribir un libro que negaba la teoría de los Mitos?

—Te lo dije, no tiene sentido seguir discutiendo...

—Sí lo tiene. Porque yo confío en ti. Siempre he confiado en ti más que en ninguna otra persona.

—Entonces confía también ahora. —Moybridge fue hacia Mark. En la oscuridad, su cara aparecía borrosa, salvo sus oscuros ojos—. Solíamos estar tan unidos hasta hace pocos años. No me quejo. Ahora eres un hombre, es normal que te vayas y vivas tu propia vida, pero te echo en falta y todavía me imagino que las cosas son como antes. Es tu felicidad lo que me importa, ahora y siempre.

»Por eso quiero que abandones esa investigación. No hay ninguna Hermandad Negra, créeme. Pero hay fanáticos políticos peligrosos, hombres sin escrúpulos que utilizan los disturbios sociales presentes para sus propios fines. Se apropian de la vieja superstición para justificar su violencia. No puedes detenerlos y no tiene sentido intentarlo. Si te interpones en su camino, te destruirán.»

Moybridge puso la mano sobre el hombro de Mark.

—Por favor, por el bien de los dos...

Mark retrocedió.

—Todavía no has contestado a mi pregunta. ¿Por qué escribiste ese libro? Dime por qué tienes tanto miedo...

—¿Miedo? —La voz del abogado era penetrante—. Yo nunca dije...

—No es necesario. Mira tu mano; está temblando tanto que vas a tirar el vaso. Te llamé a la oficina esta mañana temprano, y me dijeron que hacía semanas que no ibas por allí. ¿Por qué estás aquí escondido? ¿No te das cuenta? Quiero ayudarte, pero no es posible a menos que me digas la verdad. ¿Te persigue la Hermandad?

—¡Vete!

—Por favor, escúchame. Sé que tienes algún problema. Si estás metido en esto...

—No estoy metido. Y tú no vas a meterme. —La voz de Moybridge se elevó—. Vete y mantente alejado. Lejos de aquí, lejos de mi vida, lejos de esa investigación.

Se quedó callado entonces, mirando como Mark salía por la puerta, siguiendo su camino hacia el salón y escuchando el sonido de la puerta de la calle al cerrarse tras él. Moybridge permaneció inmóvil hasta que oyó cómo el coche de Mark arrancaba y se iba.

Sólo entonces reunió el coraje suficiente para atravesar el patio y llegar al armario-bar portátil. Por la forma en que le temblaban las manos, pensó que nunca conseguiría descorchar la botella.

Pero logró hacerlo.

Mark también logró hacerlo, pero no fue fácil. Un terrible dolor le rompía la cabeza, golpeando y latiendo en las sienes. Y el cuello también le dolía, tuvo que desabrocharse la camisa para poder respirar.

¿Qué había ocurrido allí? No había sido sólo una discusión, era absurdo pretenderlo. Nunca antes había visto a su antiguo tutor asustado, nunca antes había visto a nadie tan alterado por una diferencia de opiniones.

Sólo que aquello no era únicamente cuestión de opiniones. Y a pesar de lo que Judson Moybridge declaraba, los hechos eran distintos.

La Hermandad Negra no era una invención de los medios de comunicación. Evidentemente existía. Y la presente ola de asesinatos y atentados se extendía demasiado para ser declarada como la obra de algunos movimientos políticos subversivos. No había nada político en sus amenazas y en sus predicciones de catástrofes.

Los argumentos de Moybridge, expuestos en su libro y repetidos en los libros de otros escépticos, ya no se aguantaban. Al igual que la repentina desaparición de la obra de Lovecraft y el que, curiosamente, se hubiera agotado por la venta en librerías. Parecía haber un interés general por su contenido, un interés fomentado por las declaraciones de la Hermandad Negra y por las revelaciones comunicadas verbalmente.

De acuerdo con estas fuentes, los informes oficiales del gobierno formaban parte de un encubrimiento deliberado. Durante la época de los terremotos, hacía un cuarto de siglo, Cthulhu realmente había ascendido de las profundidades, cuando la ciudad hundida, R'lyeh, emergió parcialmente del mar. Entonces empezó un viaje marcado por una estela de destrucción que dejaba tras de sí barcos y aviones que se esfumaban, poblaciones enteras de islas apartadas que desaparecían. Se organizaron misiones secretas. Una explosión termonuclear destruyó la isla de Pascua, incluyendo el suicidio del escuadrón enviado para ello.

La historia no había sido nunca oficialmente confirmada o negada, pero no terminaba allí.

Según un rumor persistente, Cthulhu no había muerto. Ningún arma podía aniquilar

a una extraña forma de vida capaz de reconstituir sus componentes atómicos. El ser inmortal una vez más, se había refugiado en su guarida secreta, bajo el mar.

Las sectas que proclamaron su llegada, habían desaparecido también. En su lugar estaba la Hermandad Negra. Negra por la magia, no por la raza, pensó Mark. Naturalmente el grupo tenía una proporción normal de no caucasianos. En particular en Los Angeles, donde la población estaba compuesta por un veintidós por ciento de negros, un siete por ciento de orientales y, aproximadamente, un treinta por ciento de hispanos.

Hasta el momento nadie conocía a los componentes de la secta, cuántos eran blancos, cuántos eran negros, cuántos eran activistas y cuántos meramente creyentes. Lo más probable era que el número de miembros no fuese muy crecido, pero su influencia se estaba extendiendo y cada acción terrorista aumentaba el poder de la secta.

Oficialmente no se había desmentido. Ningún erudito, como Judson Moybridge, podía detener la creciente ola de tensión alrededor de la idea de la venida de Cthulhu. Y ninguna actuación de la Justicia había tenido éxito, ni siquiera habían logrado disolver las sectas secretas responsables del crecimiento de la violencia y la corrupción. No sólo allí, sino en todo el mundo, el modelo era claro: bombardeos, incendios provocados, sabotajes, asesinatos o misteriosas desapariciones de importantes ciudadanos, políticos o no, precedidos por amenazas, como el caso del atentado de ese día.

No había duda de que las autoridades estaban llevando a cabo una investigación secreta, pero sin resultados. Lo que había sido un problema sin importancia, estaba convirtiéndose rápidamente en el principal dolor de cabeza del gobierno.

Dolor de cabeza.

Mark parpadeó al sentir el dolor latiendo detrás de sus ojos. Bajó el cristal de la ventanilla para que entrara el aire, y el frío de la noche refrescó su frente. A la izquierda, vio la extensión de árboles y arbustos, envuelta en niebla, detrás de las paredes del cementerio de Parkland.

No sentía ninguna atracción por los cementerios, pero en esta ocasión era un signo de bienvenida, significaba que estaba llegando a su destino. Al girar a la izquierda se encontró con la casita situada al lado de la carretera. Aparcó junto a la acera, en una calle sin salida.

Un momento después, llamaba al timbre del 1.112 de la calle Parkland.

Se encendieron las luces a cada lado de la entrada y desde dentro salió una voz.

—Sí. ¿Quién es?

—Mark.

La puerta se abrió y Laurel Colman se quedó mirándolo sorprendida. Llevaba una bata y el pelo recogido. Obviamente se estaba preparando para irse a la cama, y en la cara todavía quedaban restos de la crema limpiadora. Pero incluso sin maquillaje, las suaves facciones morenas y los ojos, ligeramente rasgados, con su brillo de zafiro, ejercían un impresionante efecto exótico.

Ahora los ojos parecían inquietos.

—¿Qué demonios haces aquí a estas horas?

—Déjame entrar.

—Claro.

Laurel se apartó permitiéndole la entrada.

—Pero, dime...

—Después. ¿Tienes una aspirina?

—Siéntate. Te la traeré.

Lo condujo hasta el salón y desapareció, para reaparecer más tarde con las pastillas en una mano y un vaso de agua en la otra.

Mientras Mark tragaba y bebía, la chica lo observaba frunciendo el ceño.

—¿Qué pasa? —dijo.

—Nada. Sólo otro dolor de cabeza.

—De verdad Mark, deberías ver a un médico. Lo prometiste, ¿recuerdas?

—Lo sé —asintió él—. No he tenido tiempo.

—Ibas a telefonarme esta noche —murmuró Laurel—. ¿Qué ha ocurrido?

Mientras él se lo contaba, ella escuchó atentamente, sin ninguna interrupción.

—Moybridge es quien me preocupa —dijo Mark—. Sabes lo unidos que estábamos. Desde que tenía tres años, cuando me sacó del orfelinato. Me crió en su casa como si fuera mi verdadero padre...

Laurel levantó la vista súbitamente.

—¿Estás seguro de que no lo es?

—A veces he deseado que lo fuera, pero es imposible. Una vez, hace años, cuando tenía catorce o quince años, se lo pregunté abiertamente. Me costó mucho hacerlo, pero a él le debió costar más aún responderme.

—¿Homosexual?

Mark negó con la cabeza.

—Estéril. Alguna enfermedad infantil, paperas o escarlatina. Por eso nunca se casó. Y supongo que ese fue uno de los motivos de que se convirtiera en mi protector. En los años siguientes al gran terremoto, muchos chicos se quedaron sin padres. En algunos casos los abandonaban a las puertas de las casas. Los orfelinatos estaban abarrotados y las autoridades emprendieron una campaña para buscar padres que los adoptasen. Moybridge fue uno de los que respondió, y tuve la suerte de que me eligiera a mí.

—Entonces realmente no sabes nada de tus antepasados.

—Ni lo más mínimo. El apellido Dixon era el de soltera de la madre de Moybridge. Me lo cedió legalmente cuando me tomó bajo su custodia. Tenía entonces su antigua residencia en Los Feliz. La señora Grimes, su ama de llaves, cuidó de mí. En aquellos años, él se estaba estableciendo como abogado, pero siempre encontraba tiempo para dedicármelo. Como te dije, tuve suerte.

»Recuerdo lo contento que estaba cuando empecé la carrera de periodismo en la UCLA. El tenía contactos con alguien de la ciudad y me ayudó a encontrar trabajo cuando me gradué. Entonces compró la casa nueva y yo me mudé a mi apartamento. Pero no hubo resentimientos. El me animó para que viviese mi vida. No perdimos el contacto, y siempre

que yo tenía un problema, él estaba dispuesto a ayudarme. Hasta que llegó el asunto de la Hermandad Negra...

Laurel frunció el ceño.

—No he leído su libro pero, por lo que me has contado, debió trabajar mucho en él.

—Es verdad. Empezó la investigación cuando yo todavía estaba en la escuela. Tardó años en terminarlo.

—Comprendo. —Laurel miraba pensativamente—. Pero, ¿qué fue lo que le impulsó a ello en un principio? ¿Tenía amigos que estuvieran interesados, le sugirió alguien que lo escribiera?

—Tampoco yo lo sé. Pero mientras trabajaba en ello, apenas hablaba de otra cosa. Cuando hizo el último borrador casi no se ocupaba en su profesión. El segundo socio asumió la dirección de la oficina. Entonces, después de que se publicó el libro, pareció perder el interés por él. Volvió a su trabajo, se compró una nueva casa y se instaló allí. Creo que, desde entonces, ninguno de los dos había mencionado nunca a Lovecraft hasta esta noche. —Mark hacía rodar el vaso entre sus dedos—. Ahora, de repente, este arranque. Amenazas, advertencias, ¿por qué?

—¿No puedes pararte a pensar que es natural que se preocupe de tu felicidad? —dijo Laurel—. Hasta ahora, no habías tenido nada que ver con la Hermandad Negra. Ahora estás complicándote en eso y él está intranquilo.

—Entonces, ¿por qué niega que la Hermandad Negra existe? ¿Por qué miente sobre lo que ocurre? ¿Sabe algo que nosotros no sabemos?

Laurel se encogió de hombros.

—Todo el mundo está inquieto últimamente. No sólo es el terrorismo. Mira el asunto del movimiento de los continentes o lo que sea. El otro día, precisamente, leí en una revista algo de que la polución de la atmósfera por residuos nucleares estaba cambiando el clima. Lo que llaman «el efecto invernadero». Dicen que se podrían producir otros terremotos como los de hace veinticinco años o incluso peores. —Sonrió—. Claro que yo no creo todas esas predicciones del fin del mundo.

—Ni yo —dijo Mark levantándose—. Pero quizá Moybridge sí. Quizá conoce algún secreto.

—No debes obsesionarte con eso.

Laurel se puso de pie.

—Mira, es bastante tarde...

Mark dejó el vaso sobre la mesa, fue hasta Laurel y la cogió por los brazos. Sus labios tenían un ligero sabor a crema de belleza, pero eso no hizo que él reprimiera su impulso de abrazarla fuertemente. Sostenía el delgado cuerpo de ella entre los brazos. Las manos de él ya buscaban torpemente los botones de la bata.

—Mark, basta, podrían vernos desde la calle...

—Pero no en el dormitorio.

La condujo hasta allí, y esta vez el batín salió sin resistencia.

La exótica cara, reflejando la mezcla heredada de un padre irlandés y una madre

japonesa, se levanto hacia él con una cierta ironía.

—Creía que te dolía la cabeza.

—Sí. Pero confío en que tú me quites el dolor.

—Haré todo lo que pueda —murmuró Laurel.

Lo empujó sobre la cama y cumplió su promesa.

Oscuridad. Algo sólido va extendiéndose a su alrededor, una cascada de frialdad, una ola de hielo en el mar helado, que se encrespa para chocar con la cresta de la noche, eclipsando la vista y el oído y las sensaciones...

—Mark ¡despierta!

Abrió los ojos y vio las sombras oscilantes en el techo del dormitorio, mientras Laurel lo zarandeaba para despertarlo.

No, no era Laurel. Toda la habitación temblaba. Y por todas partes el retumbo contestaba como un fuerte bramido.

—¡Un terremoto!

Se levantó lentamente, tirando de la chica para que hiciera lo mismo, mientras el suelo vibraba y crujía.

—¡Fuera! ¡De prisa!

Laurel recogió el batín y las zapatillas de la silla junto a la cama, mientras él, apresuradamente, tomaba los zapatos y un lío de ropa. Entonces, dando traspiés por el pasillo, llegaron hasta la sala. Del dormitorio llegaba el ruido de cristales al romperse. Al correr hacia la puerta, una lámpara se vino abajo y los cuadros bailaban en las paredes hasta caer en el suelo.

Ahora toda la casa temblaba por el golpe de una mano gigantesca, y Mark tiraba de la puerta intentando abrirla. La barrera cedió; empujó a Laurel a través de la abertura y la siguió en la espesa niebla de la noche.

Detrás de ellos, la mano invisible oprimía y acosaba. Se produjo un gran estruendo en el momento que una parte del tejado cedió.

Corrieron sobre la hierba crecida en busca de algún lugar seguro en la calle.

—¡Cuidado! —gritó Laurel.

Al mirar hacia arriba, Mark vio la esfera del farol cayendo en espiral entre una lluvia de chispas que desaparecían en la niebla espesa.

—¡Vamos al coche! —dijo Mark.

Pero su coche ya no estaba junto a la acera. Al mirar a la izquierda, lo vio empotrado contra un muro de hormigón al final de la calle. El capó estaba aplastado por un poste de teléfonos caído. Una aureola de luces centelleaba a su alrededor, haciendo que la niebla pareciera verde. Las chispas saltaban, mientras el tendido de la electricidad azotaba con sus tentáculos el vehículo atrapado.

De repente, entre el lejano retumbar, sonó un silbido avisador, y los centelleos verdes se volvieron rojos y la noche empezó a arder.

Algo se precipitó desde arriba y Mark, al ver la neblina encarnada, tiró a Laurel al suelo. Sobre la hierba y el pavimento se derramaban chorros de gasolina, que se volvían rojos cuando el fuego ardía hasta consumirlos. Pronto alcanzaría la casa y entonces...

Mark se levantó, volviéndose hacia la entrada de la calle. Allí un árbol había caído, con los cables del tendido eléctrico enredados entre sus ramas. Empezó también a quemarse, lanzando llamaradas que impedían el paso.

La única vía de escape era atravesar la calle y llegar a la pared del cementerio de Parkland, que se levantaba detrás de un grueso velo de niebla y oscuridad.

Sin decir una palabra, Mark empezó a caminar hacia allí, llevando de la mano a Laurel. Por lo menos allí, al aire libre, estarían a salvo, si conseguían escalar el muro de piedra que rodeaba el cementerio.

Al llegar a la acera de enfrente, a través de los remolinos de niebla, vio que ese problema había desaparecido, junto con un trozo de muro. Una gran rotura se abría a la derecha, de forma que permitía el paso.

Animó a la chica.

—Vamos antes que el fuego se extienda...

Treparon por los escombros hasta penetrar en el cementerio. Allí se detuvieron exhaustos y en silencio, al comienzo de un camino cubierto de niebla.

—Creo que está pasando —murmuró Laurel—. Escucha...

Mark asintió. El ruido retumbante se apagaba a lo lejos y la vibración bajo sus pies había cesado.

El respiró profundamente, mirando cómo Laurel abrochaba su batín y se ajustaba el cinturón. De repente se dio cuenta de que el frío envolvía su cuerpo y también de que en la mano llevaba un lío de ropa. Se vistió apresuradamente, introduciendo los pies desnudos y magullados en los zapatos. Tras ellos sonaba el crujido avisador de las llamas ascendentes, pero él no se volvió a mirar. Escaparon hacia delante, entre los árboles y la niebla. Y ya que el terremoto había muerto...

Muerto.

Laurel también lo sentía, porque su mano temblaba al tocar el hombro de él.

—No me gustan los cementerios —murmuró ella—. Vámonos de aquí.

—No podemos arriesgarnos a salir a la calle ahora —dijo Mark—. No con el tendido eléctrico caído. Acortaremos si vamos a la puerta de entrada por la avenida.

—¿Tenemos que hacerlo? Me da miedo...

—Da las gracias de que hayamos logrado salir a tiempo —le dijo él—. Al menos aquí estamos a salvo. Vamos, dame la mano.

Con los dedos temblorosos de ella entre los de él, empezaron a avanzar entre los árboles, por el sinuoso camino de grava, a través de las tumbas y las lápidas. La niebla era allí más densa; se cernía sobre el silencioso cementerio, cubriendo hasta el último rincón.

De repente, Laurel se quedó sin aliento, tirando de la muñeca de Mark para

arrastrarlo hacia atrás.

La mano invisible también había trabajado allí, arrancando las lápidas, destrozando las tumbas. Grandes grietas recorrían el suelo arenoso en todas direcciones, desgarrando profundamente la tierra.

Al mirar una tumba, Mark vio un ataúd astillado, con la tapa de roble arrancada. Con curiosidad, examinó lo que yacía en el interior. A través de los remolinos de niebla, asomaba una calavera sonriente, con las cuencas de los ojos vacías, fosforesciendo en la oscuridad.

Laurel hizo un ruido con la garganta, después volvió la cabeza y tiró de la mano de él. Evitando el agujero, se pusieron en marcha de nuevo.

Entonces, al apretar el paso, empezaron a aparecer surcos por todas partes. Fragmentos de urnas destrozadas, esparcidas entre las lápidas rotas. Nuevamente perdieron tiempo en rodear otras tumbas destrozadas, pero ninguno de los dos se paró a mirar en el interior.

Ahora estaban fuera del camino, andando a través de un laberinto de niebla y peligros ocultos. Mark observaba los cenotafios y los monumentos resquebrajados. Entonces, casi tropezó con la estatua de un ángel de alas rotas.

Estaban llegando al centro del cementerio, a la parte más antigua, donde los mausoleos de mármol y las tumbas de granito todavía se aguantaban de pie. Pero no estaban del todo intactos; en muchos, el terremoto había arrancado el enrejado de hierro y las puertas. Y la tierra estaba llena de surcos profundos en todas las direcciones.

La tumba abierta. Desde los primeros tiempos, Mark conocía el significado de esa frase; el significado y la amenaza. Laurel jadeaba detrás de él, mientras saltaban sobre las profundas fisuras, evitando los agujeros que conducían a los dominios de la muerte. Todo era confusión, y Mark empezó a notar el aire fétido de la putrefacción que salía de los surcos y se mezclaba con la pegajosa niebla.

Pero lo peor era el silencio, el silencio mortal de la bruma creciendo calladamente, interrumpido sólo por los jadeos de Mark y de su compañera, esforzándose por continuar.

Y por el *otro* ruido.

Un perro ladraba a lo lejos. Su ladrido parecía llegar de algún lugar detrás de ellos, en la oscuridad. Y entonces llegó también el ruido sordo de unas pisadas, el ruido repetitivo, que resonaba en la noche, mientras el ladrido se intensificaba.

Mark se detuvo, mirando atrás en la niebla. No vio nada, pero el ruido era cada vez más fuerte. Laurel también lo oía y su mano fría apretaba la muñeca de él.

—¡Algo se acerca! —exclamó ella—. En ese momento, se volvió a mirar en la neblina.

—¡Oh, Dios mío!...

Mark lo vio también, o creyó verlo.

Una forma oscura surgía de un montículo de tierra, junto a una de las grietas; la silueta de una cabeza y unos hombros se proyectaba en la niebla, torciéndose hacia un lado, de modo que el hocico del perro se hiciera claramente visible. Un perro gigantesco se asomaba desde una grieta para mirar. Después desapareció.

Los perros ladran, pero sus ladridos no se convierten en carcajadas.

Y en aquel momento, empezaron a oírse unas risas entrecortadas. Algo se deslizaba hacia fuera desde un surco lleno de niebla.

Laurel gritó y súbitamente soltó la mano. Antes que Mark pudiera darse cuenta de sus intenciones, salió corriendo, huyendo a ciegas en la niebla.

—¡Detente! —gritó Mark.

Pero la figura desapareció corriendo en la oscuridad, dirigiéndose hacia las tumbas que se elevaban en un montículo, desde donde se irradiaban las grietas.

No eran grietas. Eran *madrigueras*.

La comprensión llegó con una claridad glacial. Un terremoto podía desgarrar la tierra, pero no podía construir lo que se escondía debajo. Un sistema regular de túneles entrecruzados yacía bajo el cementerio, a unos dos metros de profundidad; cientos de túneles excavados en la arcilla, durante un siglo de trabajo, por cosas que se movían de unas tumbas a otras en busca de...

Alimento.

Mark se hundió en la bruma gritando.

—¡Laurel! ¡Espera! ¡Vuelve!

No había respuesta alguna, ni era posible ver a la chica entre la oscuridad llena de niebla que rodeaba las bocas de las tumbas.

Pero las risas se oían nuevamente. Llegaban de algún lugar más adelante, desde el montón de tierra en donde convergían los surcos de las tumbas. Y durante un instante tuvo la visión de un hocico canino saliendo de la tierra, que continuaba con un cuerpo que corría y saltaba sobre dos torpes piernas, con los grotescos brazos, o patas delanteras, ávidamente extendidas.

Después desapareció, tragado por la oscuridad como lo había sido Laurel.

—¡Laurel! —llamó.

Y al hacerlo, bajó la vista, justo a tiempo para evitar caer en una de las aberturas de los túneles. Después siguió corriendo hacia el montículo donde las tumbas se recortaban contra la helada noche de niebla.

—¡Laurel!... ¿Dónde estás?

La respuesta fue un grito procedente de la boca de un mausoleo, a la izquierda.

Al empezar a andar hacia allí, el grito se interrumpió bruscamente. Pero entonces las risas aumentaron, seguidas por un sonido indescriptible: una mezcla de gruñidos y gorgojeos.

Mark corrió, con los ojos fijos en la abierta entrada, sin ver las lápidas que estaban caídas en el camino.

Tropezó y cayó, golpeándose la frente contra el granito con tanta fuerza que quedó aturdido. Durante un largo rato, las imágenes y el sonido se apagaron, mientras él intentaba mantenerse consciente. Permaneció tumbado, jadeando, hasta que su vista se aclaró de nuevo y sintió un latido inesperado en las sienes, el dolor agudo en el cuello y los hombros. Pero no sangraba, y podía ver y oír otra vez. Se levantó tambaleándose,

mirando la entrada de la tumba, esforzándose por concentrar su atención en cualquier sonido que saliera de dentro.

Pero ahora todo estaba en silencio. Mark se acercó, deteniéndose antes de entrar, intentando intuir lo que yacía dentro.

Silencio y oscuridad.

De todas formas sabía que, a pesar de lo que encontrase, aquel no era ya el camino a seguir, lo había perdido mientras yacía sin sentido en el lugar de su caída.

—¿Laurel? —llamó suavemente.

Pero no hubo respuesta.

Mark tomó aliento.

Entonces, con cuidado, paso a paso, atravesó la oscura entrada hacia la hedionda negrura. Sus pisadas resonaban sordamente sobre el suelo de piedra del mausoleo. Apoyando la mano derecha en el mármol frío de la pared para guiarse, se adentraba en el reino invisible maloliente y helador. Una vez más susurró el nombre de Laurel.

Fueron sus pies quienes la encontraron, al pisar el batín tirado en el suelo.

Ella yacía inmóvil, y él ya no volvió a murmurar su nombre. Se agachó y levantó su cuerpo relajado en los brazos. Era tan delgada que no tuvo ninguna dificultad en transportarla hasta fuera, a la noche brumosa. Allí fue donde, al mirar, se dio cuenta de por qué parecía tan ligera la carga.

Lo que la había atacado en la oscuridad no había herido su cuerpo; las extremidades y el torso estaban intactos.

Pero la cabeza había desaparecido.

¿Cuánto tiempo había estado corriendo? Su último recuerdo claro era la visión del cuello desgarrado, sangrando. Dejó entonces caer su horrible carga, y lo que llegó después fue una marcha sofocada a través de los reinos del terror sepulcral.

Todo estaba fragmentado en visiones fugaces, interrumpidas por un punzante dolor de cabeza. *Un terrible dolor de cabeza.* ¿No era esa la típica frase? Un dolor de cabeza tan terrible que le hacía confundir la realidad y las alucinaciones.

Había existido una chica llamada Laurel y había muerto. ¿Pero cómo podía estar seguro del resto? Si no había nada parecido a un perro, ¿por qué guardaba su recuerdo con tan espantosa claridad? La visión de un hocico rezumante, con brazos escarbadores, cubiertos de un pelaje plateado ¿Sería eso menos real que su visión de multitud de esas criaturas, cavando túneles en el cementerio para llegar hasta lo que yacía debajo y alimentarse de ello?

¿O era tan sólo la evocación de uno de los relatos de Lovecraft, algo que había leído?

Pero la cabeza de Laurel había desaparecido.

Y él *había* corrido, *había* llegado hasta la puerta de la avenida, en el otro lado del camposanto. Allí, el silencio sepulcral daba paso a ruidos estridentes. El silbido de las sirenas a lo lejos, los gemidos de las voces en las calles cercanas, el rugido de las llamas en

la noche, el chirrido del metal de los coches cuando chocaban entre sí en su marcha en zig-zag, el estruendo de los muros al derribarse, el sonido estridente de los megáfonos en una barricada de figuras uniformadas que luchaban contra los saqueadores que invadían un centro comercial destrozado.

La cabeza de Laurel había desaparecido.

Tenía que llegar al centro de la ciudad, encontrar a Heller, contarle lo que había ocurrido. El terremoto era el gran suceso. Debía haber sido tan malo o peor que el de hacía veinticinco años, pero también tenía su historia y debía ser contada.

Ningún coche. Entonces caminaría, la distancia no pasaría de kilómetro y medio. Esquivar los cuerpos amontonados, las fogatas.

Chinatown estaba ardiendo. Un viejo corría por la calle, con el pelo y la barba envueltos en llamas. Una tubería de gas explotó y desapareció el viejo. Sacudidas, ondas de choque, una lluvia de escombros, una pared que ardía interrumpiendo el paso.

Dar un rodeo. Atravesar un tramo libre, pero de prisa. El siguiente tramo ya estaba bloqueado, escombros desparramados, coches volcados, aplastados como juguetes de latón, expulsados los muñecos que viajaban en el interior. Pero los muñecos se retorcían de dolor, gritando. El miedo hizo que su cabeza palpitara.

Da las gracias por conservar la cabeza. La cabeza de Laurel ha desaparecido. Debes contárselo a Heller...

Mark jadeaba, respiraba con dificultad mientras subía la colina de Bunker. Allí, el humo mezclado con la niebla secaba sus pulmones y hacía que los ojos le ardiesen. Pero entonces alcanzó la cima, la ciudad yacía al otro lado.

Mirando a través del humo que se movía formando espirales, vio la frase que monstruosamente tomaba forma.

Efectivamente la ciudad yacía más allá. Yacían las secuelas de la actividad. La actividad del terremoto que había derribado los rascacielos, había demolido el Pabellón y el Centro de Música y arrancado el tejado del Ayuntamiento.

La cabeza de Laurel había desaparecido.

Y el Times News Center había desaparecido. En aquel soberbio lugar del horizonte ahora se elevaba una columna de fuego.

De modo que no podía contárselo a Heller. No podía contárselo a nadie. Excepto a Judson Moybridge. Eso era. Tenía que encontrar a Moybridge.

Debía haber perdido todo el sentido del tiempo, y ahora volvía a trepar hacia las colinas. ¿Era realidad o imaginación lo que le hacía evocar el sombrío recuerdo de un hombre en un coche, un joven negro que se paró haciendo señas para llamarlo?

—Estás acabado, amigo. Será mejor que te lleve, ¿dónde vas? Yo voy a probar si la 101 no está cortada. Sube, te dejaré en la base del cañón. Ya me desviaré después.

Un terrible dolor de cabeza.

Pero debió haber ocurrido así, debió haberle llevado. Ahora estaba en la carretera de la montaña. El tendido eléctrico estaba ileso en casi todos los sitios, pero no salía ninguna luz de las casas silenciosas que anidaban en la ladera y quedaban pocos coches junto al

camino. Todos habían escapado aterrados. Desaparecido, como la cabeza de Laurel.

¿Te das cuenta ahora? Estabas equivocado, y Lovecraft decía la verdad. Existen esas cosas, porque yo vi una. Dios sabe cuántas más se ocultaban en aquellas madrigueras. Dios sabe de dónde salían para invadir toda la ciudad. Aquella noche iban a darse un banquete, iban a saciarse del todo...

Eso era lo que le estaba contando a Moybridge. ¿O hablaba consigo mismo tropezando en la oscuridad? *Alucinación y realidad.*

Cuando llegó a la cima el cielo estaba rojo. Rojo intenso, rojo furioso. El sonido de las llamas y las sirenas, los helicópteros sobrevolando.

El dolor en la cabeza, el dolor en el cuello y los hombros, se juntaban con una sensación en los pulmones, en los riñones, en las piernas. Subiendo, subiendo aún más. *Tenía que encontrar a Moybridge, contárselo.*

La casa, en la cumbre de la colina, estaba a oscuras, pero el coche aún se encontraba en el cobertizo, y un poco más lejos había otro aparcado.

Mark encontró la verja abierta. Entró y fue hasta la puerta principal. No hubo respuesta a su llamada, ni al timbre ni a los golpes. Giró el tirador, pero la puerta estaba cerrada.

Caminó hasta el otro lado de la casa y encontró una ventana cerrada. Miró a su alrededor en busca de alguna roca o piedra para romper el cristal.

Al hacerlo advirtió que la verja del final del camino estaba entreabierta. La empujó y entró en el patio trasero. Allí la niebla era más espesa y cubría toda la parte de la piscina.

Pero no era la piscina lo que importaba; al darse la vuelta vio la puerta de cristal que daba a la sala. Estaba abierta, y del interior salía un débil murmullo y un resplandor fugaz.

Mark miró hacia dentro. El murmullo y el resplandor provenían de la pantalla de televisión. La superficie agrietada no ofrecía ninguna imagen, sólo una mancha borrosa de luz.

Entró en la habitación y apretó el interruptor de la pared, las luces no se encendieron, de modo que allí también habían tenido daños. Y de ser así, ¿qué le había ocurrido a Judson Moybridge?

Mark le llamó por su nombre. Después gritó. Pero no hubo contestación alguna.

De nuevo sintió los latidos en el cráneo y en los hombros y, resollando con dificultad, atravesó la habitación y empezó a caminar por el pasillo que conducía a la cocina y a los dormitorios.

No había ningún signo de alteración, ningún ruido, excepto el de sus pisadas resonando en la oscuridad. Entonces recordó el encendedor que guardaba en su bolsillo y lo buscó torpemente. La llama brillaba y permanecía firme mientras él revisaba el comedor y la cocina. Ambos estaban vacíos y sin desperfectos.

Lentamente llegó hasta el primer dormitorio, reuniendo valor para mirar adentro. Pero allí también la luz del encendedor reveló que no había nadie. En el baño tampoco descubrió ninguna pista.

Entonces recordó que una vez Moybridge había mencionado que usaba el segundo

dormitorio como estudio y despacho a la vez.

Mark caminó hasta el final del pasillo. La puerta estaba cerrada, pero no con llave. Empujó para abrirla y entró con el encendedor en alto.

Allí dentro todo era confusión. Los libros habían sido barridos de la estantería empotrada, y estaban esparcidos desordenadamente por el suelo, tirados de cualquier forma. La silla del escritorio estaba volcada entre ficheros caídos. El contenido de los ficheros sobre la alfombra. El escritorio, arrinconado contra la pared, cubierto de papeles y carpetas.

Mark miró frunciendo el ceño. Sólo la actuación del terremoto podía haber producido tal resultado. ¿O quizá no?

Los terremotos podían abrir cajones, pero no vaciarlos. Los terremotos podían arrojar fuera el contenido de los ficheros, pero no podían forzar cerraduras ni registrar. Los terremotos no podían abrir la caja fuerte...

Entonces rodeó el escritorio y encontró la puerta circular de acero de la caja fuerte entreabierta.

La caja estaba vacía.

Detenidamente inspeccionó el montón de papeles que había a sus pies. Algunos habían salido de la caja, no había duda: el portafolios de piel con las pólizas de seguros, el gran sobre de papel manila donde estaba escrito el nombre de la compañía hipotecaria, y los paquetes de billetes envueltos cuidadosamente.

Mark tomó uno y lo examinó. El paquete, protegido con cinta adhesiva, tenía tres pulgadas de grosor y los billetes eran todos de cien dólares. En el suelo había media docena más. Una fortuna en moneda de curso legal.

Obviamente, quien fuera el que abrió esa caja, no buscaba dinero.

Se agachó, sintiendo el dolor que se extendía por el pecho. Respiraba fatigosamente, sofocándose. Algo malo le ocurría, muy malo, pero tendría que esperar. Allí también ocurría algo malo y tenía que saber...

Sobre el suelo había más cosas de la caja: recibos, títulos de acciones, documentos legales. Al fondo de todo había un sobre que le hubiera pasado inadvertido, si no llega a ser porque sus dedos tropezaron con el duro objeto que contenía. Mark lo abrió con la mano libre y el contenido del sobre rodó hasta su palma.

Era sólo un diminuto carrete de microfilm, dentro de una pequeña bolsa de plástico, cerrada con una cinta. Sobre la cinta había un nombre garabateado.

Extracto — Necronomicon.

De nuevo se hizo borrosa la vista de Mark y sintió una punzada de dolor que recorría sus hombros. *Alucinación y realidad.*

El *Necronomicon* era la alucinación. El mismo Judson Moybridge dijo que tal libro sólo había existido en la imaginación de Lovecraft. Pero el carrete del microfilm era real y provenía de la caja fuerte de Moybridge.

¿Qué más guardaba aquella caja, y quién había ido a buscarlo?

Mark se levantó, dejando caer el carrete en su bolsillo. El encendedor temblaba en su

mano y los pinchazos de dolor se hacían más fuertes.

Alucinación y realidad. Moybridge había jurado que no existían cosas como la Hermandad Negra, pero la Hermandad Negra predijo el terremoto y el terremoto se había producido. Moybridge había dedicado muchos años de su vida a probar que las imaginaciones de Lovecraft no tenían ninguna base real, pero aquella noche uno de los relatos había cobrado vida y, a causa de ello, Laurel había muerto.

Si Moybridge sabía la verdad, ¿por qué había mentido?

La cabeza de Laurel había desaparecido. ¿Y dónde estaba Moybridge?

Mark salió de la habitación, alejándose poco a poco por el pasillo, alerta a cualquier señal o ruido que pudiera revelar la presencia de alguien que estuviese escondido. No vio nada, excepto sombras. Sólo se oía el zumbido de la pantalla rota en el salón. Fuera, en el patio, la niebla era densa.

Apagó el encendedor y salió. En la noche, que lo rodeaba como un sudario, se oía el ruido del agua al correr. Aquel ruido le llevó junto a la piscina y miró su superficie rizada, llena de burbujas negras que bullían y reventaban.

Algo se movía debajo.

Algo se movía, retorciéndose y elevándose desde las profundidades. Y entonces, lentamente, emergió.

A través de los jirones espirales de niebla, Mark contempló lo que flotaba en el centro de la piscina. Era el cuerpo oscilante y la cara hinchada de Judson Moybridge.

Los ojos vítreos sobresalían inexpresivos y ningún sonido surgía de la desfigurada boca abierta. Porque la muerte ni ve ni habla Moybridge estaba muerto.

Se agachó, inclinándose hacia delante para alcanzar el cuerpo.

Entonces, junto al borde, salieron unas manos del agua que le agarraron de repente por los tobillos, precipitándolo en la negrura burbujeante.

Cuando te ahogas pasas revista a toda tu vida.

Eso decían los cuentos de las viejas, pero era falso.

Mark lo sabía porque estaba ahogándose ahora, ahogándose en la piscina junto al cuerpo flotante de Judson Moybridge. El dolor de cabeza llegó al máximo, y los latidos se extendían al cuello y al pecho. Intentó liberarse, pero las manos invisibles le sostenían con fuerza, hundiéndolo en las profundidades hasta que sus pulmones se llenaron de agua.

Cuando esto ocurrió, ya debería estar muerto, pero no lo estaba. Era un sueño...

En el sueño todavía estaba vivo y ellos lo sacaban de la piscina, chorreando agua, aturdido e indefenso, pero vivo.

Pudo ver cómo lo rodeaban, tomándolo por los pies y transportándolo hasta un coche aparcado más allá de la casa.

Había algo extraño en sus vestidos: no se adaptaban a sus cuerpos. Las prendas habían sido confeccionadas para cuerpos humanos normales y sus capturadores no eran normales. Su torpe manera de andar revelaba una malformación en las piernas, sus espaldas estaban encorvadas y sus abultados cuellos se dilataban y se contraían con el ritmo discordante de su respiración. Tenían muñecas alargadas, saliendo de los puños de

las camisas, acabadas en dedos unidos por una membrana que le sujetaban y le apretaban como garras. Y lo que percibió de sus rostros, hizo que su sueño se transformase en una pesadilla.

Grandes ojos globulosos que no parpadeaban; narices aplastadas con anchos orificios; grandes bocas sin labios, abriéndose para exhibir hileras de diminutos dientes afilados; la piel escamosa cubriendo con tirantez las cabezas sin pelo; cuellos con barbillas con rajadas a ambos lados, abriéndose y cerrándose en un continuo latido. Todo eso era parte de un sueño.

Pero su irresistible olor a pescado era lo que realmente le repelía; su olor y sus voces. Los profundos sonidos guturales presentaban sólo una semejanza con el lenguaje, pero podía comprender las palabras trabajosamente pronunciadas.

—La costa no. El camino ha desaparecido. Todo destruido. Debemos volver a las carreteras. A través de las montañas.

Entonces, afortunadamente, todo se desvaneció.

Cuando Mark recobró el conocimiento, se dio cuenta de que la noche era fría. Pero él no tenía frío. Habían trepado por encima de la niebla, dando trompicones y resbalando. Mark abrió los ojos y observó el horizonte rojizo a lo lejos y la negra oscuridad del cielo, donde asomaban los altos picos.

Mientras oscilaban de un lado para otro, siguiendo la carretera llena de surcos, acortando por las cuestas empinadas de las altas montañas, le parecía que la respiración de sus compañeros se hacía cada vez más fatigosa. Jadeaban quejándose, pero el que guiaba negaba con la cabeza pelada y deforme.

—El único camino seguro. El único camino seguro. —Repetía una y otra vez.

Seguro de interferencias humanas, de que apareciesen otros vehículos en aquel peligroso camino que atravesaba los picos. Un sol encarnado aparecía en el cielo por el este, produciendo un resplandor rojizo entre el espacio que dejaban en medio las montañas, a la izquierda. El origen de aquello era el reflejo del sol en el agua, pero Mark no podía recordar haber visto nunca el océano tan cerca de los montes, allí en el norte. La geografía se confundía en los viajes soñados.

Nuevamente le pareció sumirse en un profundo aturdimiento, despertándose de tanto en tanto, cuando el coche se detenía para enfriar el radiador. Pero siempre retornaba a la marcha, y las horas interminables pasaban en silencio, sin interrupciones. Porque, aunque sus capturadores continuaban sujetándolo por los brazos, no hacían ningún esfuerzo por dirigirle la palabra.

El tiempo no existe en los sueños y era incapaz de saber cuánto hacía que habían rodeado el valle inundado de agua, que cubría las casas hasta los tejados. Ni sabía en qué momento le habían conducido por encima de un torrente fangoso donde los cuerpos de hombres y de ganado se arremolinaban entre la espuma manchada de rojo.

Procuró animarse al descubrir que el crepúsculo había llegado una vez más y el coche pasaba junto a un letrero medio caído: *Los Gatos*²⁶ — 30 millas.

26 N. del T.: En castellano en el original.

Debían estar en algún lugar de las montañas de Santa Cruz, suponiendo que tales cosas existieran realmente en los sueños, se dijo. En los sueños de muerte. La realidad se había muerto en algún lugar de aquella ciudad, de la misma forma que él había muerto ahogado en la piscina porque nunca aprendió a nadar.

Más valía que fuera así. Más valía estar muerto y soñando, que vivo y despierto en las garras de aquellas criaturas, trepando otra vez por las montañas crepusculares, cubiertas de árboles.

De vez en cuando se divisaban casas, aisladas y silenciosas, vacías y sin luz, entre las enormes secoyas. Vio un letrero que decía: *Terraza con vista al cielo*. El coche pasó de largo, después dobló por una carretera sucia, angosta y empinada, una especie de sendero que conducía a un laberinto de árboles.

Era una ilusión, por supuesto, porque el sueño era la única realidad. Aquel sueño y aquellas criaturas. Ahora sabía lo que eran los híbridos con aspecto de pez. Sabía de dónde venían y a dónde debían ir. Le llevaban a Innsmouth...

—¿Innsmouth? —dijo la voz—. Sin duda sabrá que no existe. Y que nunca existió; al menos con ese nombre.

Mark abrió los ojos.

La habitación estaba oscura y el cielo de la noche, a través de la ventana panorámica, estaba más oscuro aún. Parecía encontrarse sentado en un sofá junto a la ventana. Un sofá tapizado con una tela particularmente gruesa y áspera. Entonces se dio cuenta de por qué resultaba tan molesto para su piel: estaba desnudo.

El aire era húmedo y frío, pero eso no le importaba; el dolor había desaparecido, de forma que se sentía casi del todo bien. ¿Pero cómo era posible si estaba muerto y soñando?

—Ni muerto ni soñando —dijo la voz.

Mark miró alrededor de la habitación, buscando su procedencia. Gradualmente su vista se adaptaba a la escasez de luz y ahora podía descubrir vagamente el perfil de un cuerpo en las sombras, ocupando una silla junto a la pared del fondo.

La naturaleza de esa figura era poco clara, pero su postura era erecta. Eso, junto con la ausencia del repugnante olor y la claridad con la que hablaba, le indicó a Mark que no estaba en presencia de uno de sus raptos.

—No ha sido raptado —dijo la voz—. Ha sido conducido hasta aquí.

Tardíamente, Mark se dio cuenta de que no había hablado en voz alta. Y eso significaba...

—¿Lee los pensamientos?

La voz reflejaba una cierta ironía.

—Es sólo intuición. Una broma. Si realmente pudiese hacerlo, habría sabido que Moybridge no era de confianza. Como tuve sospechas ordené que registraran su casa. Lo que encontraron en la caja fuerte las confirmó.

—Usted lo asesinó —dijo Mark.

—Una dura palabra. De cualquier forma habría muerto cuando subieran las aguas.

—¿Aguas?

—Olvidaba que no sabía lo del desbordamiento de la marea que se produjo como consecuencia de los temblores de la noche pasada. La dársena de Los Angeles ya no está vacía. La línea costera de la baja California y la bahía de San Francisco han quedado inundadas. Incluso aquí en las montañas estamos protegidos sólo temporalmente. Véalo usted mismo.

Mark echó una mirada a través de la gran ventana de su izquierda. Antes de verlo oyó su murmullo; la extensión ininterrumpida de agua batiendo contra la pared del despeñadero, cuarenta pies más abajo.

—Continúa subiendo —dijo la voz.

Repentinamente, Mark se levantó, y su movimiento fue acompañado por una risa sarcástica.

—Quédese quieto —dijo la voz—. No queda ningún lugar donde ir. Por todo el mundo han caído las ciudades importantes, y sólo subsisten los picos más altos. Pero nuevas tierras emergerán de las profundidades; viejas tierras, en realidad, porque una vez poseyeron el dominio y ahora surgen para gobernar de nuevo. Los antiguos y las antiguas costumbres serán restituidos, y lo que quede de la humanidad desempeñará un papel inferior. Algunos como esclavos, otros como ganado, para procrear con aquellos que están bajo el mar o para alimentar a los que estén sobre la tierra.

—¡No! —Mark negó con la cabeza—. No lo creo...

—¿Aunque tenga la prueba ante sus ojos?

Nuevamente sonó la risa irónica en la oscuridad.

—La procreación y la alimentación siempre han existido, incluso cuando la humanidad se creía suprema. Los descendientes de esas uniones fueron los que le trajeron aquí. Y respecto a la alimentación; lo que los hombres llamaban su último lugar de descanso, realmente no lo fue nunca. Todos los cementerios son accesibles desde abajo, y toda la Tierra está llena de entradas a los cementerios. Lo que vio la noche pasada sólo es una muestra de lo que se oculta en las cavernas, bajo los montes.

Mark miraba fijamente a la sombría forma de donde salía la voz.

—¿Quién es usted?

—Mi verdadero nombre no le diría nada. Pero aquí, en la Tierra, en Egipto, hace años los hombres me llamaban Nyarlathotep.

El nombre resonó sobre el ruido de las aguas. *Nyarlathotep. El Mensajero Poderoso de los Diablos. Las historias de Lovecraft...*

—Él, desde luego lo sabía —murmuró la voz—. Siempre algunos lo han sabido. Alhazred depositó su conocimiento en el *Necronomicon* para que los hombres pudieran comunicarse con sus verdaderos maestros. Todavía aquellos conjuros y encantamientos pueden hacer daño si caen en malas manos. Es necesario buscar y destruir su obra y tacharlo de loco, aunque lo único que intentaba era instruir.

»Pero Lovecraft significaba una advertencia, y ése era el mayor peligro. Sólo una

casualidad impidió la llegada de Cthulhu, hace aproximadamente un siglo. Lovecraft lo narró todo con demasiada claridad y predijo la nueva aparición del Gran Cthulhu. Como sus obras estaban tan difundidas, fue imposible eliminar todos los ejemplares impresos e, inevitablemente, algunos lectores sospecharon la realidad detrás de la ficción.

»Era importante desacreditar sus relatos, asociarlos con extrañas sectas religiosas como la Sabiduría Sideral, de hace un cuarto de siglo. A sus miembros se les encomendó la labor de eliminar cualquier prueba tangible que pudiera confirmar las revelaciones de Lovecraft. Se buscaron todos los documentos y las cartas que le sirvieron como fuente de información, las pinturas de Richard Upton. Y sus propietarios, hombres como Albert Keith, fueron liquidados.

»Entonces la profecía de la venida del Gran Cthulhu se cumplía otra vez. Pero de alguna forma, las autoridades tuvieron conocimiento de ello y, por una serie de circunstancias, la ex mujer de Keith se vio envuelta en el asunto.

»Se envió una misión para luchar contra él y yo hice lo que fue necesario para impedirlo. Pero a pesar de todos los intentos y propósitos, Cthulhu sucumbió y aquellos que estaban en el poder, una vez más, se sintieron a salvo.

»En aquel clima de complacencia reasumí mi trabajo, creando las condiciones que pudieran alterar el dominio del hombre. Inventé la Hermandad Negra, usando el terrorismo y el asesinato para distraer a la humanidad de la verdadera naturaleza de lo que estaba por venir.

»Esta vez no se produjeron errores. Y cuando las estrellas se dispusieron correctamente en el firmamento, cuando aparecieron las señales de que se acercaba la destrucción de la Tierra, todo estaba preparado. Ahora ha sucedido.»

—¿Por qué me cuenta esto? —Mark se agitaba, inquieto—. No entiendo...

—Ya lo entenderá.

Se produjo un débil sonido y repentinamente se encendió la luz, iluminando con tal intensidad, que durante unos instantes la vista de Mark se cegó. Después, lentamente, fue acomodando la visión a la intensidad de la iridiscencia hasta que lo vio todo claramente.

Sentado frente a él, había un hombre negro que llevaba negros vestidos. Había algo extraño en la intensidad de su color, pero no era tan perturbador como lo que originaba aquella luz.

Surgía de una caja de metal dorado labrado que descansaba sobre el regazo del hombre negro. Sus lados presentaban dibujos de figuras contorsionadas, todo ojos y tentáculos, que no se parecían a las formas de vida que Mark podía recordar. La caja no era cuadrada ni rectangular; su forma parecía adaptarse a una geometría particular.

Pero la luz era lo que atraía su atención, brotando de un cristal sujeto por unas barras adheridas a los lados multifacetados y a la base. El cristal parecía negro, surcado por vetas rojizas, pero el resplandor que emitía era como fuego verde.

Mark parpadeó.

—¿Cuál es su lugar en la Tierra?

—No siempre estuvo en la Tierra —murmuró el hombre negro—. Pero ahora está

aquí, para demostrar su poder y cumplir su propósito. El Trapezohedron Brillante...

El nombre que le dio Lovecraft, recordó Mark.

— ¿Cuál era la historia, *El Frecuentador de la Oscuridad*?

El hombre negro asintió. La luz requería una entidad y eso traía la muerte a su descubridor. Pero tiene otras propiedades. Es un punto focal, una puerta que conecta con las estrellas, abriendo el camino a los que habitan en otras dimensiones. La luz puede curar, así como destruir. Y lo más importante, puede transformar.

»Gracias al Trapezohedron Brillante pude adquirir el aspecto de hombre, hace mucho tiempo, en la antigua Khem. Y está destinado a desempeñar un papel todavía más importante.»

Mark parpadeó de nuevo. Le parecía como si el cristal emitiese calor a la vez que luz. E incluso el calor era frío. Recordó su sueño de la llama heladora en casa de Laurel, ¿formaba esto también parte de un sueño?

—No —dijo el hombre negro suavemente—. Ha pasado el tiempo de soñar y de los soñadores, Alhazred, Upton, Lovecraft, han perecido. Albert Keith se atrevió a buscar la fuente de sus sueños y también murió. Y usted...

— ¿Qué tengo yo que ver con esas cosas? —murmuró Mark.

— ¿No se lo imagina? Moybridge lo sabía, desde luego, pero nunca habló. Contábamos con eso, porque lo habíamos gratificado y cuando escribió el libro bajo nuestras órdenes nos sentimos seguros. Ayudó a desacreditar a Lovecraft y no teníamos ninguna razón para creer que revelaría su lealtad secreta a nuestra causa. Pero él lo sabía y retuvo la información que nosotros le proporcionamos, cosas como el microfilm que usted encontró. Le prometimos que le salvaríamos en agradecimiento a su ayuda, pero cuando llegó el terremoto, empezó a sospechar otra cosa.

»Era demasiado tarde para que pudiera llegar a las autoridades, pero todavía existía la posibilidad de que usase algunos de los conjuros y fórmulas contra nosotros. Y sabíamos que usted lo encontraría. De modo que fue necesario recobrar el material y eliminarlo.

El calor frío estaba por todas partes. Mark sentía un hormigueo en la cabeza y en los hombros.

— ¿Por qué estoy aquí? —dijo.

El negro se inclinó hacia delante.

—Le dije que la antigua mujer de Albert Keith se vio implicada en el intento de destruir Cthulhu, Pero después de que eso sucediera fue capturada y llevada adonde el Diablo esperaba. Aquella noche cayeron las bombas sobre la isla de Pascua y ni siquiera el Gran Cthulhu pudo oponerse a las fuerzas que lo desintegraron.

— ¿Entonces murió?

— Sólo dos escaparon: la mujer llamada Kay Keith y yo. En secreto la traje a un lugar seguro que había sido preparado y velé por ella hasta que llegó el momento. Murió durante el parto, como se esperaba. Pero el niño vivió.

Mark frunció el ceño.

— ¿Qué niño?

— La unión fue consumada antes que llegaran las bombas. — El hombre negro miraba desde detrás del rayo ardiente de luz helada—. Un hombre llamado Heisinger se hizo cargo de la herencia de Keith. Él tenía un sobrino, y a través de él se hicieron los arreglos para que el niño se criara como adoptado de un orfelinato, hasta que llegara el momento. De esa forma, la semilla del Gran Cthulhu sobrevive. Nadie sospechó y el niño menos que nadie. — El hombre negro sonrió a Mark—. Y tú no sospechaste nunca — dijo.

Mark intentó entonces levantarse, pero la caja apuntaba hacia él manteniéndolo indefenso y paralizado con una columna de luz pálida. El grito murió en su garganta y sólo pudo mirar; mirar el rayo que bañaba su cuerpo y quemaba su cerebro.

La semilla del Gran Cthulhu sobrevivía. Herencia genética. No era extraño que no se hubiese ahogado en aquella piscina. Los dolores y la dificultad para respirar, eran parte de un proceso de mutación, una metamorfosis hacia una forma que pudiera sobrevivir bajo el mar o remontarse a las estrellas. Ese cambio todavía no estaba completo. *Pero la luz transforma...*

Mirando el cristal negro detrás del rayo, parecía que fuera un espejo en el cual se veía a sí mismo reflejado, bañado por un túnel resplandeciente.

Y ahora, en algún lugar de su cavidad cerebral, una aguja de luz atravesaba el puente²⁷, penetrando en el *locus coeruleus*.

Su imagen se borraba, fluctuaba; los miembros fundiéndose, después multiplicándose, brotando y extendiéndose a partir de un cuerpo expansible, sin cara, en el cual la simple mortalidad se confundía paulatinamente con una gran apariencia de gigantesca divinidad. Ahora no sentía ningún dolor, sólo latidos y fuerza, orgullo y poder.

No está muerto aquel que eternamente puede yacer y el tiempo de los extraños eones ha llegado. Las estrellas estaban en el lugar correcto, las puertas estaban abiertas, los mares poblados de multitudes inmortales y la tierra se rendía a su perpetuidad.

Pronto descenderían desde el vacío los alados de Yuggoth y volverían los Diablos, Azathoth y Yog-Sothoth, cuyo sacerdote era él. Vendrían a la oscura Leng y Kadath, en los continentes que emergían transformándose, de la misma forma que se transformaba él.

Cuando se movió, las paredes que lo rodeaban se astillaron y cayeron.

Respiraba, y Nyarlathotep se desvaneció en la nada, llevándose el pequeño juguete que era el Trapezohedron.

Se agitó y las aguas se levantaron, bullendo y revolviéndose.

Él se alzó y los monstruos temblaron, hundiéndose en el mar.

El tiempo se paró.

La muerte murió.

Y el Gran Cthulhu saltó al mundo para empezar su reinado eterno.

27 N. del T.: Se refiere al puente de Varolio (anatomía).